



EL EQUIPO DE LOS SUEÑOS

Sergio S. Olguín



Ariel tiene 14 años y una vida dedicada a la escuela, los amigos y el fútbol. Una vida tranquila, hasta que comienza a trabajar en una verdulería cerca de uno de los barrios más pobres de Buenos Aires. Allí conocerá a la chica de su vida, que le embaucará en una peligrosa aventura: rescatar de las manos de unos delincuentes la primera pelota con la que jugó al fútbol Diego Maradona.

Ariel y sus mejores amigos tendrán que enfrentarse a los riesgos de la marginalidad y de una policía violenta. Deberán atravesar pruebas y tentaciones sin perder la valentía y el buen humor. Todo sea por ser fieles a sus principios, a la amistad, a las chicas y a la pasión que les despierta un buen regate, un gol agónico en el último minuto.



Sergio Olguín

El equipo de los sueños

ePub r1.2

Ariblack 31.10.13

Título original: *El equipo de sueños*

Sergio Olguín, 2004

Foto de portada: Eduardo Rey

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.0



A Luis Chaparro, Daniel Cholakian, Fabio Cholakian, Carlos Prado y
Pablo Santos

Ellos serán ustedes otra vez, en vidas siempre renovadas, nuevos, como
nuevo es cada amanecer.

ERNESTO CARDENAL

La pelota no se mancha

DIEGO MARADONA

Primera Parte

1. El chico balanza cuenta su historia

I

El año pasado, cuando todavía tenía catorce, mi mayor orgullo eran los tres kilos de naranja. Porque calcular un kilo lo puede hacer cualquiera pero tres kilos es difícil. Cuando algún cliente me pedía mi oferta favorita (una de las pocas que teníamos en la verdulería, a decir verdad), o sea, los tres kilos de naranja por un peso, yo tomaba una bolsa grande, iba hasta el cajón y la llenaba de naranjas pálidas, de un anaranjado blanquecino. Por eso salían un peso. No eran malas, tenían buen sabor y bastante jugo, a pesar de su aspecto anémico. Bien, llenaba la bolsa y no necesitaba pesarla: yo sabía que había cargado tres kilos exactos. Igual ponía la bolsa en la balanza para que el cliente pudiera notar mi buen ojo. La mayoría no se daba cuenta de la hazaña de la que habían sido testigos. Algunos pocos que me felicitaban por cargar justo tres kilos, ni diez gramos más ni diez gramos menos. Y el secreto no estaba en contar la cantidad de naranjas porque las había de distintos tamaños. El secreto estaba en mis brazos, en todo mi cuerpo que era capaz de sentir perfectamente los tres kilos de naranja. Una balanza humana.

Ojo: tampoco era que me había pasado toda la vida vendiendo fruta. Es más: ni siquiera me gustaba comer verduras y excepto bananas y papas en

todas sus formas nunca había encontrado nada que me interesara de una verdulería. Hacía poco más de un mes que había empezado a trabajar en la verdulería «Mi sentimiento». El sentimiento y la verdulería eran de mi tío Roberto, el Turco, como le decían en todas partes. Y a mí me decían el Turquito, el Turco Ariel, o el hijo de la Turca. La Turca era mi mamá, la hermana de mi tío. Y no éramos turcos. Mis abuelos maternos eran armenios. A mí nunca me enojó que me dijeran turco pero me acuerdo de que cuando mi abuelo vivía se ponía como loco cuando algún vecino lo llamaba «Turco». Insultaba en su lengua y debía ser muy ingenioso para insultar porque mi abuela se ponía colorada y lo retaba. Tal vez por eso nunca me enseñaron a hablar en armenio, para que no entendiera las malas palabras que decía mi abuelo.

Mi tío Roberto siempre hacía negocios. Vivía haciendo negocios. Compraba un terreno, le ponía una casa prefabricada y la vendía. Compraba un auto todo roto, lo arreglaba, lo pintaba de negro y amarillo y lo ponía a trabajar como taxi. Cuando le prohibían levantar pasajeros por no tener los papeles en regla, él no se hacía problema. Lo volvía a pintar de azul, ponía en el diario un aviso mentiroso («auto joya, nunca taxi», nunca taxi legal tendría que haber dicho) y lo vendía. También compraba linternas por mayor, tijeritas chinas, agujas tailandesas y remeras en el Once. Vendía, revendía, compraba, cambiaba. Ganaba plata y perdía también un montón. Creo que lo que más lo empujaba a hacer negocios era la diversión del desafío más que la intención de hacerse millonario.

Yo no sé quién lo convenció de que poner una verdulería era un gran negocio. Entre los múltiples intercambios de productos y de dinero, se había quedado con un local ni grande ni chico ubicado en la Avenida Ejército de los Andes. Para mí Ejército de los Andes es la avenida San Martín que a su vez mi tío llama Avenida Santa Fe. Es que en Lanús, que es donde vivimos se llama Santa Fe o San Martín. Ejército de los Andes pasa a llamarse cuando entrás a Lomas de Zamora.

Así que en ese local, ubicado a unas pocas cuadras de una ruta conocida como Camino Negro y apenas a tres cuadras de Villa Fiorito, mi tío decidió poner una verdulería. Es cierto que en la zona no había ninguna cerca aunque

si a eso vamos tampoco había video clubes, ni tintorerías, ni veterinarias, ni zinguerías. Sin embargo, él había elegido poner una verdulería.

—La explicación es sencilla —dijo mi tío mientras se tomaba un vermouth y preparaba el asado, actividad dominical que había tomado como obligatoria desde que mi papá «se había ido de vacaciones» dejándonos a mamá y a mí hacía casi dos años—. Las cuatro patas de la alimentación familiar son: el almacén, la carnicería, la panadería y la verdulería. En la zona hay cuatro almacenes, dos carnicerías y tres panaderías pero sólo una verdulería chiquita en la entrada de la villa que tiene pocos productos y caros. Yo tengo un amigo que me consigue buena mercadería del mercado de Turdera y la vamos a vender a buen precio.

—Y el kiosquito —le dije yo.

—¿Y el kiosquito qué? —preguntó mi tío algo molesto porque su comentario no fue coronado con un gesto mío de admiración.

—Que la quinta pata de la alimentación familiar es el kiosco. Golosinas, cigarrillos, gaseosas. ¿No te parece?

Mi tío tomó un trago de su vermouth, movió la cabeza negativamente y fue a mover el carbón del asado sin decirme nada. Un gran tipo mi tío. Un poco calentón, pero gran tipo.

II

A mi vieja le pareció una locura. Que su hermano pusiera una verdulería a unas cuadras del Camino Negro y a unos metros de una villa era ya una imprudencia. Y que le propusiera que su hijo, o sea yo, la atendiera, era una locura de marca mayor.

—Escuchame, Amelia —decía mi tío—, el barrio es más tranquilo que

esta esquina —y con los brazos hacía un gesto que intentaba abarcar tanto Catamarca como Resistencia—. Le va a venir bien que se gane unos pesos. Se está poniendo grande y va a querer tener su platita.

—Estudia, Roberto, no va a dejar la escuela.

—Yo digo que la atienda de tarde.

—De tarde tiene gimnasia.

—Esos días que no venga. Además ya terminan las clases.

Eso era verdad. Estábamos a fines de octubre y faltaba poco más de un mes para que se terminara el año escolar. Con las notas del colegio no tenía problema. Me llevaba solamente Geografía y para colmo a marzo, por lo que no tenía nada que salvar ese mes, sólo dejar que transcurriera para terminar el ya insoportable noveno grado del EGB.

Todavía no sé cómo mi madre me dejó ir a trabajar a la verdulería. Con mi tío quedamos en que yo la atendía lunes, martes y jueves a partir de las tres de la tarde hasta cerrar a las ocho, y los sábados desde las nueve hasta las tres. También podía ir los miércoles y viernes, siempre y cuando no tuviera Gimnasia. Me iba a pagar doce pesos por día más el colectivo y además podía llevarme toda la fruta y la verdura que quisiera para casa. A veces pienso que fue esto último lo que convenció a mi vieja. No tanto ahorrarse la plata de comprar manzanas y tomates (algo que también venía muy bien teniendo en cuenta su sueldo como vendedora de mercería), sino zafar de tener que ir ella a la verdulería. Odiaba hacer las compras. Y yo también.

III

—Así que el turquito ahora también es verdulero —me dijo Ezequiel en el recreo cuando les conté que el lunes empezaba a trabajar.

—Por ahí encontrás tu verdadera vocación —me alentó insidiosamente Pablo mientras se comía un alfajor sin convidar.

Ezequiel y Pablo son mis mejores amigos. Con Pablo somos compañeros desde la primaria y a Ezequiel lo conocimos en la nueva escuela, al entrar en octavo. Siempre andamos juntos. Ezequiel y Pablo son muy diferentes. Ezequiel juega en las inferiores de El Porvenir, tiene diez en Educación Física y se lleva cuatro materias a diciembre y tres a marzo. Ya tuvo como tres novias y si él quisiera podría salir con cualquiera de las chicas de primer año del polimodal. Bah, con todas no. Carolina nunca se interesó en él.

Pablo en cambio es el bocho, la nota más baja que tiene es siete, se la pasa leyendo y cuando algún compañero lo apura mal por su aspecto algo desvalido, él lo mira con tanto desprecio que su mirada duele más que los puños siempre dispuestos de Ezequiel. En octavo año a Pablo lo tenían de punto y se ligó varios golpes. Ni siquiera la amistad con Ezequiel le permitía zafar. Pero en noveno algo cambió. En un cumpleaños de quince, Pablo sacó un atado de cigarrillos y se puso a fumar. Desde entonces le tienen miedo, sospechan que lleva una vida de excesos. Le gritan «drogadicto», «degenerado» y nadie sabe, salvo Ezequiel y yo, que la única vez que fumó fue en ese cumpleaños.

Yo no soy como Ezequiel ni soy como Pablo. La verdad es que no sé muy bien como soy. Hay días que me siento fuerte como Ezequiel e inteligente como Pablo. Y hay otros que me siento frágil como Pablo y desconcertado como Ezequiel ante un ejercicio de matemáticas. Hasta un año atrás, que pasara de un estado a otro dependía pura y exclusivamente de lo que me dijera Carolina. Ya voy a hablar de ella.

La verdad es que los tres somos muy distintos. Para colmo Ezequiel es de River, Pablo de Independiente y yo soy de Boca. Aunque hay algo que nos une (además de la celeste y blanca) y es que los tres somos también hinchas de El Porvenir. Es nuestro club en la Primera B como la Selección es el equipo sin discusión. Los tres vamos sábado por medio a la cancha de El Porve, cada tanto también vamos a verlo jugar a Ezequiel y siempre nos prendemos en todos los picados. Con Pablo jugamos juntos desde chiquitos en el patio de su casa y ya grandes seguimos haciendo cabezas con una pelota

de cuero algo desinflada tratando de no romper ninguna maceta. Las mejores paredes de mi vida las tiré justamente con la medianera de la casa de Pablo.

Nadie que nos viera por separado pensaría que podemos ser grandes amigos. Sobre todo, Pablo y Ezequiel. A veces, yo mismo me pregunto cómo pueden pasar las horas juntos un tipo que sólo se interesa por entrenar y otro que lee historias de hombres convertidos en cucaracha. Sin embargo, ahí están, esté o no yo, hablando de fútbol, de algún programa de tele, de alguna película que vieron en video o de las andanzas del último asesino serial descubierto. Tal vez porque cuando estamos los tres juntos ni Ezequiel es una máquina de hacer goles, ni Pablo un obseso por los libros, ni yo un pterodáctilo charlatán. Al final, voy a terminar creyendo que nos parecemos.

IV

Carolina: en octavo año nos obligaron a compartir el banco con una mujer. A mí me tocó sentarme con Carolina. Obviamente entonces hubiera preferido sentarme con Pablo. Hubo algunas protestas. Fueron inútiles porque no nos dejaron hacer lo que queríamos y terminamos compartiendo el destrozado banco con las siempre molestas mujeres.

Yo sé que esto habla muy mal de mí: al tiempo de empezar las clases me sentía ansioso por llegar a la escuela y encontrarme sentado ahí, a su izquierda. Me gustaba sentirla al lado mío, su guardapolvo impecable, su pelo que culminaba en una larga trenza.

Carolina es muy linda pero también inteligente. Es una chica que conoce mucho de música, de cine y habla con desprecio de la televisión. Al principio no nos llevamos muy bien. Yo no sabía cómo tratarla y creo que fui bastante bruto en varias oportunidades. Pero después fuimos mejorando, los dos

aprendimos a soportar al otro y terminamos el año casi amigos. En noveno nos dejaron sentarnos con quien quisiéramos y yo hubiera dado un ojo por sentarme de vuelta con ella. Un ojo sí, pero no mi honor. Me hubiera comido las cargadas de todos mis compañeros si decía que me quería sentar con una mujer. Me hubieran tratado de maricón. Así que me apuré a elegir a Pablo como compañero de banco. Ella se sentó con otra chica y nunca más volvimos a compartir el banco salvo en algún recreo en el que nos buscábamos para hacer algunos deberes de la hora siguiente. Cada tanto se acercaba a mi banco y me decía:

—Ay, Ariel, cómo extraño tus codazos.

Ojo, yo sabía que no quería decirme nada raro. No era una declaración de amor. Yo sabía muy bien de quién estaba ella enamorada. Al principio pensé que gustaba de Ezequiel, como casi todas las chicas, pero una vez me dijo que a ella Ezequiel le parecía una bestia y no entendía cómo podía gustarle a Vero, una amiga de ella que moría por el Gran Equi. Carolina —y esto lo descubrí enseguida— estaba atrás de Pablo. Siempre me preguntaba por él, quería saber qué libros leía, si le gustaba el cine, si escuchaba música. Yo siempre le decía lo mismo:

—¿Por qué no se lo preguntás a él? Yo no soy su representante.

Ella me miraba con ojos de reproche y cambiaba de tema. Pero nunca se animaba a preguntarle a Pablo, casi no se hablaban salvo para pedirse un lápiz o pasarse una tarea. En el fondo, ella también le tenía miedo por esa imagen de hombre oscuro que Pablo representaba a la perfección.

—La fascinación de la presa ante una víbora cascabel —me explicó una vez mi tío no me acuerdo por qué—. El miedo te paraliza y sentís fascinación ante aquel que te está por devorar. Romper con la fascinación, querido sobrino, es tan importante como destruir el miedo si querés sobrevivir.

Yo no lo sabía pero me estaba dando un consejo que iba a necesitar muy poco tiempo después.

V

La idea de trabajar en la verdulería fue mía, no de mi tío. Se lo propuse después de que me contara su teoría sobre las cuatro patas de la alimentación familiar. Movía el carbón del asado con la tranquilidad del que sabe que hace bien las cosas, yo me acerqué y le dije:

—Tío, me gustaría atender la verdulería.

A los diez minutos, mi tío asumía la idea como propia ante mi mamá y la defendía hasta hacerla triunfar. Así es mi tío. Cuando me preguntó por qué quería trabajar, le dije que quería juntar plata para comprarme una computadora. Y era verdad pero también quería saber qué se sentía al trabajar. Quería entrar en el mundo de los adultos, arreglármelas solo, salir de las cuatro paredes protectoras de la escuela o de casa.

Para ir a la verdulería me tomaba el 247 en San Martín y me bajaba tres cuadras antes del negocio. El colectivo justo doblaba ahí haciéndome caminar por el límite de la villa hasta llegar al local.

Mi tío siempre tenía un nuevo negocio que lo estaba esperando y por entonces andaba en negociaciones con la Municipalidad de San Justo para venderle veinticinco bancos de plaza que había importado de Alemania. Yo atendía la verdulería en los horarios que habíamos arreglado. Así que para atender el resto del tiempo se consiguió a otro pibe. Tenía unos dieciocho o diecinueve años, era más bien bajo, muy pálido y muy narigón. Por eso le decían Pinocho. También tenía mucha fuerza y levantaba los cajones de fruta como si fueran cuadernos. Vivía a cinco cuadras de la verdulería, del lado del barrio, no de la villa. Cuando alguien le preguntaba por sus estudios decía:

—Estoy en quinto.

No aclaraba que estaba en quinto grado en la escuela nocturna. Le gustaba mucho quinto grado porque ya lo había hecho dos veces y estaba dispuesto a hacerlo de nuevo al año siguiente.

—Yo nací para cuchillero —decía y clavaba un cuchillo en el centro de una caja a cinco metros de distancia. Se había conseguido un grabador enorme que ponía a todo volumen con música de Rodrigo, de la Mona

Giménez y de un montón de músicos quarteteros o de bailanta que yo no conocía pero sobre los que me iba a convertir en especialista en poco tiempo.

Cuando yo llegaba se terminaba el horario de trabajo de Pinocho y, sin embargo, él muchas veces no se iba. Se sentaba encima de unos cajones y se quedaba a charlar conmigo. Hablábamos de fútbol (era hinchas de Huracán), de música y a veces él hablaba de mujeres con un conocimiento que a mí me dejaba mudo, tal vez porque no tenía casi nada para contar. ¿Le iba a hablar de Caro? No tenía mucho sentido.

Eso sí, por más que se quedase conmigo muchas tardes, jamás atendía a nadie en mi horario, no me ayudaba ni que tuviera a quince personas esperando (a decir verdad, nunca tuve ni quince, ni diez, ni siquiera a cinco personas a la espera de ser atendidas). Me miraba despachar, ir y venir con frutas y verduras, cobrar, dar vuelto, recomendar productos, desaconsejar el consumo de alguna hortaliza un poco pasada; me miraba con ojos divertidos y satisfechos, como si yo fuera un buen discípulo que aprendía de él el oficio de verdulero.

Y algo de razón tenía porque los primeros días no cazaba una y si no hubiera sido porque Pinocho se quedaba hasta tarde, jamás hubiera aprendido a diferenciar la cebolla de verdeo del puerro.

En menos de un mes conocía todos los secretos del planeta vegetal y descubrí mi capacidad para calcular el peso de todos los productos, algo que Pinocho no sabía hacer porque siempre le erraba con sus cálculos. Cuando le mostré mi habilidad se encogió de hombros, me miró con algo de desprecio y mucho de indiferencia y me preguntó:

—¿Y?, ¿cuál es la gracia?

Lo que nunca aprendí bien del todo fue a cortar el zapallo con el serrucho. No sólo tenía que hacer un esfuerzo desmedido sino que era imposible hacer un corte parejo. Si alguien me señalaba con la mano hasta donde quería que le cortara, más o menos podía cumplir. En cambio, cuando alguien me pedía, por ejemplo, medio kilo de zapallo, siempre cortaba trescientos gramos u ochocientos, nunca lo justo. Yo no sé para que se inventó el zapallo grande habiendo calabacitas que cumplen la misma función en la sopa de verduras.

VI

Hubiera sol o lloviera, yo llegaba a la verdulería a las tres de la tarde. Me bajaba del 247 un par de minutos antes, caminaba por el borde de la villa y llegaba al negocio. Sabía que más allá estaba el Camino Negro pero nunca iba por ese lado.

De Villa Fiorito mucho no veía. Las casillas de madera, de chapa, de ladrillo sin revocar que estaban ubicadas sobre el límite de la villa actuaban como un muro que no permitía descubrir lo que había detrás. Cada tanto, unas callecitas estrechas en las que apenas cabía una persona y que permitían ver algo más, pero eso que se veía era como la repetición hasta el infinito de las casillas ubicadas en el frente: una hilera abigarrada de viviendas frágiles y feas. Había mucha gente que se movía por esas calles, que salían a la avenida San Martín o que entraban y se perdían en el interior de la villa. Había también un par de negocios, un almacén con publicidades de por lo menos diez años atrás y nuestra competencia, una pequeña verdulería que apenas tenía unos cajones de fruta pasada y verdura vieja.

Si alguien me hubiera pedido entonces que le dijera todo lo que yo sabía sobre Villa Fiorito hubiera dicho que era un conjunto de casas precarias y que había gente que entraba y salía todo el tiempo. Eso era todo.

Dos cuadras más allá el paisaje cambiaba y la avenida se convertía en la típica avenida de barrio, angosta y peligrosa por culpa de los automovilistas que la confundían con una autopista, negocios que promocionaban sus precios bajos en carteles hechos a mano, una disquería de nuevos y usados que competía con Pinocho en ver quién ponía la música de bailanta más alto, una lavandería, varios kioscos, un puesto de revistas, una carnicería, dos despachos de pan, un estudio de abogados que tenía un letrado enorme como si fuera un negocio más.

Me gustaba bajar del 247 y caminar esas cuadras, ser parte de ese mundo sin que nadie me dijera que era de otro barrio, sentir que si quería podía doblar a la derecha y meterme en la villa como uno más, o llegar a la verdulería y ensuciarme las manos con la papa negra, cargar cajones,

conversar de las virtudes de la zanahoria con las vecinas y después volver a casa, a la cena frente al televisor, la comida calentita y rica que preparaba mi vieja. Dormirme pensando en que al día siguiente iba a estar en la tranquilidad de la escuela y luego en el torbellino de Fiorito. Ir y volver. Entrar y salir.

VII

Mi tío Roberto venía poco a la verdulería. Por lo general aparecía en el camión de un amigo suyo que traía las verduras y las frutas de Turdera. Descargábamos y acomodábamos los cajones. Él ordenaba alguna cosa más por el placer de sentirse dueño del lugar que por necesidad. Pinocho y yo le rendíamos el dinero de las ventas los sábados.

Algunas veces venían Pablo y Ezequiel. Para ellos también era una aventura al punto que anunciaban su visita en el aula y a los gritos para que todos supieran. La verdad es que no surtía mucho efecto porque a nadie le parecía una hazaña muy digna atender una verdulería por más villa que hubiera cerca. De hecho, algunos compañeros vivían en Caraza o cerca del cementerio de Avellaneda, lugares que se parecían bastante a Fiorito.

Carolina en cambio estaba más interesada en mí. Le gustaba la idea de que trabajara. Creo que ante sus ojos parecía más hombre por no estar todo el día mirando la tele o jugando a la pelota con mis amigos. Igualmente su interés mayor seguía concentrado en Pablo, en sus libros y películas. Y el muy tarado apenas la saludaba.

Cuando venían Pablo y Ezequiel —por lo general los sábados— nos íbamos juntos a verlo jugar a Ezequiel que estaba en la sexta de El Porve, o directamente a ver la primera de El Porvenir, después venían a casa o iba a la

casa de alguno de ellos y mirábamos una peli o, cuando íbamos a lo de Ezequiel, jugábamos con el Sega.

Al mes de estar trabajando ocurrió el comienzo de la historia que quiero contar. Fue así.

Hacía calor. Mucho. Eran esos últimos días de noviembre en los que el verano ya comienza a hacerse sentir. Eran las cinco y diez de la tarde y no había nadie en la verdulería por lo que salí a la puerta para tomar un poco de aire.

A lo lejos venía un grupo de chicos de escuela primaria. No les presté atención hasta que estuvieron a unos metros de mí. La primera imagen que se me presentó fue la de Blancanieves y los siete enanitos. En el medio del grupo venía una chica alta, casi tan alta como yo, de guardapolvo blanco, con una colección de chicos saltando alrededor que iban de seis a diez años y que se empujaban, gritaban, pateaban sin que la chica del medio los tomara en cuenta. No parecía de séptimo grado sino un poco más grande. El guardapolvo le quedaba chico y no estaba tan blanco como el de cualquier Blancanieves tradicional. Era rubia, despeinada («desgreñada» diría mi mamá) y cada tanto le metía un empujón a alguno de los chicos que se le ponía delante.

Cuando llegaba a la altura de la verdulería, sus ojos se cruzaron con los míos. Nos miramos. En estos casos yo suelo sacar la mirada instintivamente pero esta vez no pude. Me quedé pegado a sus ojos. Ella tampoco miró para otro lado. Nos mirábamos serios, no había sonrisa, ni simpatía, ni reconocimiento ni nada que justificara que nos mirásemos. Cuando pasó delante de mí pude ver que estaba colorada y transpirada como si hubiera corrido, tenía las mangas del guardapolvo arremangadas y usaba una pollera larga por debajo de las rodillas. Ahí confirmé que era muy alta. Y hermosa. Hermosa a pesar de su cara transpirada, de su pelo desprolijo y de su guardapolvo lleno de manchas.

Una vez que pasó, la seguí mirando sin poder despegar mis ojos de su cuerpo. Por suerte justo vino una vecina a comprar y el hechizo se rompió. Volví a actuar normalmente. Mentira, nunca más hasta el día de hoy volví a actuar normalmente. Desde entonces ella está siempre presente y creo que no

me levanté ni un solo día sin pensar en ella. Incluso en esos primeros días en los que ni siquiera conocía su nombre.

A la tarde siguiente, a las cinco menos cinco de la tarde yo ya estaba en la puerta y rogaba que nadie entrara a comprar. Cinco y cinco divisé a mi Blancanieves rodeada de sus enanos que venían desde el Camino Negro en dirección a la verdulería. Mi corazón era una batería de rock y no necesitaba amplificadores para que se escuchara por todo Fiorito. Cuando estaban llegando, uno de los enanos se me acercó y me dijo:

—¿Me regalás una naranja?

Dudé, mi sentido de la responsabilidad fue más fuerte que cualquier otro sentimiento. Le dije tartamudeando:

—Nnno puedo, no me dededean regalar la fruta.

Me miró con cierto desprecio. Se dio vuelta y la miró a Blancanieves. Ella, seria como siempre, se encogió de hombros. Pasó delante de mí y de reojo dijo casi en un susurro:

—Tacaño.

Y no estoy seguro pero me pareció que un metro más adelante dijo:

—Feo y tacaño.

Yo entré a la verdulería insultándome en español, en armenio y en todas las lenguas posibles.

—No puedo ser tan tarado. No, no, no —y pateé el cajón de duraznos consiguiendo un terrible dolor de pie y un montón de duraznos tirados por todo el piso.

Al día siguiente, la esperé de nuevo en la puerta pero esta vez pasaron los chicos solos. Ella no habría ido a la escuela. El viernes, Pinocho se quedó hasta tarde y no me había dado cuenta de que ya eran las cinco y diez cuando ella pasó por la puerta. Me pareció que miraba hacia adentro. Le pedí a Pinocho que se quedara atendiendo un rato, que ya volvía. Me puse a caminar detrás de ellos. Quería ver adónde iban. Llegaron a la altura de la villa y para mi sorpresa, Blancanieves entró en la verdulería de la competencia. Al rato salió con una bolsa de la que sacó naranjas que repartió entre todos los enanos que la seguían. Avanzaron unos metros más y doblaron hacia la izquierda por uno de los caminos que llevaban al interior de la villa. Por un

momento pensé en seguirla también allí, di unos pasos pero no me animé. Intenté meterme pero mis piernas no me respondían. Tuve miedo. Me quedé ahí, quieto, varios minutos, viendo cómo Blancanieves desaparecía entre las casitas de madera y otra gente salía y entraba sin notar mi presencia.

Por varios minutos fui una estatua de sal. Cuando volví a caminar rumbo a la verdulería no disfruté de esas cuadras como siempre. Me sentía cobarde, desilusionado de mí mismo, me despreciaba por no haberme animado a entrar, como si en la villa me pudiera pasar algo malo. Cobarde y prejuicioso. Feo y tacaño. Las tenía todas en contra. Ah, y enamorado. Sí, señores, perdidamente enamorado, a primera vista, de mi Blancanieves villera.

2. Chico busca chica

I

Esa noche tuve una pesadilla. Soñaba que andaba arriba de un elefante en medio de la selva, el suelo quedaba como al final de un abismo y el movimiento del animal me daba ganas de vomitar. El elefante golpeaba con su trompa todo lo que se le cruzaba y aullaba más como un lobo que como un elefante. En un momento, chocaba contra un árbol y yo veía que arriba estaba Blancanieves con una mirada aterrada. Yo le pedía al elefante que se quedara quieto pero seguía golpeando el árbol para que ella se cayera. Al final Blancanieves saltaba al abismo y yo me tiraba del elefante.

Antes de llegar al piso me desperté. Encendí la luz porque en el fondo de mí sentía que el elefante andaba todavía por la pieza. No vi ningún animal, en cambio estaban todas las cosas habituales que me devolvían la paz perdida en la selva: las carpetas de la escuela, la biblioteca, el escritorio, unos ejemplares de Olé, la ropa del día anterior sobre la silla, una Ferrari de colección que había sobrevivido a mi infancia, un cubo mágico, unas monedas, una Voligoma, el muñeco de Boca que me había comprado mi papá una vez que fuimos a ver Boca-Vélez, los pósters de Riquelme, de Maradona con la camiseta argentina, de Michael Jordan cuando jugaba con los Chicago Bulls

y de Los Caballeros de la Quema. Más tranquilo apagué la luz y me quedé dormido. No recuerdo qué soñé después.

Ese sábado llegué a la verdulería media hora tarde. Levanté la cortina, saqué los cajones a la vereda y atendí a los clientes madrugadores. Pinocho llegó al mediodía en vez de a las dos que era la hora de su entrada. Fue hasta el almacén de la esquina, compró fiambre, pan, una gaseosa y nos hicimos unos sándwiches.

—¿Adónde fuiste ayer cuando me dejaste con toda la gente acá? —me preguntó.

—A ningún lado —se me ocurrió decir. Pinocho acomodaba las fetas de salame y queso sobre el pan y luego le ponía una capa de mayonesa. Lo cerraba con suavidad, como si fuera el cofre de un tesoro.

—Me pareció que ibas detrás de una chica.

—Más o menos —dije o balbuceé con la boca llena.

—Y no te dio cabida porque cuando volviste estabas pálido y con los ojos afuera.

—Ni ahí.

Al rato llegó mi tío Roberto e hicimos las cuentas de las ventas semanales. Estábamos ordenando todo y yo preparándome para encontrarme con los chicos (nos íbamos a la cancha de El Porve) cuando en la puerta de la verdulería paró un patrullero. Bajaron dos policías que entraron mirando como si estuvieran por comprar el negocio. Adentro del auto había quedado otro.

—¿Quién es el dueño? —preguntó uno que tenía una cicatriz debajo del ojo izquierdo. Mi tío se bajó de la banqueta y se adelantó unos pasos. Estaba serio, muy serio.

—Soy yo, ¿qué necesitan?

—¿Cómo te llamás?

—Roberto.

—Escuchame, Roberto —dijo el otro—, yo soy el oficial Chuy y él es el cabo Polonio. ¿Te molesta si me llevo algunas cositas para la patrona?

—¿Algunas cositas?

—Unas verduras para el puchero, y unas frutas para los pibes. Comen

como lampalaguas.

Mi tío me hizo un gesto para que los atendiera y el policía de la cicatriz me empezó a pedir: tomates, zanahorias, un par de repollos, pelones, manzanas. El otro seguía mirando las paredes, los cajones, las frutas en exhibición, hasta que su mirada se encontró con Pinocho que, recién entonces lo descubrí, había tratado de pasar desapercibido detrás de unos cajones.

—Epa, mirá a quién tenemos acá: Pinocho. No me digas que ahora trabajás.

—Sí, trabajo —dijo y su voz salió distinta a la que le conocía.

—¿Y cómo está tu hermano? —le preguntó acercándose y con la sonrisa del que tiene las mejores cartas del truco.

—Bien, está bien.

—Pinocho, te va a crecer la nariz. Nadie está bien en Olmos.

El otro policía seguía pidiéndome cosas, yo llenaba las bolsas pero trataba de escuchar la conversación. El policía sonriente se puso a medio metro de mi tío y le dijo:

—Escuchame, Roberto, fijate a quién tenés trabajando con vos. No sea que te estén robando y no te des cuenta.

—Mis chicos trabajan bien —dijo mi tío.

—Tus chicos —movió la cabeza negativamente como si todo fuera un juego y mi tío hubiera dado la respuesta incorrecta. El cabo Polonio tenía los brazos llenos de bolsas.

—Gracias, Roberto —le agradeció el oficial Chuy mientras comenzaban a irse—. La patrona va a estar agradecida. Si tenés algún problema o si necesitás apurar algún trámite vení a vernos a la seccional.

Subieron al auto y arrancaron lentamente. Mi tío golpeó sus palmas:

—Vamos, señores, aquí no pasó nada. Acabamos de pagar nuestro impuesto a la tranquilidad. Unas frutas y unas verduras es un precio barato, se los aseguro. Y vos, Pinocho, cambiá la cara que a mí me importa cómo laburás y lo que yo pienso de vos. No lo que digan dos mangueros de zanahorias que andá a saber si se llaman como dijeron.

II

Cuando uno tiene tiempo de planear las cosas, siempre salen mejor. O todo lo contrario. El lunes yo sabía lo que iba a hacer. Alrededor de las cinco me puse a acomodar los cajones de tomates que había en la vereda. Por el rabillo del ojo controlaba la llegada de Blancanieves y los siete enanitos. Cuando estuvieran a la altura de la verdulería, sabía bien lo que haría.

—Hey, pibe —le dije al chiquito que me había pedido una naranja el viernes. Me miró y le ofrecí una. Se acercó y la agarró. Los otros enanos también se acercaron y recién entonces descubrí que no eran siete sino cinco: dos chiquitas y tres varones. Blancanieves se quedó a un par de metros mientras los demás buscaban sus naranjas a las que le mordían la punta, escupían la cáscara y chupaban sacándole el jugo.

Yo sabía lo que le iba a decir:

—¿Y vos cómo te llamás? —le pregunté a Blancanieves.

Ella tardó unos segundos, como si no se acordara de su nombre.

—¿Y a vos qué te importa? —me contestó con su dulce voz. Siguió caminando y los enanos la siguieron. Ahí descubrí la otra cara del amor: el odio. Por un buen rato odié a esa rubia despeinada de guardapolvo descosido. Estaba furioso contra mí mismo, por andar regalando naranjas, por haber dejado afuera de mi corazón a Carolina cuando era una chica mil veces mejor que esa flaca alta que caminaba con menos gracia que un jugador de rugby. Si hubiera tenido ahí una foto de esa rubia tonta la hubiera roto en mil pedazos.

Al día siguiente no pensaba darles nada. Me quedé adentro de la verdulería, detrás del mostrador con los brazos cruzados. «Vengan a pedir, vamos, vengan», me decía. Pero no me pidieron nada, pasaron por la puerta sin siquiera mirar, salvo una de la nenas, la más chiquita que miró para adentro y me sacó la lengua.

Al día siguiente ocurrió lo mismo. Yo, detrás del mostrador, y ellos, haciéndose los indiferentes, salvo la chiquita que me volvió a sacar la lengua. Esta vez tenía una respuesta para ella. Con el cuchillo de cortar el zapallo le

hice un gesto como diciéndole que la próxima vez se la iba a cortar. El jueves pasaron todos sin mirarme.

—Che, Turquito —me dijo Pinocho—, me parece que vos andás enamorado.

—Ni ahí.

—Entonces dejá de dibujar corazoncitos en el papel de las cuentas. No es muy de hombres.

El jueves a la noche ya no la odiaba, ahora quería tener otra oportunidad de hablarle pero no se me ocurría nada. Pensé en contarles a Ezequiel y a Pablo para ver si a ellos tenían alguna buena idea, pero no lo hice. Seguro que me iban a decir que me olvidara de ella, que las mujeres son siempre un problema. Me iban a responder aquello que yo ya sabía. También sabía que las papas fritas hacen mal al estómago y no por eso uno deja de comerlas.

III

El viernes ocurrió algo que no había imaginado. A la hora que Blancanieves pasaba con su corte de enanos, yo estaba atendiendo a una señora y había otra esperando. Igual, controlaba la puerta más que servir a mis clientas. Estaba tan desconcentrado que cuando una me pidió un kilo y medio de tomates para ensalada, calculé un kilo cuatrocientos. Y después confundí una planta de achicoria con una de apio. Cuando el grupito pasó por delante de la entrada estaba justamente limpiando la achicoria. No siguieron de largo. O mejor: ella no siguió de largo. Se acercó a un cajón que había en la puerta, uno de duraznos. Tomo un durazno, me miró, la miré dejando sobre la balanza la achicoria sin escuchar a la vecina que me decía «te dije apio, Ariel, apio». Nos miramos, serios los dos. Ella mordió el durazno sin sacarme

los ojos de encima, sin ningún otro gesto que el de sus mandíbulas sobre la fruta. Se dio vuelta y siguió su camino.

Lo que ella había hecho podía interpretarse de muchas maneras, pero había una indiscutible: la desgraciada me había robado un durazno.

El sábado una vez más Pinocho llegó temprano y fue a comprar pan y fiambre para el almuerzo. Estábamos comiendo en la tranquilidad del mediodía cuando Pinocho, que miraba en dirección a la puerta, me dijo:

—Tenés visitas.

Me di vuelta y estaba ella. La sorpresa fue triple: la primera porque no esperaba verla un sábado, otra porque era la primera vez que ella entraba en la verdulería y finalmente porque también era la primera vez que la veía sin guardapolvo. Tenía puestos una remera negra con frases en inglés y un jean negro. Así, sin la ropa de la escuela, parecía más grande que yo.

Sacó del bolsillo unas monedas y me dijo:

—Te debo un durazno, ¿cuánto es?

Obviamente, me negué a recibir la plata. Ella hizo un gesto con los hombros y se dio media vuelta para irse. Cuando llegó a la puerta corrí para alcanzarla.

—No me dijiste cómo te llamás.

—Patricia —caminó unos pasos y casi sin girar me dijo—: Pero me dicen Pato.

IV

Desde aquel primer episodio con la policía, Pinocho se mostraba un poco más taciturno. Seguía con su rutina, se quedaba más tiempo de lo que le correspondía, almorzábamos juntos los sábados, pero había algo que le

molestaba. Tal vez que nos hubiéramos enterado de que tenía un hermano preso (aunque yo sospecho que mi tío lo sabía y no me había dicho nada), o tal vez que el policía hubiera arrojado un manto de sospecha sobre él. Y la verdad es que si había algo fácil era robarle a mi tío. Calcular cuánto rendía cada cajón de verdura o de frutas era imposible porque muchas se tiraban, ya fuera porque se pudrían o porque estaban en mal estado. Así que cualquiera de los dos hubiera podido pasar diariamente algunas ventas menos. Pero algo me decía que Pinocho estaba siendo absolutamente honesto, que no se quedaba ni con la venta de un puñado de perejil.

La policía pasó algunas veces más. Venían los dos de siempre y un tercero que se llamaba Balizas, el ayudante Balizas. Mi tío le quitaba importancia, hacía chistes sobre el impuesto que pagábamos. A mí, en cambio, me molestaba. Cuando me tocaba servirles les daba las frutas, los tomates y las hortalizas más pasados.

Las clases llegaban a su fin. A diferencia del año anterior, ese verano no iba a extrañar a Carolina. De hecho, Carolina se había ido desdibujando de mis pensamientos como un recuerdo antiguo. No eran las chicas prolijitas y bien peinadas como Carolina las que me interesaban. Lo mío eran las chicas desgredadas, o las rubias altas, o las chicas que sonreían poco. O sea, Patricia.

El último día de clases los chicos de mi año iban a ir a festejar después de la escuela. Podría haberle pedido a Pinocho que se quedara todo ese viernes pero algo en mi interior me dijo que debía ir a la verdulería. Les dije que no podía acompañarlos porque tenía que ir a trabajar. La mayoría me miró con cara de lástima. Con Equi y Pablo quedé en verme al día siguiente y tomar el helado que no íbamos a compartir esa tarde.

El instinto a veces te salva. Si en esa ocasión no le hubiera prestado atención, tal vez me habría perdido la oportunidad de hablar con Patricia en mucho tiempo.

V

Pasé por casa a cambiarme. Como hacía mucho calor me puse unas bermudas desflecadas que mi mamá había hecho de unos vaqueros viejos, y unas zapatillas gastadas que usaba sólo para ir a trabajar. Me dejé la remera negra de los Redondos que había llevado a la escuela. Yo casi no escuchaba a los Redonditos de Ricota pero me gustaba mucho el dibujo de esa remera con el tipo rompiendo las cadenas. Sentía que me daba fuerzas.

Al comienzo casi me arrepentí de haber ido a trabajar. Hacía mucho calor y todo el mundo andaba como zombi. Sólo así se justificaba que la señora Irma, una habitual compradora de verdurita para la sopa, se llevara por delante el cajón de manzanas que tenía en exhibición en la puerta. La señora Irma se tropezó, cayó aparatosamente casi sobre el cajón de los tomates, y las manzanas corrieron por la vereda, algunas llegaron a la calle y las que no cayeron en la zanja fueron transformadas en puré de manzana por los autos.

Contra mi espíritu verdulero, que me llevaba a proteger las frutas por sobre todas las cosas de la tierra, primero atiné a comprobar que la señora Irma estuviera con vida, después a ver si tenía fracturas expuestas, posteriormente a preguntarle si estaba dispuesta a levantarse del suelo y finalmente a ayudarla a levantarse. Una vez terminada la Operación Señora Irma me arrojé como un enajenado a juntar las manzanas esparcidas por la vereda. Grande fue mi sorpresa cuando unos segundos más tarde tenía alrededor de mí a todos los enanos juntando manzanas y poniéndolas en el cajón. Y Patricia. Ahí también estaba ella agachada, levantando las manzanas.

Salvo las que habían sido aplastadas en la calle recuperamos todas las manzanas, contando incluso las que se habían caído a la zanja y que yo tiré en un cajón de basura. Cuando se fueran todos pensaba lavarlas y ponerlas de nuevo con las otras manzanas. Si estaban sanas, un poco sucias pero sanas al fin.

Cuando terminamos de juntar les dije que no se fueran. Así, en plural, que no se fueran. Atendí a la señora Irma que compró verdurita para la sopa a

pesar de los treinta y cinco grados. Una vez que la clienta se fue, les hice señas para que entraran. Les di una manzana a cada uno de los chicos y también le ofrecí una a Patricia que estaba más transpirada y colorada de lo habitual. Me dijo que las únicas frutas que le gustaban eran los duraznos y las ciruelas. Le convidé un durazno, de los mismos que se había llevado la otra vez y se puso a comerlo. Había algo raro en su mirada, o mejor, me miraba como si yo fuera un ser raro. Yo había comprado una Coca grande fría hacía un rato. Les ofrecí y todos quisieron. Como no tenía vasos suficientes les fui sirviendo en el mismo. Patricia tomó con ganas el suyo sin dejar de mirarme raro.

—¿Puedo saber por qué me mirás así? —le pregunté con un tono que intentaba ser divertido. No quería espantarla ni enojarla.

—Por esto —me dijo y comenzó a desabrocharse el guardapolvo. Por un momento pensé que iba a hacer un striptease pero eso ocurría sólo en las películas que con Equi y Pablo mirábamos a escondidas. En la vida real no ocurrían esas cosas.

En la vida real ocurrían otras igual de sorprendentes. Se sacó el guardapolvo y abajo tenía puesta la misma remera de los Redonditos que yo. Debo reconocer que a ella le quedaba mejor. A mí me iba un poco grande y me hacía más flaco de lo que era. En cambio ella la llenaba bien. Por primera vez me di cuenta de lo bien que le quedaba una remera a ella. Yo hacía que miraba extasiado el dibujo de los Redondos, pero no miraba el dibujo de los Redondos.

—¿Te gustan los Redonditos de Ricota? —me preguntó con una sonrisa. Dios mío, si sería era linda cuando sonreía era hermosa.

—Me encantan —le contesté sin saber bien a qué estaba contestando.

Les hizo un gesto a los chicos que ordenadamente comenzaron a salir de la verdulería. Ella ya se iba también cuando le dije que me gustaría verla de nuevo.

—Yo paso siempre por acá.

—No, Patricia, quiero saber si te puedo ver. Si podemos ponernos de acuerdo para encontrarnos.

—Pato.

—¿Qué?

—Que me llames Pato, no Patricia.

—Pato, ¿nos podemos volver a ver?

—Hmm... no sé.

—Por favor.

—Bueno, mañana a las cuatro de la tarde en la esquina de la disquería.

No esperó a que le confirmara si podía a esa hora. Se fue sabiendo que yo no iba a decir no. Y por supuesto que no le dije que no, aunque eso significaba suspender el helado con mis amigos.

VI

Mi vida era mucho más fácil antes de tener una cita. Desde esa vez descubrí que las citas con chicas te complican la vida. Primero tuve que suspender el encuentro con el Equi y con Pablo. Además no les quería decir el motivo porque lo iban a tomar como una traición. Les dije que me tenía que ir al cumpleaños de una prima, excusa tonta si las hay considerando que mi único tío es soltero.

Ésa fue la parte sencilla. Lo difícil era cómo iba a vestirme. Como ya lo decía Bilardo: equipo que gana no hay que cambiarlo. Y si mi primer éxito había sido gracias a la remera de los Redondos tenía que repetirla. Me puse la misma remera que ya estaba un poco transpirada. Tampoco me cambié las bermudas. Sí me puse otras zapatillas, unas Nike que me había regalado mi tío Roberto para mi cumpleaños.

Trabajé toda la mañana tratando de no mancharme. A las papas las agarraba con la punta de los dedos y por suerte nadie compró cebollas. Almorcé con Pinocho y mi tío llegó a las dos para hacer las cuentas. Estuvo

un rato con nosotros y después se fue a las corridas porque no llegaba a la reunión que tenía con gente de la AFA para venderles banderines de jueces de línea. Los había comprado en una ganga de la liga birmana que había sido suspendida por dos años por la FIFA y los birmanos se habían quedado sin partidos oficiales.

Esta vez fui yo el que se quedó en el horario de Pinocho e igual que él cuando se quedaba conmigo, no me pensaba mover de mi asiento si venían muchos clientes. Tuvo suerte porque no vino ni siquiera uno.

—¿Te vienen a buscar tus amigos?

—No. Hoy no.

—¿Y qué hacés acá todavía?

—Hmmm, nada en especial.

—Si no estuvieras tan zaparrastroso pensaría que tenés una cita con una chica.

—¿Qué tengo de zaparrastroso?

—Así que tenés una cita. ¿Con la rubita esa?

—Ni ahí.

—Sabés que la rubita es de la villa, ¿no?

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Nada. Yo viví ahí hasta los trece años, después nos mudamos del otro lado. Lo único que te digo es que si ella te quiere llevar adentro de la villa no vayas.

—Ni ahí.

VII

Cuando llegué a la esquina de la disquería, ella todavía no había llegado.

¿Y si se había olvidado? ¿Y si se burló de mí y nunca había pensado en venir? ¿Cuánto tiempo iba a esperarla? Me prometí que si tardaba más de dos horas me iba. Tampoco iba a estar en esa esquina hasta la noche, escuchando a Rodrigo a todo volumen.

A los diez minutos apareció ella. Venía sola. Sin ninguno de sus enanos. Tenía puestas una pollera de jean y una remera negra, pero no la de los Redonditos sino otra que decía algo así como «*Punk not dead*». Me pareció un mal síntoma que no trajera puesta la remera que nos había unido. «Todo mal», me dije.

Nos saludamos con un «hola» y nos pusimos a caminar para el lado de Lanús, por la vereda de enfrente a la villa. Le pregunté si todos esos chicos eran hermanos suyos y ella me dijo que sólo una de las nenas, que los demás eran vecinos. Su hermana se llamaba Elizabeth y tenía ocho años. Me contó que vivía con el padre y que su madre había muerto hacía ya cinco años. Le pregunté cuántos años tenía y me dijo que cumplía catorce el 3 de enero. Yo le llevaba casi once meses. Estaba en séptimo grado porque había repetido quinto. No tenía ganas de hacer octavo. La escuela no le gustaba.

—¿Y qué te gusta?

Lo pensó bastante y me contestó:

—Nada.

Le conté de la verdulería, de la escuela, de mi tío, de mis amigos. No le conté que mi papá se había ido de casa hacía casi dos años. Era algo que no hablaba con nadie. Ni siquiera con el Equi o con Pablo. Aunque Pablo lo sabía porque ya éramos amigos cuando mi viejo se las tomó. Esa vez falté tres días a la escuela y mi mamá fue a hablar para explicar. No sé para qué porque a partir de ese día la maestra me trataba como si me hubieran cortado un brazo. No me castigaba como a los demás ni me daba tareas especiales. Cuando fue el día del padre y la seño habló de los padres ausentes a mí se me llenaron los ojos de lágrimas pero me las aguanté. Pablo me preguntó qué le iba a regalar a mi viejo y yo le dije que nada, que nos había dejado. No dijo nada y nunca más volvió a sacar el tema.

Caminamos hasta la avenida General Hornos. Estábamos los dos muy transpirados a pesar de que habíamos andado por la sombra. Le propuse

tomar un helado y ella prefirió tomar una Coca. Fuimos hasta un kiosco que tenía unas mesas de plástico blanco en la puerta. Compré dos Cocas y nos sentamos. Patricia tomaba la gaseosa de a sorbitos. Yo la miraba y no podía creer que había conseguido invitarla a salir. Que esa chica que desde hacía un par de semanas me tenía loco estaba tomando una gaseosa conmigo.

—¿Vos vivís por acá? —me preguntó.

—Vivo más para allá, en Lanús, en Catamarca y Resistencia.

Nos volvimos a quedar en silencio. Ella miraba hacia la calle y yo la miraba a ella. Creo que se estaba sintiendo incómoda porque me preguntó:

—¿Y ahora vos por qué me mirás así?

¿Se lo decía o no se lo decía? Tenía que decírselo.

—Porque sos muy linda.

—Qué tarado.

—En serio.

Ya las sombras comenzaban a cubrirnos. Corría un poco de viento. Esa noche iba a llover. Ella me dijo que tenía que volver a su casa. Comenzamos a desandar el camino. Cuando faltaba una cuadra para llegar al comienzo de la villa me dijo que quería que la acompañara hasta ahí nada más. Por un lado, me hubiera gustado seguir con ella pero por otro sentí la tranquilidad de no tener que entrar a la villa.

—¿Nos vamos a volver a ver? —le pregunté.

—Sí.

—Así, a solas, los dos.

—Sí, sí.

—¿Y cómo hacemos?

—¿Para vernos?

—Sí.

—Paso por la verdulería y listo.

—¿Para arreglar y salir?

—Sí.

—La pasé muy bien.

—Yo también.

—Sos muy linda.

—Vos sos muy alto.

—Vos también sos alta.

—Me voy.

Se acercó, con sus dedos pulgar e índice me apretó las mejillas y me dio un beso en los labios. Apenas me los rozó pero sentí lo mismo que la vez que puse los dedos en el enchufe. Lo mismo no, esto era mil veces más fuerte. No atiné a nada. Acababa de pasar mi primer beso y no había atinado a nada. Ni siquiera a besar. Se dio media vuelta y se fue. Al final pude moverme y la corrí.

—Pará, pará.

—¿Qué querés?

—Me gustás mucho.

—Ajá, chau.

—¿No me preguntás si tengo novia?

—Qué vas a tener.

Y esta vez sí se fue.

3. Gente peligrosa

I

La segunda vez que nos besamos fue casi llegando a General Hornos. Habíamos quedado en vernos nuevamente en la esquina de la disquería. Cuando ella apareció me saludó diciéndome «hola» y nada más, ni un beso en la mejilla. Volvimos a repetir el camino y cuando ya llegábamos a la avenida que divide Lanús de Lomas, ella se detuvo debajo de un árbol, se apoyó contra el tronco y la besé. Nos besamos.

Fue un momento difícil. El beso no, el momento previo al beso, las horas previas, los días anteriores a esa segunda cita. Es realmente injusto que en la escuela no te enseñen a besar. Tendría que ser una materia obligatoria: cada chico debe besarse con su compañera más cercana, o con dos, o con tres. Así uno llegaría a besar a su chica con cierta práctica y no como llegué yo, tratando de imaginar que esos labios eran una naranja a la que yo debía sacar el jugo. Pero no me fue mal. No estuvo mal ese segundo beso, ni el tercero, ni el cuarto que nos dimos ese día. Después del cuarto perdí la cuenta. Eso sí: me acuerdo de que estuvieron todos muy buenos.

Esa segunda cita fue al sábado siguiente de la primera. No supe nada de ella desde esa vez hasta el miércoles en que se apareció por la verdulería

acompañada de su hermanita. Era la que me sacaba la lengua cuando volvían de la escuela. Se veía que se acordaba de mi amenaza de cortarle la lengua porque la chiquita no entró al negocio, se quedó en la puerta mirando cada tanto para adentro.

Quedamos en vernos el sábado y cuando se iban les regalé a cada una un par de duraznos. Las vi irse hacia la villa comiéndose las frutas. Yo estaba feliz. Si ella había vuelto, si habíamos hecho una nueva cita, era porque estaba interesada en mí. No le parecía un tonto, un tipo horrible, un ser asqueroso.

Una vez que caí y me di cuenta de que en pocos días nos íbamos a volver a ver, me agarró el pánico del beso. Porque aquel primer beso apurado no había contado con una participación rutilante de mi parte. El viernes practiqué con una naranja pero me produjo una reacción alérgica y esa noche se me inflamaron los labios. Por suerte a la mañana había vuelto a la normalidad: ni loco hubiera ido a la cita con la boca hinchada.

Esta vez fuimos a tomar un helado. Nos sentamos en unas hamacas que había en la vereda de la heladería. Le hablé de mis amigos y le pregunté si ella tenía amigas.

—Algunas.

—¿Son de la escuela o de donde vivís?

—Son del barrio. En el grado no tengo amigas. Soy la única que vive en la villa.

—¿Y eso qué?

Se encogió de hombros.

—Nos les gusta juntarse con villeros.

—Es una boludez.

No dijo nada. Dejó pasar un par de minutos como si comer el helado le exigiera la mayor concentración.

—¿Y a vos? —me preguntó—. ¿A vos no te molesta juntarte con villeros?

—No lo pensé, pero no. Me gusta mucho estar con vos, vivas en Fiorito o en Honolulu.

—Vivo en una casa muy fea.

—La mía tampoco es muy linda.

El beso después de un helado es siempre frío y algo pegajoso, pero sirve para saber qué tal estaban los gustos que pidió el otro.

II

A partir de entonces nos comenzamos a ver más seguido. Ella pasaba por la verdulería y quedábamos en vernos. Yo no sé si ella vigilaba la entrada o tenía un sexto sentido pero nunca venía cuando estaba Pinocho. Algo que yo agradecía porque no tenía ganas de contarle sobre Pato.

A quienes les conté fue a Ezequiel y a Pablo. Me miraban incrédulos, como si les estuviera diciendo una mentira grande como una casa. Finalmente se despacharon con toda clase de preguntas y de consejos. Ezequiel, que ya había salido con algunas chicas, ponía su experiencia a mi servicio para que yo no me equivocara.

—Con las mujeres uno está en una guerra permanente por sacarles la mayor cantidad de ropa. Por eso en verano, la victoria sobre las mujeres siempre parece más fácil —fue una de sus reflexiones.

Los días de semana eran encuentros más cortos pero como a esa hora ya comenzaba a oscurecer los besos eran menos públicos. Yo me animaba a pegarme más a ella. Me gustaba sentir la tibieza de su cuerpo junto al mío. Cuando nos besábamos yo la tomaba de la cintura y la traía hacia mí. Ella comenzaba tomándome de los codos, me acariciaba los brazos y ponía finalmente las manos en mi nuca.

Nos besábamos mucho aunque lo que más hacíamos era caminar. Andábamos derecho por Ejército de los Andes, entrábamos en San Martín hasta 25 de Mayo alejándonos de la verdulería y de la villa. Nunca íbamos en

sentido contrario, hacia el Camino Negro.

También hablábamos. Patricia menos que yo. A mí me gustaba contarle todo: los negocios de mi tío, las cosas que decía Pinocho, las historias de Pablo y Ezequiel, los partidos de fútbol que había jugado y hasta la aburría hablándole de Boca, de Riquelme, de los campeonatos que ganábamos desde que estaba Bianchi. Ella también era de Boca pero no era fanática. Incluso me dijo que le caían bien Chicago y Chacarita. Yo le dije que eso era imposible, que cuando se es de Boca no se puede ser de otro equipo. Entonces ella se encogió de hombros, que era una de sus respuestas favoritas.

Estábamos hablando del Diego. Yo había leído que la FIFA lo iba a nombrar el mejor jugador de la historia por una encuesta que se estaba haciendo en Internet. Le estaba contando que con Pablo y Equi habíamos votado desde distintos locutorios y habíamos gastado un montón de plata cuando de pronto, Patricia me interrumpió.

—Si mi papá quisiera sería millonario.

Yo no entendía qué tenían que ver mis gastos de votación con la posible fortuna de su padre.

—¿Qué?, ¿adivina los números que salen en la quiniela? —le pregunté algo molesto por no haberme dejado terminar mi historia.

—Mi papá lo conoce a Maradona.

—¿En serio?

—Ajá. Mi papá nació en Fiorito y vivió toda su vida en la villa. Jugaban juntos.

—¿A la pelota? —pregunté tontamente, como si el Diego fuera a jugar a la mancha. No me podía imaginar destino mejor que compartir un partido con Maradona. Que el tipo te pusiera un pase o tirar una pared con él. Traté de cambiar mi pregunta por una mejor—: ¿Y qué tiene que ver el hecho de que tu papá conozca al Diego con ser millonario?

—Mi papá tiene algo que le regaló Maradona.

—¿La camiseta que usó el día del partido con los ingleses?

—No, no es una camiseta.

—¿Los botines del día que hizo gatear a Fillol?

—Es un regalo que le hizo cuando los dos eran chicos. Una pelota.

—¿Una pelota cualquiera?

—No, no es una pelota cualquiera. Se la regaló Maradona.

—¿Está autografiada?

—Me parece que no.

—¿Y entonces cómo sabés si es de Maradona o lo inventó tu viejo?

—Mirá, si te vas a hacer el estúpido no te cuento más.

Fue nuestra primera pelea. A decir verdad, fue su primer enojo porque yo intenté amigarnos pero no lo logré. No conseguí ni que me siguiera contando de la pelota del Diego ni que me diera un beso más, ni uno solito en la mejilla. La acompañé hasta el lugar de siempre y me dijo chau sin mirarme. No podía dejarla ir así. La llamé y no me contestó. Me puse a la par y sólo me repitió su despedida. Comencé rogándole que no se enojara pero a la altura de la villa yo ya había comenzado a reprocharle un montón de pavadas que no pensaba de verdad, pero esperaba fueran bien hirientes. Por lo visto lo eran porque antes de entrar a la villa me dijo:

—No te quiero ver nunca más.

Yo me quedé quieto, nuevamente convertido en estatua, pensando en que me acababa de ocurrir lo peor que me podía pasar: Patricia me dejaba. Una angustia comenzó a correrme por el cuerpo pero no me duró demasiado porque fue aplastada por otro sentimiento: el miedo.

Tan absorto estaba en las últimas palabras de Patricia que no me había dado cuenta de que se me habían acercado cuatro flacos. Cuando lo noté, ya los tenía encima, rodeándome.

—Así que vos le hacés el novio a Pato —me dijo un pibe morocho, más bajo que yo y que debería tener fácil diecisiete años. Los otros eran todavía más grandes.

—El nene de mamá viene a buscar novia a la villa —dijo el que estaba a mis espaldas. Yo intenté caminar pero no me dejaron mover. Tenía a uno de ellos a cada costado y los otros atrás y adelante.

—Paren, viejo, yo no les hice nada —atiné a decir.

—¿Vos te creés que vas a hacer lo que querés? —dijo el morocho y agregó—: Las zapatillas.

—¿Qué?

—Dale, chiquito, sacate las zapatillas. No me hagas enojar —y me metió un tortazo en la cara. La gente pasaba por ahí pero nadie nos miraba o hacían como que no nos miraban o tal vez creían que éramos amigos jugando a darnos cachetazos. Me saqué las Nike y uno de ellos las agarró. También me sacaron los diez pesos que me quedaban. Antes de irse el morocho me dijo—: Y que no te vea más con Pato o te reviento. Acá —dijo y señaló para el lado de la villa— sos hombre muerto. Con el Perro no se juega.

Se fueron y yo me quedé descalzo y sin un peso para viajar. No lo pensé dos veces y me fui para la verdulería donde debía estar Pinocho. La sorpresa que se iba a pegar cuando me viera llegar porque ese día no me tocaba trabajar y además ya debía estar cerrando.

III

Un par de metros antes de llegar, noté que a la altura de la verdulería estaba parado un patrullero. Seguro que habían venido a buscar su ración de frutas y hortalizas. Entré y vi que además de Pinocho y los dos policías de siempre estaba también mi tío. Llegué para el final de la conversación. Bah, conversación es una forma cariñosa de decir. De hecho, mi pelea con Pato era más dulce que el tono que estaban usando mi tío y los policías. Pinocho permanecía callado en un segundo plano y a mí nadie me miraba a pesar de que ya había entrado. Mi tío les decía:

—Olvídense. No les voy a dar ni un peso.

—Roberto, te estás equivocando —le dijo el oficial Chuy.

—No acepto que me vengán a imponer ninguna contribución voluntaria.

—Hacé como tus vecinos, que ninguno se quejó —le aconsejó el cabo Polonio.

—Y a partir de hoy tampoco se van a llevar nada de acá. Ni el perejil de la verdurita.

—Está bien. Quisimos ser buenos con vos —dijo el cabo Polonio y dejó la bolsa que ya tenía cargada con verduras.

—Y te aconsejo algo —dijo el oficial Chuy—: Cuidá tu negocio y a tus chicos porque no vamos a estar cuando nos necesites.

—No me amenacen —gritó mi tío pero los policías ya se habían ido. Pinocho salió de su segundo plano y me miró mudo, sin saber si tenía que decir algo o si se quedaba callado.

—¿Qué hacés acá? —me preguntó mi tío más intrigado que sorprendido.

—Estaba dando una vuelta por el barrio y me robaron las zapatillas y la plata —dije mirándome los pies desnudos.

Pinocho se puso a acomodar las frutas y verduras de la bolsa que se iban a llevar los policías. Sin que mi tío lo escuchara me dijo «te avisé que no te metieras en la villa». También en voz baja le contesté que no me había metido en ningún lado. No sé para qué hablábamos en un murmullo porque mi tío ni siquiera me había prestado atención cuando me había visto descalzo. Seguía metido en su discusión con la policía.

—Querían venir todas las semanas a cobrar una cuota para darle seguridad a los negocios del barrio —me contó y se quedó reflexionando—: No tendría que haber sido tan drástico: el perejil de la verdurita no se le niega a nadie.

IV

Cada día hacía más calor, las sandías venían cada vez más grandes, las cerezas cada vez más rojas, la policía nos tenía amenazados, los pibes de la

villa me tenían amenazado a mí y Pato seguía sin aparecer. Entre el calor y la mala onda, verdulería «Mi sentimiento» se había convertido en una sucursal berreta y vegetal del infierno.

A pesar de que todavía faltaban como quince días, la gente ya había comenzado a prepararse para las fiestas de Navidad y fin de año. Como yo estaba de vacaciones me pasaba gran parte del día en el negocio. En casa me aburría y además tenía la esperanza de que Patricia apareciera en algún momento.

Pablo y Ezequiel también venían por la verdulería aunque el Equi seguía entrenándose duro en El Porvenir. Ya que no me encontraban en mi casa, pasaban por el negocio y se quedaban un rato o me arrastraban hasta algún picado.

Y si algo me faltaba para completar el cuadro perfecto de la desgracia, una tarde, mientras tomábamos un helado en El Piave de Avellaneda, Pablo nos contó que lo había llamado Carolina.

—Ajá.

—Me propuso ir al cine. No sé cómo se enteró de que me encantan las películas italianas y me dijo que quería ir al San Martín a ver Aprile.

—El cine italiano es un plomo —dije para no quedarme callado.

—El plomo sos vos. ¿Carolina te dijo algo de mí, te preguntó algo?

—No me acuerdo —mentí asquerosamente.

—Loco, al final todos van a tener su chica menos yo —dijo Ezequiel ajeno a la tragedia que se desarrollaba en mi corazón—. Aunque una chica como Carolina te la regalo. Siempre leyendo, viendo películas raras. Bah, no sé para qué te digo si ustedes dos son almas gemelas.

—Sí, ¿no? Creo que me está gustando.

—El cine italiano es un plomo —insistí pero ninguno me contestó, los dos estaban atentos a que no se les cayera ni una gota de helado al piso.

V

Pato apareció una tarde en la que yo estaba solo en la verdulería. No venía con su hermana. Entró a la verdulería y me saludó. Miró las frutas como si fuera a comprar. Se acercó a los duraznos, agarró uno, lo limpió con la mano y lo mordió. Fue hasta unos cajones y se sentó encima. Yo la miraba hacer.

—Ya sé —me dijo—, no me digas nada, me mirás porque soy linda.

—Me gusta tu remera cortita.

—Hace mucho calor.

—Estás toda colorada.

—Es que anduve en el sol.

—Me gusta tu ombligo. ¿Lo puedo ver más de cerca?

—Ni se te ocurra.

—¿Me perdonás?

Terminó de comer su durazno, buscó donde tirar el carozo y recién ahí me contestó.

—Jamás. ¿Cuánto te debo por el durazno?

Esa tarde fue la primera vez que nos besamos en la verdulería. A mí no me gusta mezclar trabajo con mujeres así que después de media hora le dije que mejor nos viéramos más tarde. Además, estaba por llegar mi tío. Desde que la policía había venido por última vez, mi tío se aparecía a eso de las siete y no se iba hasta que bajábamos la persiana. Quedamos en vernos a las ocho en la esquina de siempre. Le conté lo que me había pasado después de que nos habíamos separado la vez anterior.

—Son unas bestias —me dijo furiosa—. Ya los voy a agarrar. Ya sé quiénes son.

A partir de ese día volvimos a vernos casi a diario repitiendo nuestra rutina de caminatas, helados, gaseosas y besos. No importaba que el calor nos hiciera transpirar y nos pegara la ropa al cuerpo. Nada detenía las ganas de abrazarnos. Me encantaba sentir el olor de su cuerpo, su piel húmeda junto a mi piel. La felicidad de pronto había vuelto y la verdulería «Mi sentimiento»

ya no era un infierno sino el paraíso terrenal, manzanas incluidas.

VI

Ese tarde llegaba a la verdulería con retraso. Por suerte Pinocho nunca tenía apuro pero igualmente yo iba a paso vivo por las cuadras que me separaban de la parada del colectivo hasta el negocio.

Los vi antes de que ellos me vieran. Eso me dio una pequeña ventaja. Por suerte iba por la vereda de enfrente y cuando los cuatro me descubrieron ya les había sacado unos cuantos metros. Empezaron a seguirme y casi corriendo llegué a la verdulería pero antes de que pasara la puerta tenía una mano en mi hombro que me detenía.

—El nene de mamá le pidió la pelela a su novia —dijo el que se hacía llamar el Perro.

—Eso no se hace, nenito, te vamos a reventar —dijo otro y me hablaba a diez centímetros de mi cara. Antes de que llegara el primer cachetazo o me pidieran las zapatillas, apareció Pinocho en la puerta.

—¿Qué querés, Perro? —en la mano tenía el cuchillo con el que cortábamos el zapallo.

—¿Vos no sos Pinocho, el hermano del Parrilla?

—Sí y rajen de acá o los corto.

—Pará, negro, con vos no es.

—Si es con él, es conmigo. Le tocan un pelo y yo les arranco las tripas de una cuchillada.

Se fueron y a mí me volvió a circular la sangre que se había quedado congelada. Entramos a la verdulería y Pinocho me alcanzó una botella de Coca, tomé por el pico y sentí el gusto azucarado que me devolvía a la vida.

—¿Esos te robaron las zapatillas?

—Sí.

—¿Son amigos de tu novia?

—No sé, los conoce.

—Te dije que no te metas con la villa.

—A vos te conocían.

—Conocen a mi hermano.

Se fue hacia adentro y se puso a acomodar las frutas que ya estaban acomodadas. Como para sí agregó:

—Por eso se fueron.

4. El regalo del Diego

I

La primera vez que fui a la cancha de Boca yo tenía siete años. Fuimos mi viejo, un amigo suyo y yo a unos palcos que ya no existen en la Bombonera un miércoles a la tarde. El amigo de mi papá había conseguido esos palcos que eran carísimos. Jugaban Boca y Rosario Central. Yo llevé mi camiseta comprada el día anterior pero justo ese día los jugadores de Boca usaron otra, blanca con franjas azul y oro. Mi ídolo por entonces era Roberto Cabañas, el nueve paraguayo que teníamos y que era un genio.

Después fui muchas veces a la cancha de Boca. Por ejemplo, el día que Caniggia le hizo tres a River y el Diego erró un penal, yo estaba en las plateas altas. Y también estuve el día que Guerra la cabeceó con la nuca sobre la hora y ganamos tres a dos. Me gustaba ir a la cancha con mi viejo porque él aprovechaba esos viajes tan largos de Lanús a la Boca, en el 54, para contarme historias de su infancia, de la colimba, de sus primeros trabajos. No sé por qué pero nunca hablaba de esas cosas si no era a la ida o la vuelta de la cancha.

Todo esto se lo conté a Patricia una tarde en una plaza a la que habíamos llegado después de caminar como dos horas. Nunca supe cómo se llamaba

esa plaza chiquita, sin juegos y con muy pocos árboles. Nos sentamos debajo de uno de los pocos que había. Quería explicarle por qué me parecía tan importante lo que me había comenzado a contar de Maradona la tarde que nos peleamos y a su vez no quería llegar al momento en que tenía que decirle que mi viejo un día se había vuelto loco, se había ido de casa y no había vuelto más. No quería entrar en detalles y decirle que mi papá había mandado algunas cartas para decirnos que estaba bien y dando un montón de explicaciones y excusas que a mí no me servían. A mamá tampoco pero los dos disimulábamos. Nos alentábamos mutuamente. Y yo no quería hablar de eso con Patricia y a su vez quería decirle que su historia me interesaba mucho. Que desde hacía años sólo iba a la cancha a ver a El Porvenir y que me había prometido algo: sólo iba a volver a la Bombonera con mi viejo.

Por suerte ella no esperó a que llegara el momento en que yo le decía que mi papá un día tomó el auto y se fue con otra mujer para tener más hijos por ahí, seguramente. Antes de eso, Pato me contó:

II

El padre de Patricia, Luis, vivió toda su vida en Fiorito. Cuando era chico, sus padres tenían una casa del otro lado de la villa, cerca de la estación de trenes. A unos metros de ahí vivían los padres de Maradona con todos sus hijos. La primera imagen que Luis tuvo de Diego fue la de un nene de unos dos años que se metía en todos lados para jugar a la pelota con los más grandes. Luis tenía entonces siete u ocho años y, como todos los chicos de su edad, no soportaba a ese pibito que andaba siempre entre las piernas de los jugadores; lo empujaban, lo hacían llorar, intentaban sacárselo de encima como quien se saca una pelusa de la ropa. Así fue hasta que Diego o Pelusa

tuvo unos tres o cuatro años. Salió a la puerta con una pelota de cuero chiquita que le había regalado su primo Beto y se puso a jugar solo. No era una pelota como las profesionales, una número cinco, sino más chica, una número uno. Como a medida para sus pies de enano.

El papá de Pato le contó que nunca había visto nada igual. Que Diego se pasaba todo el día pegado a su pelota y sólo se separaba cuando la pateaba lejos pero enseguida la iba a buscar. Diego todavía no jugaba en ningún equipo. En cambio Luis jugaba en el Estrella Roja, un equipo del barrio que dirigía el padre de Diego y que jugaba en las Siete Canchitas contra otros equipos de por ahí. El papá de Pato era el mejor. Le decían Raúl Bernao que era el nombre de un futbolista de Independiente. Él le contó que gambeteaba hasta las piedras que había en la canchita. Diego iba con su padre a ver los partidos del Estrella Roja y siempre quería estar cerca de Luis que se había convertido en su ídolo.

Un día Luis volvía de la escuela y vio a Diego a cuatro cuadras de la casa. Estaba con su pelota y alrededor de él había unos cuantos chicos bastante más grandes, más o menos de la edad de Luis, tendrían unos doce años. Se ve que esos pibes se habían cansado de que Diego los bailara porque habían agarrado la pelota con las manos y le estaban haciendo un «loco», pasándose la pelota por arriba aprovechando que eran mucho más altos. Diego les estaba gritando que se la devolvieran pero los chicos no le hacían caso.

Luis se acercó y les dijo que le dieran la pelota. Ellos siguieron como si nada.

Entonces Luis fue hacia ellos y le metió un cabezazo a uno, a otro una patada y le sacó la pelota al que la tenía. Se la dio a su dueño y siguió peleando hasta que los pibes se cansaron y se fueron. Luis tenía mucha fuerza. Diego lo miraba como si se hubiera aparecido el Chapulín Colorado o el Hombre Araña. Se volvieron juntos y en el camino, Diego le preguntó:

—¿Por qué me ayudaste?

—Porque lo necesitabas —le dijo Luis. Nada más.

Al año siguiente Diego comenzó a jugar con los chicos del Estrella Roja y ya no se lo veía con su pelota de cuero chiquita sino que jugaba con las de los otros pibes. Ese año Luis pensaba ir a probarse a algún club, a Lanús o a

Independiente. Todos decían que tenía mucho talento para la pelota y él soñaba con ser futbolista profesional y jugar en primera. Fue entonces cuando Luis se enfermó. Le subió la fiebre, tenía dolores de cabeza. El primer médico que lo atendió no tenía ni idea de su enfermedad, pensaron que era una neumonía. Lo terminaron internando cuando además de fiebre alta empezó a sufrir unos dolores terribles en las piernas. Le agarró parálisis infantil. En el barrio juntaron plata para comprarle los medicamentos y para que los abuelos de Pato pudieran viajar hasta el Hospital Evita y cuidarlo día y noche.

Después de muchas semanas, Luis volvió a su casa en silla de ruedas. Los médicos les habían dicho a sus padres que podía volver a caminar, que en parte estaba en él hacer el esfuerzo y conseguirlo. Lo que no iba a volver a hacer era jugar al fútbol. Él estaba vivo pero se había muerto el futbolista que vivía en él. No quería comer, no quería salir en silla de ruedas a la puerta, no quería hacer los ejercicios que le habían dado para recuperarse. A la noche, cuando sus padres no lo veían, se ponía a llorar.

Un día apareció Diego. Luis no quería ver a nadie pero Diego insistió y con la ayuda de la abuela de Pato, que quería que su hijo se encontrara con otros chicos, lo dejó ir hasta la cocina donde Luis estaba sentado en la silla de ruedas. Diego llevaba con él su pelota de cuero que por entonces ya tenía varios gajos gastados y estaba descosiéndose. Diego se acercó hasta él y le dio la pelota.

—¿No sabés que estoy paralítico, tarado? —le dijo Luis enojado.

—No te la traje para que juegues. Te la traje para que la guardes.

—¿Y qué hago con la pelota ésta guardada?

—Es lo único que tengo. Por eso te la quiero dar. Cuando juego siento que soy como vos, siempre voy a querer jugar como vos.

—¿Y por qué hacés esto? —le preguntó Luis.

Y Diego, que tenía sólo seis o siete años, le contestó con las mismas palabras que él le había dicho cuando lo defendió de aquellos chicos. Le dijo:

—Porque lo necesitás.

Nada más. Se fue. Luis ya no lloró todas las noches. Al poco tiempo andaba con muletas y en pocos meses volvió a caminar. Todavía renguea un

poco pero sin mayores problemas. Antes de que volviera a caminar, Luis y sus padres se mudaron al otro lado de la villa. Luis no regresó a las Siete Canchitas y no se vieron nunca más con Diego. Pero el papá le cuenta a Patricia que en los momentos difíciles saca la pelota, la mira, la acaricia y siente que sus problemas desaparecen.

Según Pato, todos en el barrio conocen su historia y siempre hay algún pibe o algún vecino nuevo que le pide que le muestre la pelota. Entonces su papá la saca del aparador y la pone sobre el mantel para que la miren.

III

—Una vez —me dijo Patricia— vino un tano y le ofreció cien mil dólares si se la vendía. Pero mi papá no quiso. Él dice que las ilusiones no se venden. Que a los sueños hay que guardarlos para que crezcan y se cumplan. Y yo le creo.

5. Demasiado joven para tener prejuicios

I

Hay partidos chivos y el de ese sábado era bien chivo. Ezequiel era amigo de unos pibes de Crucecitas que jugaban un campeonato barrial en Avellaneda. Algunas veces, cuando les faltaba un jugador, lo llamaban para que jugara. Si necesitaban dos, el Equi me llamaba a mí. Esa vez le dijeron al Equi que iban a faltar tres jugadores para el partido en el Estrella de Echenagucía. Así que fuimos con Pablo contentos hacia la canchita.

Nos tocaba jugar contra un equipo de ese barrio, ahí, en Agüero, cerca del cementerio de Avellaneda, si no me equivoco. Nosotros éramos nueve: siete jugadores, la novia del arquero y el primo del pelado que jugaba de líbero. Cuando llegamos estaban los siete del otro equipo y unos doscientos monos que —cerveza en mano— nos gritaban a diez centímetros de nuestras caras. Si querían intimidarnos, lo habían conseguido.

Ezequiel se me acercó y me dijo al oído gritándome (era la única manera de poder escucharnos):

—Che, creo que si perdemos por un gol me voy contento.

—Si nos vamos vivos de acá, prometo abandonar el fútbol.

Pero no era un partido cualquiera, eran las semifinales del campeonato

barrial. En el partido de ida habían ganado los de nuestro equipo por un gol. O sea que con un empate clasificábamos y firmábamos nuestra acta de defunción.

El primer tiempo terminó empatado y cuando quisimos irnos al vestuario para descansar unos minutos y refrescarnos, los muchachos de la hinchada no nos dejaron pasar. Nos tuvimos que quedar ahí.

El segundo tiempo empezó con todo. Al Equi casi lo parten en dos y el árbitro no cobró ni foul. Por suerte, a los cinco minutos los locales se mandaron con todo y después de cien rebotes la pelota entró. Festejaban como si hubieran ganado la Copa Intercontinental. Los de la hinchada seguían gritándonos y a mí me pegaron con un tetrabrik vacío que tuve la delicadeza de levantar y acercarlo al borde de la cancha.

Pero los titulares habituales de nuestro equipo no querían perder así que cuando los otros volvieron a atacar, nuestro líbero, que nada tenía para envidiarle en aspecto y actitud a los del equipo contrario, lo agarró con una patada al nueve de ellos y si no lo quebró fue porque Dios existe y quería divertirse todavía un poco más con nosotros.

Obviamente, se vinieron todos al humo. A mí alguien me pegó un golpe en la nuca y me tendría que haber desmayado. O morirme de un infarto, o algo similar. El árbitro se apuró a sacar la roja, cobró penal a pesar de que había sido tres metros afuera del área y por suerte los doscientos hinchas se calmaron para ver el segundo gol del equipo faltando un minuto para que terminara el partido.

Pero no. El idiota que pateó el penal lo tiró afuera. Nuestro arquero sacó rápido y se la tiró larga a Pablo que estaba jugando de delantero. Lo poníamos arriba porque abajo siempre hacía goles en contra. Goles a favor, muy rara vez. *Esa vez.*

Tomó la pelota, la bajó con la clase de un jugador inglés, le tiró un globo a su marcador como si fuera brasileño, al líbero que lo salió a quebrar le tiró un caño como buen argentino y cuando quedó solo frente al arquero le metió un chumbazo como un kamikaze japonés en Pearl Harbor. Gol. Golazo. Si no hubiera estado pendiente de rezar creo que lo hubiera festejado y todo.

Nadie gritó ese gol. O sí, gritaron los del equipo contrario. Eran esos

alaridos que debían pegar los soldados de Atila antes de masacrar a un pueblo cristiano.

Los doscientos tipos invadieron la cancha y querían quedarse con nuestras cabezas como souvenir. Un grupeto de cuatro o cinco energúmenos lo había rodeado a Pablo y me pareció que estaban dispuestos a cobrarle cada centímetro que había recorrido hasta el arco con una buena colección de tortazos, puntapiés y piquetes de ojo. Sin pensarlo dos veces Equi y yo nos tiramos sobre la patota y apenas pudimos, entre los dos, mover a uno. Lo suficiente como para que Pablo saliera a los piques en busca de la puerta mientras nosotros recuperábamos las fuerzas suficientes para pegar media vuelta y seguirlo en medio de una lluvia de botellas, golpes y escupidas.

A nadie de los nuestros se le ocurrió pasar por el vestuario a retirar los bolsos. Salimos corriendo como locos hacia la calle y nos tuvimos que refugiar en el cuartel de bomberos de Echenagucía que estaba a unos metros del club. Por suerte, los tipos del cuartel se apiadaron de nosotros y consintieron, previo pago de treinta pesos (que era toda la plata que teníamos), en llevarnos en una autobomba hasta la avenida Mitre y Beruti. Íbamos colgados hasta en el techo. No importaba cómo, lo importante era sobrevivir.

Fuera de la zona de peligro, Ezequiel lo insultó a Pablo en todos los idiomas occidentales mientras los otros lo felicitaban y le pedían que volviera a jugar con ellos la final. Pero no fue necesario. Nos dieron el partido por perdido. Según el informe del árbitro «por abandono intempestivo del campo de juego».

II

Desde que Pinocho había salido a defenderme de la banda del Perro, los pibes de la villa no se habían vuelto a meter conmigo. Es más: una tarde estaban en la entrada de la villa y no me hicieron nada cuando, sin querer, pasé al lado de ellos. Me miraron en silencio y ninguno se animó siquiera a decirme algún insulto, los ojos del Perro tenían la misma mirada asesina que tienen los perros de la policía en una cancha de fútbol. Yo, por las dudas, siempre iba por la vereda de enfrente a pesar del sol que daba de lleno a la hora que yo llegaba a la verdulería y que me hacía sentir como si caminara por el desierto del Sahara. Por más que no se animaran conmigo gracias a Pinocho, tampoco era cuestión de tentar al demonio.

Y mientras caminaba bajo ese sol que me convertía en un caramelo derretido, con las pocas neuronas que quedaban en pie me preguntaba: ¿por qué esos pibes me la tenían jurada? ¿Eran amigos de Pato? ¿Eran vecinos? ¿Alguno, el Perro quizás, había sido novio de ella? Había muchas cosas que no sabía de Patricia. Cada vez que ella atravesaba la primera línea de casas de la villa entraba en una historia que me dejaba afuera, una historia inaccesible para mí y que, a pesar de mí, a pesar de ella, nos alejaba. Tal vez ella no se daba cuenta de eso. Y yo no pensaba que cada vez que tomaba el colectivo hacia mi casa yo también entraba en un territorio ajeno a Patricia.

No me animaba a hablar de estas cosas con Pato. Tampoco con los chicos. Quizás hubiera podido hablarlo con Pinocho pero al final se lo conté todo al tío Roberto. Estábamos los dos solos. Era casi la hora de cerrar y él había venido como hacía siempre desde el día que el cabo Polonio nos había amenazado. Se había levantado un poco de viento y el fresco entraba de a ratos para darnos las fuerzas mínimas que nos permitieran acomodar los cajones dentro del negocio.

—Sos muy chico... —Empezó a decirme mi tío.

—¿Para tener novia? —lo interrumpí.

—Nunca se es lo suficientemente chico como para negarse a los terrores del amor. No, sobrino. Sos demasiado chico para preguntarte tantas pavadas.

—No son pavadas. Son cosas que siento —dije mientras me servía un vaso de Paso de los Toros que ya estaba demasiado caliente.

—Vos le tenés miedo a lo desconocido, como le tenemos miedo todos. Y

el amor tiene demasiadas aristas desconocidas, suficientes para que salgamos corriendo cada vez que sentimos que el corazón late más fuerte de lo normal. Así que tratá de diferenciar tus miedos reales a querer, a que te quieran, a la zozobra de no saber si el otro te quiere con la misma intensidad que uno lo quiere —mí tío subió los cajones de zapallitos, tomó aire y siguió—: tratá de diferenciar tus temores amorosos de tus prejuicios.

—¿Prejuicios?

—Pensás que porque vive en una villa es distinta a vos. Y sí, es distinta a vos pero no sólo porque vive en una villa sino porque su mamá se murió, tiene una hermanita, odia estudiar y un montón de otras cosas que no me contaste de ella y que vos tampoco sabés. Pero te puedo asegurar que a la hora de tener miedo, de sentirse feliz, de querer y de sufrir, es exactamente igual a vos. O muy parecida, tampoco voy a exagerar. Y eso es lo que se mantiene eterno, aunque vivas en una villa miseria, en un palacio, o en el quinto infierno.

—Yo no soy prejuicioso —insistí, me molestaba que mi tío me acusara de algo que yo no creía ser. Que estaba seguro de que no era.

—Entonces no creas que cuando tu chica entra en la villa se convierte en un ser distinto al que conocés.

—¿Vos entraste alguna vez en la villa?

Mi tío vaciló.

—¿Acá?, ¿en Fiorito? No. Pero te recuerdo que fui yo el que vendió setenta chalecos antibalas en Fuerte Apache.

—No es lo mismo.

—Ya salió el prejuicioso.

III

A mí me gusta contar. Cuento todo. Es decir, cuento con números. Me gusta contar los pasos que hay de mi cama a la heladera, los autos con patente terminada en siete, hace años que cuento los segundos que puedo pasar haciendo pis. Mi récord es ciento ocho segundos de pis sin parar. Hay que tomar mucha gaseosa para igualar mi marca. A veces pienso que me gustaría trabajar en una central espacial y ser el encargado de llevar adelante la cuenta regresiva para el despegue del Challenger o de cualquier otra nave.

También me gusta contar con palabras. No puedo parar. Mi mamá dice que soy charlatán pero no es eso, al menos no es eso siempre. Cada vez que me encontraba con Patricia tenía algo nuevo para contarle: las pavadas que me habían pasado en la verdulería, las cosas que había vivido de chico, los líos que habíamos armado en la primaria con Pablo. Me gusta contar historias. Pero historias de verdad, de cosas mías o que me contaron. No historias inventadas. Tal vez sea charlatán pero no mentiroso.

Así que apenas pude, les conté a Pablo y Ezequiel la historia que me había contado Patricia. Estábamos en la casa de Pablo jugando con el Sega y controlando que sus papás no aparecieran por la pieza porque Ezequiel había conseguido un jueguito no apto para padres. Como la mamá estaba preparando la merienda y en cualquier momento entraba con los vasos y los sándwiches, aproveché para ponerlos al tanto. Pablo largó el Sega y los dos se pusieron serios, como si les estuviera revelando una verdad única. O una gran mentira.

El Equi es gallina pero no por eso deja de ser fanático del Diego. Siempre se lamenta por haber tenido sólo un año cuando se jugó el Mundial 86, y jura y perjura que se acuerda de todos los partidos de Argentina en el Mundial 90. Para mí que los vio después y se hizo la idea de que los vio en directo. Si Ezequiel admira a Maradona, ni que hablar de Pablo, que es de Independiente. Dice que cuando cumpla dieciséis se va a hacer tres tatuajes. Uno con la cara de su madre, otro con la cara de un escritor francés llamado Calmus o Capus, o algo parecido, y el tercero con la cara del Diego. Los tres, más de una vez, nos habíamos imaginado lo que se debía sentir jugar en el mismo equipo que Maradona. Y saber que existía la primera pelota con la que había jugado resultaba inquietante.

—Es increíble —dijo Ezequiel.

—¿Y vos la viste? —preguntó Pablo.

—No, para eso tendría que ir a la casa de Patricia y ahí está el viejo. Debe ser un guardabosques con la hija.

—Pero estaría buenísimo ver esa pelota, tocarla, qué se yo, hacer un cabeza —agregó Pablo.

—Sí, estaría buenísimo —dije yo.

Los padres de Pablo estaban lejos de la habitación y sin embargo no nos pudimos concentrar en el juego zarpado que había conseguido Ezequiel. Los tres seguíamos pensando en esa pelota, soñando con ella.

6. Con A de Amor

I

Fue un viernes distinto, el comienzo del fin de semana más importante de mi vida. Faltaban dos días para la Nochebuena y la gente ya estaba bajo el efecto fin de año: sidra, apuro, compras y dejar lo demás para el año nuevo. Se veía que todo el mundo pensaba hacer ensalada de fruta o clericó o ensalada rusa porque la verdulería estaba llena todo el tiempo como si la atendiera Papá Noel. Igualmente, yo había arreglado con mi tío y Pinocho que ese viernes me iba a las cuatro. Tenía que encontrarme con Patricia y yo no quería que fuera una salida como las demás.

Siempre caminábamos por el barrio o nos acercábamos al centro de Lanús pero esta vez habíamos quedado en dar un verdadero paseo. Le propuse ir hasta el Alto Avellaneda. Ella no lo conocía. Me pareció que reaccionaba como si a mí me hubieran invitado al Amazonas: terror y ganas.

Estaba hermosa: se había puesto su pollerita de jean que —yo ya lo había descubierto— la guardaba para las salidas que ella consideraba importantes. Arriba tenía una musculosa negra que le dejaba ver los breteles del corpiño y se había peinado más de lo habitual porque tenía el pelo parejito como nunca. Poco quedaba de mi Blancanieves despeinada. Esta nueva versión, debía

reconocerlo, me gustaba más. Me hubiera quedado horas mirándola sin poder decidirme qué me gustaba más: si mirarle las piernas o esa remera tan justa, o esos breteles que se le escapaban, o los brazos oscuros de sol. O sus ojos de aceituna podrida.

—Aceituna podrida —me había respondido una vez, cuando después de besarla le había preguntado de qué color eran sus ojos.

—¿Verde oscuro?

—No, nene, ¿nunca viste una aceituna cuando se pudre? Se ponen así, como mis ojos.

Tomamos el 271 que daba mil vueltas antes de llegar al shopping pero que era el único colectivo que nos dejaba bien. Nos sentamos en el último asiento de dos, cruzamos por Lomas, Escalada, Lanús, Gerli, pasamos a dos cuadras de la cancha de El Porve, hasta llegar a Avellaneda. Íbamos transpirados. Decían que hacía 36 grados y que al día siguiente iba a empeorar. El calor nos hacía hablar poco, tampoco nos besábamos, sólo nos tomábamos de la mano, nada más. Yo pensaba en la pelota que tenía el papá de Patricia, pensaba en lo que habíamos hablado con los chicos, en lo bueno que estaría verla, tocarla.

—¿Y nunca lo volvió a ver a Maradona?

—Nunca.

—Che, ¿y tu papá qué hace?

Me miró con esos ojos que ponía cuando estaba a la defensiva.

—¿Cómo qué hace?

—En qué trabaja.

—Changas —dijo, y agregó—: a veces, cuando consigue.

Dejó pasar unos segundos, miraba por la ventanilla la soledad de la Avenida Pavón a esa hora de la tarde.

—Mi papá es albañil, bah, se las arregla con todo. Es plomero, arregla luces, te corta árboles. Pinta. ¿Y tu papá?

—Mi papá... vuela.

—¿Maneja un avión?

—Algo así.

Tal vez tendría que haberle dicho la verdad, contarle del vuelo de mi viejo

pero una vez más no me dio ganas. Por suerte, ella siguió hablando.

—Mi papá sale todas las mañanas y se va a la Capital, a un lugar donde pasan a buscar gente cuando necesitan algún obrero. Si al mediodía no consigue nada se vuelve a casa.

Trataba de imaginarme al papá de Patricia y no podía, como tampoco podía imaginármela a ella esperando después del mediodía que su padre entrara por la puerta y ella ya supiera que ese día no iba a traer ni un peso. A no ser que otros de la villa lo llamaran para un trabajo de albañilería o de plomería. Otros que no debían tener ni para pagarle. Así era la villa, ¿cómo era la villa?

—¿Cómo es vivir en la villa? —le pregunté casi sin pensar.

Ya nos teníamos que bajar. Ella se encogió de hombros, como si el tema no le interesara mucho.

—En verano hace mucho calor y en invierno hace mucho frío.

Se bajó del colectivo de un salto.

II

Cruzamos el estacionamiento y nos metimos en el shopping. Adentro se borraba el sol, el calor de la calle, y aparecía un salón gigante iluminado con locales coloridos, pasillos con aire frío y gente por todos lados. Había muchos chicos como nosotros y señoras con hijos, y grupos de mujeres, todos llevaban bolsas, paquetes, algunos caminaban lentamente mirando las vidrieras y otros corrían como si se les estuviera por caer encima la Nochebuena. Nos mezclamos entre la gente y me imaginé que todas esas personas eran una especie de mar en el que Patricia y yo nadábamos, de esa forma, tomados de la mano.

Yo tenía hambre así que le propuse comer unas hamburguesas. Fuimos al patio de comidas y pedimos dos menús de hamburguesas completas, papas fritas y Coca.

—El año que viene voy a empezar a trabajar —me dijo mientras se llevaba unas papas fritas a la boca.

—¿Qué? —el ruido de la gente y una música que sonaba lejana tapaba la voz baja de Patricia.

—Que empiezo a trabajar, el año que viene —dijo levantando la voz.

—¿En qué?

Se encogió de hombros.

—No sé, creo que limpiando casas.

—¿No sos muy chica?

—¿Y vos no sos chico para atender la verdulería?

—¿Y la escuela?

Volvió a hacer el mismo gesto con los hombros y me dijo:

—Para lo que me va a servir.

Terminamos de comer y nos quedamos mirando las mesas de alrededor, la gente que seguía con sus bolsas y hasta con changuitos del hipermercado.

—No me gusta no tener plata. Toda esa gente puede comprar cosas y yo no. Si gano plata yo también voy a poder comprarme lo que quiera.

—¿Y qué querés?

—No sé, todo, algo. Cuando tenga plata se me va a ocurrir.

III

Por suerte, ese día yo sí tenía plata. Había cobrado el trabajo de la semana y mi intención era gastármela con Pato en esa salida. Tenía pensado

comprarle un regalo de Navidad pero no sabía qué, así que estaba atento a lo que ella miraba con más detenimiento en las vidrieras que íbamos recorriendo. Nos quedamos frente a un local que vendía relojes, espejitos, portarretratos y un montón de pavadas más. Pato había tomado unas cadenitas que había en un exhibidor, y las apoyaba en la palma de su mano una por una.

—¿Te gustan?

—Son lindas.

—¿Cuál te gusta más?

Se tomó unos segundos para comparar varias que había separado y me señaló una que tenía una medallita redonda con una «A» en el medio.

—Tengo una remera con la misma A —me dijo.

—Con A de Ariel.

—¿Viste? Y la tengo de antes de conocerte.

—Es la A de anarquía, ¿sabías?

—Yo sé todo.

Le pregunté a la vendedora cuánto salía. Dieciséis pesos, dos más de lo que había calculado gastar pero no me iba a poner en amarrete en ese momento. Al fin y al cabo, esa A podía ser la de Ariel, una muestra de nuestro amor, como una especie de alianza.

Cuando le dije a la vendedora que nos llevábamos la cadenita con la medalla, Pato me miró con los ojos bien abiertos y me susurró que no, que estaba loco. La vendedora la guardó en un sobrecito de papel y se lo entregó a Patricia que lo tomó con algo de aprensión, como si le molestara llevarse ese sobre.

Yo pensaba que al hacerle un regalo ella se me iba a colgar del cuello y me iba a llenar de besos pero no, caminaba más callada que nunca, como si cada paso lo tuviera que pensar y no pudiera desconcentrarse.

—¿No te gustó la medalla?

—Es hermosa.

—¿Y entonces por qué estás como enojada?

—Es gastar mucho en un regalo.

—Sos una tonta. ¿Por qué no te la ponés?

Abrió el sobrecito y yo tomé la cadenita por ella y se la puse en el cuello.

—Y en este sencillo acto te declaro reina de Fiorito y santa patrona de los verduleros.

Cuando ya empezábamos a cansarnos de ver ropa, la invité al cine que estaba ahí mismo, en el shopping. Compré un pochoclo gigante, una Coca y entramos a ver *American Pie* porque un compañero de la escuela me había dicho que estaba buenísima. Pato me contó que había ido al cine de chica, cuando su mamá estaba embarazada de Elizabeth. Que ese cine también quedaba en un shopping pero de la Capital. Una de las cosas de las que más se acordaba era que hacía mucho frío, igual que en ese momento. Era cierto, hacía mucho frío en esa sala. Ella tenía la piel de gallina así que le pasé el brazo por la espalda y la abracé. Se acercó a mí y se acurrucó. Justo comenzaba la película, con los primeros diálogos noté que el cuerpo de Patricia se iba poniendo tenso.

—¿Hay que leer? —me dijo indignada.

—Y sí, está en inglés.

Bufó y vi que trataba de concentrarse en el subtítulo. Eso le duró unos minutos porque después pareció aflojarse. O sea, había dejado de leer. Miraba las escenas con fastidio.

—Me aburro —dijo acercándose a mi oído y antes de alejarse me mordió la oreja. Yo pensaba mirar la película pero la verdad es que no vi mucho. Porque nos empezamos a besar y el cine estaba bárbaro para darse buenos besos sin que nadie te mirase, y ella me abrazaba y yo dejé el pochoclo y la Coca en el suelo para poder abrazarla mejor, y ella ya no tenía la piel de gallina y sus ojos brillaban con la luz de la película que ya no mirábamos, y yo quise confirmar que ya no tuviera más frío y la acaricié con el leve temor de que en cualquier momento me sacara la mano o me diera un cachetazo pero no hizo nada de eso y ella misma también controló que yo no tuviera más frío y fueron las caricias más maravillosas que se hubieran inventado.

Cuando la película se terminó y salimos de nuevo al shopping me sentía en otra dimensión. Estaba feliz como nunca. Y ella también se reía como si en vez de una gaseosa hubiéramos tomado cerveza. Creo que fue ahí cuando me dije: «por favor, diosito, que nunca me deje por el Perro ni por ningún

otro tipo».

7. El regreso de los muertos vivos

I

El sábado no vino tanta gente como esperábamos pero igual se trabajó bien. Tal vez la mayoría pensaba venir a última hora. Yo no iba a estar para entonces, era el turno de Pinocho y de mi tío. Los domingos solíamos cerrar pero ese domingo, como era 24 de diciembre íbamos a abrir y aprovechar a todos los que se decidían por las ensaladas y el clericó a última hora.

Ese sábado 23 de diciembre habíamos quedado con Pato en encontrarnos a las cinco de la tarde. Yo, después, me iba a encontrar con Pablo y Ezequiel para comer una pizza.

Llegué a la esquina de la disquería a la cinco en punto. Los minutos comenzaron a pasar y Pato no aparecía. A las seis de la tarde me empecé a preocupar. ¿Y si no llegaba? ¿Y si había decidido dejarme? ¿Por qué tardaba tanto?

Tenía ya los ojos cansados de tanto fijar la vista en la lejanía y tratar de verla aparecer. Cuando a las seis y media la vi surgir entre la gente, mi corazón volvió a sonar como un redoblante. No venía sola, traía de la mano a Elizabeth. Pero ni siquiera ese detalle me fastidiaba, lo único que me interesaba era que ella ya estaba llegando a mí. Tenía el rostro muy serio, los

hombros caídos, los ojos opacos. Tenía el aspecto de una vieja de ochenta años.

—No me puedo quedar —me dijo soltando de la mano a Elizabeth que se alejó unos metros, como para dejarnos hablar tranquilos. No se disculpó por la tardanza y me di cuenta de que algo malo estaba pasando.

—Tengo que ir al hospital porque mi papá está internado.

—¿Qué le pasó?

—Le dio un infarto.

—¿Cómo está?

—Mejor que ayer pero todavía está mal. Al menos ya recuperó a Eli —dijo señalando a Elizabeth— pero sin la pelota se va a morir.

—No entiendo.

—Uff, lo de siempre. Vino mi mamá a buscar a Eli. ¿Me acompañás hasta el hospital?

Definitivamente, había algo que no estaba bien.

—¿Cómo que tu mamá vino a buscar a tu hermana? ¿No está muerta tu mamá?

—Más o menos. Está muerta para mí, para mi hermana, para mi papá. Pero a veces viene a molestarnos.

II

Fuimos los tres al Hospital Evita. Ahí estaba internado su papá en la unidad coronaria. En el camino me contó lo que había ocurrido.

Su mamá los había dejado hacía varios años. Cuando me dijo eso me hubiera gustado interrumpirla, decirle que lo mismo pasaba con mi papá, que los dos lo habíamos ocultado y que teníamos también eso en común pero me

quedé callado.

Me dijo que los dejó para irse a vivir a otra parte de Fiorito, del otro lado, cerca de la estación de trenes. Se había ido a vivir con un policía y vivía en una casa mucho mejor que la de ellos. Cuando se fue, dejó a las dos hijas con su padre y por mucho tiempo no supieron nada de ella hasta que una vecina les contó que la había visto con ese policía en un chalet que el tipo se había hecho construir ahí, al borde de la villa.

Como dos años después, un día la madre apareció y dijo que se quería llevar a las chicas con ella, que con él se iban a morir de hambre y en cambio ella podía ofrecerles una buena casa y comida caliente todos los días. El padre le dijo que no podía confiar en ella, que había abandonado una vez a las hijas y no sabía si este interés por las nenas le iba a durar mucho tiempo. Que con él tampoco les iba a faltar comida a ninguna de las dos.

La madre se acercó a Patricia y le dijo que si se iba con ella tendría una pieza para ella sola, con muñecas y hasta con un televisor.

—Yo a papá no lo dejo —dijo—. Y a Eli la cuido yo.

La mamá se fue aunque cada tanto volvía a aparecer. Decía que las iba a llevar con ella por la fuerza, que iba a hablar con un juez y que si ellas se resistían las iba a meter en un reformatorio. Pero siempre se quedaba en las amenazas. En el fondo, según Patricia, tampoco tenía muchas ganas de llevarlas, más bien parecía querer molestar a su papá, vaya uno a saber por qué.

La tarde anterior, mientras Pato y yo estábamos en el shopping, la madre volvió a aparecer. Patricia no sabía qué maldades le había dicho a su papá, lo cierto es que se descompuso y ella en vez de ayudarlo, agarró a Elizabeth y lo dejó solo, descompuesto.

Por suerte, los vecinos habían visto todo y le hicieron los primeros auxilios hasta que lo pudieron llevar al hospital. Cuando Pato llegó a su casa se enteró de lo que había ocurrido. Lo primero que hizo fue irse al Evita para ver a su padre pero sabía que tenía que enfrentarse a su madre para recuperar a Elizabeth. Se quedó toda la noche en el hospital y esa tarde le prometió al papá que iba a buscar a su hermana y que se la iba a traer para que la viera.

Elizabeth no era lo único que su madre se había llevado. Cuando Patricia

volvió a pasar por la casa, algo instintivo la llevó a revisar el lugar donde su papá guardaba la pelota del Diego. No estaba. Su madre había robado la pelota.

Fue hasta el chalet, ahí estaba su madre. La hizo pasar. El policía estaba sentado en un sillón, miraba la televisión. Eli estaba sentada en un rincón del comedor como un patito mojado sin animarse a mover ni un pelo.

Patricia fue dura, le dijo a su madre muchas cosas que pensaba de ella. Lo suficientemente agresivas como para que la madre le pegara un cachetazo y después le dijera que se llevara a su hermana y que no volviera más por ahí.

Pato le reclamó la pelota. Su madre intentó hacerse la tonta, pero ante la insistencia de su hija terminó confesando que el policía se la había dado a algunos amigos para que la vendieran. Que ella ya no la tenía. Y que su papá era un idiota por no querer hacer dinero con esa pelota, que no se vivía de recuerdos. Patricia quería saber quiénes eran los amigos del policía y cuando finalmente la madre se lo dijo sintió que se moría.

—Los Gardelitos, ellos tienen la pelota de mi papá. Es lo peor que podía pasar.

Yo no tenía idea de quiénes eran los Gardelitos. Patricia me dijo que eran unos mafiosos que aterraban a toda la villa con robos y, últimamente, con ataques a la gente nueva del barrio.

—¿Qué gente nueva?

—La del asentamiento.

Los Gardelitos además de ladrones trabajaban como fuerza de choque para echar a unas familias que se habían asentado en unos terrenos de la villa. Que por eso eran amigos del policía, porque hacían trabajos juntos, incluso algunos de los Gardelitos también eran policías. Y esos tipos que no dudaban en robar, matar o lo que fuera por unos pesos tenían la pelota de su papá, de Maradona.

—¿Y ellos dónde están?

—Ellos están en la villa también.

Cuando se iba de la casa de la madre con Eli y con el alma por el suelo por lo de la pelota, el policía que hasta entonces no le había hablado le dijo:

—Y vos, piba, fijate con quién andás. Tu noviecito trabaja en una

verdulería que no hace las cosas como debe. En cualquier momento ese pibe tiene un problema.

Le pregunté si el policía tenía una cicatriz debajo del ojo izquierdo y me dijo que sí. El cabo Polonio: nada mejor que tratar con viejos conocidos. Yo estaba sorprendido, aterrado, indignado, con la sangre golpeándome fuerte y el alma destrozada viendo la cara de dolor de Patricia.

—Es horrible, Ariel, mi papá se muere. Si se entera de que ya no tiene la pelota no va a querer seguir viviendo.

Fue espontáneo. No lo pensé pero si lo hubiera pensado hubiera llegado a la misma conclusión y también se lo habría dicho. Tal vez había sido lo que el policía pensaba de mí, tal vez porque me acordé de que mi tío me había enseñado que no había que dejarse paralizar por el temor, tal vez porque sabía que más tarde me iba a encontrar con mis amigos y que ellos no me iban a fallar nunca y que por eso yo tampoco podía fallarles a mis seres queridos, tal vez porque quería ver la cara de Patricia setenta años más joven, o tal vez simplemente porque se trataba de la pelota de Maradona. Y no podía dejar que su pelota estuviera en manos de delincuentes. Tal vez por todo esto, le dije:

—No te preocupés, ahora andá a ver a tu papá con Eli que de la pelota me ocupo yo. Vos ya recuperaste a tu hermana. Yo voy a rescatar la pelota y la voy a llevar a tu casa.

III

Yo sabía que mis amigos iban a estar conmigo. Esa noche, mientras comíamos una pizza con gusto a última cena, a ninguno de los dos les pareció una locura lo que yo había dicho. Y, por supuesto, iban a venir conmigo. No

me iban a dejar solo en este partido chivo.

—Vamos a necesitar la suerte de los campeones —dijo Pablo que siempre era el que más pensaba.

Esa noche no pude dormir. No me asustaban los Gardelitos (al fin y al cabo no sabía mucho de ellos), sino la idea de que finalmente iba a entrar en la villa. Lo que no me había animado a hacer en todo ese tiempo ahora surgía como una necesidad inevitable. Y eso no dejaba de gustarme. Si estaba tan dispuesto a ir a la villa yo no era un cobarde como había pensado de mí mismo.

¿Cómo encontraba a los Gardelitos? ¿Le preguntaba a la gente de la villa? Y una vez que los ubicaba, ¿qué hacía? Sobre esto no tenía nada decidido aunque para encontrar a los Gardelitos seguro que Pinocho me iba a poder ayudar.

Con Pablo y Ezequiel quedamos en encontrarnos a las ocho y media en la verdulería. Se suponía que yo no iba a ir hasta después del mediodía y que a la mañana atendía Pinocho.

Llegué temprano y Pinocho ya estaba en el local pero todavía no había abierto. Estaba limpiando la verdura más vieja. Cuando me vio se dio cuenta de que algo malo ocurría. Le conté todo con detalles y cuando terminé me dijo:

—Meterse con los Gardelitos es tirarse adentro de la jaula de los leones.

—Tengo que cumplir con lo que le prometí a Patricia.

—Lo bueno es que si te matan no vas a sentirte mal por no cumplir.

—¿Me vas a decir cómo hago para ubicarlos?

—Los Gardelitos tienen su aguantadero para el lado del Camino Negro, cerca de la Laguna de los Dos Muertos.

—¿Y cómo hago para llegar?

—Tenés dos formas de ir. Una es yendo derecho por acá y llegás en diez minutos. Muy probablemente en el camino te cruces con alguno de los Gardelitos que ya a esta altura saben quién sos y qué vas a buscar, o con otros delincuentes no tan asesinos como los Gardelitos pero peligrosos, o te tropieces con el Perro y te quiera recordar que él fue novio de tu novia, o te encuentres con el cabo Polonio o con alguno de los suyos. Y ahí sí:

cualquiera de todos esos te bajan.

—Ok, ese camino no.

—El otro puede llevarte varias horas —dijo con una voz y una sabiduría que no le conocía—, hay que entrar por la otra punta de la villa. Hay que doblar en ciertas esquinas y evitar pisar algunos lugares como si fueran tierra minada. Hay gente que te puede ayudar en el camino y otra que te lo puede interrumpir definitivamente. Hay que saber buscar a los que pueden ayudarte y evitar a los otros.

En eso entraron Ezequiel y Pablo. Venían los dos vestidos con bermudas y remeras bien grandes, parecían jugadores de la NBA.

—Hola —saludó Ezequiel, al que se lo veía contento como a punto de irse de excursión—. ¿Y, hay equipo?

—¿Estos dos te van a acompañar? —dijo Pinocho y ante mi respuesta afirmativa fue hasta las ciruelas y empezó a llenar una bolsa; después agarró unos duraznos y unas manzanas y las guardó en otra bolsa.

—¿Qué hacés? —le pregunté.

—Estoy guardando fruta para el camino. Con el calor que hace nos vamos a secar antes de caminar cien metros.

—¿Nos vamos a secar?

—Sí, voy con ustedes. Puedo dejar que maten a uno pero tres son muchas muertes para mi mala conciencia. Además es mejor que salgamos ya porque no quisiera que nos agarre adentro de la villa ni la noche ni la tormenta que se viene.

—¿Y la verdulería?

—La dejamos cerrada. Le hago una nota a tu tío, cuando venga él va a saber entender. Además, ¿quién va a venir a comprar un veinticuatro de diciembre?

Agarró una mochila vieja y puso adentro toda la fruta. También guardó el cuchillo que usábamos para cortar el zapallo y las sandías.

—¿Y eso para qué?

—Por si tenemos que cortar algún zapallo. Vamos, zapallitos, caminen.

Salimos del local y fuimos por Ejército de los Andes, pasamos por donde solía aparecer Pato y por donde solían estar el Perro y sus amigos, seguimos

de largo, doblamos por unas calles que no conocía y por un momento perdí de vista la villa. Después de caminar varias cuadras más, volvió a aparecer ese aglomerado de casas precarias construidas con los materiales más inverosímiles. Yo me sentía muy seguro teniendo al lado a mis dos mejores amigos y a Pinocho, alguien que podía cuidarnos a los tres mejor que el ángel de la guarda más cuidadoso. Como diría Ezequiel, había equipo.

Nos detuvimos frente a un camino angosto que se perdía en el interior de la villa. Eran las nueve de la mañana. Antes de seguirlo, Pinocho nos dijo:

—Yo no sé qué idea tenés de la villa, qué idea tienen todos ustedes, pero sea lo que sea están equivocados. La villa es algo distinto a cualquier otra cosa, tiene otro tiempo, otros códigos, los espacios son distintos, en la villa los charcos de agua son ríos, un montón de piedras hacen una montaña, veinte casas son un país aparte y toda la villa es otro mundo. Van a ver cosas que jamás se imaginaron y nunca van a estar seguros ni tranquilos hasta que vuelvan a salir porque ustedes no son de ahí. Nunca van a serlo. Están en un territorio que no les pertenece y donde no son bienvenidos. No importa que no me entiendan lo que les digo. Ya van a ver. Vamos.

Y entramos a la villa en fila india como quien ingresa a un mundo nuevo.

Segunda Parte

8. Ecos de Babilonia: la gran cacería

I

—Si Papá Noel llega a venir acá, se muere de calor —dijo Ezequiel secándose el sudor de la cara con la mano.

—Papá Noel no viene nunca por acá —agregó Pablo que miraba hacia un lado y hacia otro como esperando que le empezaran a tirar piedras o balas.

Pinocho se había sacado la remera y se la había atado a la cabeza. El sol pegaba duro a pesar de que todavía no eran las diez de la mañana y nada parecía más inadecuado que el pronóstico del tiempo que anunciaba lluvias para esa Nochebuena. Desde el piso surgía un calor tan fuerte como del cielo. Había muy poca sombra y las chapas de las casas hacían calentar más el ambiente. Calor de arriba, de abajo y de los costados.

—Un infierno, viejo —dije yo—, ¿estamos lejos?

—Un poco más cerca que hace diez minutos. Y diez veces más lejos de lo que estábamos a la altura de la verdulería.

—O sea...

—Muy lejos. Ahorren saliva que la van a necesitar.

Hacía diez minutos que habíamos atravesado la primera hilera de casas. A diferencia de la entrada de Ejército de los Andes, por ese lado la mayoría de

las casas eran de cemento o prefabricadas, incluso tenían un terreno adelante y hasta algún adorno navideño en la puerta; no parecía estrictamente una villa miseria sino un barrio de casas humildes con sus paredes pintadas y el revoque fino en casi todos los frentes, adonde todavía no había llegado el asfalto. Lentamente el paisaje iba deteriorándose: donde en la cuadra anterior había un pequeño jardín, ahora había un terreno seco y más adelante unos yuyos cubiertos de hierros oxidados, botellas rotas y pedazos de concreto.

Lo que más se veía eran chicos, desde bebitos hasta chicos de ocho o nueve años que andaban en barra o que se quedaban frente a alguna puerta. Había también algunas mujeres, algunos viejos pero casi no nos cruzamos con hombres o chicos de nuestra edad. Los chicos nos miraban y algunas mujeres también, aunque nadie nos decía nada a pesar de nuestro aspecto de chicos exploradores recién bañados que habían perdido su guía.

No caminábamos en línea recta. Pinocho nos hacía doblar seguido, a veces retrocedíamos y hasta por momentos parecía que girábamos sobre el mismo punto. Cualquiera podría haber sospechado que Pinocho nos estaba desorientando para que nos perdiéramos dentro de la villa.

—¿Saben lo que hay detrás de esas casas? —nos preguntó ante un amago de queja por parte de Pablo.

—¿Más casas?

—No, peligros que estamos evitando —se secó el sudor de la cara con la remera que llevaba en la cabeza y después continuó—: Tal vez si los enfrentamos, ganamos. Pero sólo serviría para cansarnos y llegar sin fuerzas a los peligros que no vamos a poder evitar.

—Como en el *Age* —dijo Ezequiel.

—¿Cómo qué? —pregunté.

—Como en el *Age of Empires*, un jueguito de la computadora. Nosotros somos cuatro soldados en una misión. Lo importante es llegar al objetivo final y para eso hay que gastar la menor cantidad de energía posible porque las batallas más fuertes son las finales. Las primeras son sólo para desgastarte. Hay que tratar de...

Pinocho lo hizo callar con un gesto, se había detenido en seco al llegar a una esquina y nosotros con él. Parecía estar aguzando el oído. Yo hice lo

mismo y no escuché nada salvo un ladrido, varios ladridos. Miré hacia el callejón que se abría a mi derecha y vi un perro. Después vi diez más. Andaban juntos, casi pegados, como los perros que salen a pasear con un cuidador pero con dos excepciones: no llevaban correas y no tenían ningún cuidador que los controlara.

Los cuatro nos quedamos quietos como si estuviéramos jugando una mancha congelada. Los animales no hacían ningún gesto intimidante más allá de cierto gruñido apenas audible, ese gruñido que precede al ladrido desaforado o a la mordida más profunda.

—Ya nos vieron —dijo Pinocho con el mismo tono que hubiera usado para decir «somos hombres muertos». Nadie le contestó. Estábamos muy concentrados en mirarlos y en no mover ni un solo músculo. Hacía ya más de un minuto que no respirábamos.

Eran perros flacos, grises, no muy altos. De a uno, en cualquier calle de nuestro barrio, hubieran asustado muchísimo menos que Firulais. No podían despertar ni siquiera la inquietud que te metían, por ejemplo, los pastores alemanes que usaba la infantería en las canchas. Pero de a diez se potenciaban. Todo ocurrió en menos de dos minutos. Nosotros los miramos, ellos nos miraron. Primero con cierta indiferencia, después con cierta molestia por nuestra invasión a su territorio y, finalmente, con ganas de comernos a mordiscones y dejarnos los huesos al sol.

Salimos de nuestro congelamiento y empezamos a retroceder lentamente, como un ballet moderno en cámara lenta: sin sincronía y hacia un objetivo claro, alejarnos de esa jauría. Los perros también se movieron lentamente en dirección nuestra por lo que la distancia que nos separaban seguía siendo siempre la misma. Uno de los perros, que debía ser el líder y, extrañamente, era el menos alto, comenzó a ladrarnos en vez de gruñirnos y todos los demás le hicieron coro. Los ladridos resonaban a un volumen que aturdía a cualquiera. Sin embargo, a mi costado escuché a Ezequiel que en un grito contenido decía «ay, mamita», frase que traducimos por «corramos que se vienen». Sin mostrar la más mínima educación hacia los perros, les dimos la espalda y comenzamos a correr con los pasos más largos que pudimos, saltando por sobre las piedras, los troncos tirados, los pozos que se abrían

ante nosotros, sin preocuparnos por pisar charcos o zonas barrosas. Doblamos en la primera vuelta que pudimos para desorientarlos pero seguíamos sintiendo los ladridos en la nuca. Delante de nosotros teníamos el alambrado de una casa que nos cerraba el camino. Saltamos sin pensar. Caímos del otro lado casi al mismo tiempo que los perros llegaban a la cerca. Los teníamos a menos de un metro de nuestras cabezas sin que pudieran tocarnos: el alambrado funcionaba como una barrera perfecta. Nos levantamos del suelo sucios de tierra y con las rodillas raspadas. Pinocho agarró un cascote del piso y se lo tiró al primero de los perros que nos había ladrado. Le dio justo en la cabeza y el perro pegó un aullido estremecedor. Se tambaleó, yo pensé que iba a tomarse la cabeza con las patas delanteras pero se dio media vuelta y junto al resto de la jauría, sin ladrar ni detenerse, se fue por donde habíamos venido.

—Pará, salvaje —le gritó Ezequiel—, casi lo matás.

—Si no hubiera estado el alambrado en este momento esos perros te estaban comiendo el caracú —nos dio la espalda y agregó—: salgamos de esta casa antes de que desde adentro nos metan un tiro.

II

Rodeamos la construcción de cemento y buscamos la entrada. Ningún ruido salía del interior, algo que nos convenía porque iba a ser difícil explicar qué hacíamos ahí. La parte delantera tenía un alambrado más alto que en el fondo y una puerta de tejido metálico. No necesitamos saltar porque la puerta estaba sin llave ni candado. Frente a la casa había un terreno baldío bastante pequeño. Fuimos y nos sentamos arriba de unos pedazos de metal oxidado que podían ser partes de una cocina o del chasis de un auto.

Pinocho sacó unos duraznos y nos tiró uno a cada uno. Comimos con ganas, no porque tuviéramos hambre sino por la sed que nos quemaba.

—Lo que daría por una Coca —dijo Pablo mientras hacía puntería con el carozo del durazno sobre una latita.

Me imaginé una botella de litro y medio bien fría corriendo hacia mi garganta y yo también sentí ganas de una gaseosa helada. En ese instante, una señora mayor, algo encorvada y más abrigada de lo que el calor indicaba a esa hora de la mañana, entró a la casa que habíamos invadido unos minutos antes. Pinocho, le gritó:

—Hey, madre, ¿tenés un poco de agua para darnos?

La mujer se detuvo en la puerta, se dio vuelta y nos buscó con la mirada.

—Si tienen plata, hay lo que quieran.

Pinocho buscó en su vaquero y sacó un billete de diez pesos; se lo mostró. La mujer se acercó adonde estábamos. De cerca parecía todavía más vieja, tenía una verruga en la mejilla izquierda y olía rancio, como si hubiera estado encerrada en un frasco de aceitunas. (Aceitunas podridas: me acordé de Patricia, de sus ojos, dónde estaría en ese momento). La mujer tomó el billete y lo guardó en la manga de su vestido. Se sonrió, una sonrisa negra como la entrada de una cueva.

—Vengan.

La seguimos, atravesamos el patio que ya habíamos pisado y entramos.

—Por esa plata les puedo dar algo mejor para tomar.

Al principio, en la oscuridad no distinguíamos nada. El olor del lugar también era rancio pero distinto al de la mujer, olía como si hubiera muchas flores, como debía oler la sala de un velatorio repleto de coronas. ¿Y si en las sombras había un muerto? La mujer abrió una pequeña ventana y un rayo de luz iluminó levemente la habitación. Toda la casa era esa habitación.

—¿Tiene Coca Cola o Pepsi? —preguntó Pablo.

—No, querido, eso no tengo.

—Bah, puede ser Fanta o Crush, o Seven Up —agregó el Equi.

Había una mesa, sillas y al costado unas camas. Los cuatro abrimos los ojos, estoy seguro que mucho más que cuando vimos a los perros. Ningún cadáver, ningún velatorio, tampoco flores de ningún tipo. Sobre las camas,

durmiendo, había un par de chicas grandes. Una de ellas estaba destapada y, a pesar de que estaba oscuro y de mi falta de experiencia al respecto, puedo afirmar que estaba desnuda.

—Siéntense, queridos —dijo la mujer y fue hasta un armario. Sacó de ahí una damajuana, buscó unos vasos y los llenó de un líquido algo verdoso—. Les voy a dar un vino casero que hace mi marido con uvas de Quilmes.

La chica que estaba tapada se despertó. Primero se quejó entre dientes por el ruido, después nos vio y se sentó al borde de la cama. Corridas las sábanas, pudimos ver que tampoco ella tenía ni un mísero centímetro de tela sobre su cuerpo oscuro, un poco más claro en las zonas que debía cubrirse cuando se exponía al sol. Tomó la sábana y se la puso como una túnica. Se levantó y vino adonde estábamos nosotros que la mirábamos sin pestañear. Se sentó en una silla. Con cada movimiento que hacía la sábana se abría sin que eso le preocupara demasiado.

—¿Ustedes son amigos de la Tía Bruna? —nos dijo con una sonrisa en la que estaban todos sus dientes más los que le faltaban a la otra mujer.

—No. Estamos de paso —dijo Pinocho.

—Yo me llamo Ángela —dijo y su sonrisa hizo que se abriera definitivamente la sábana.

—A ver, queridos, tomen así se refrescan —dijo la Tía Bruna repartiendo los vasos.

A pesar de que no lo guardaba en una heladera, el vino estaba realmente fresco. Tenía un gusto un poco amargo, aunque yo tampoco soy especialista en vinos como para decir si era bueno o malo. De hecho, salvo algún trago de cerveza no había tomado nunca alcohol. Y Pablo se mareaba hasta cuando comía muchos bombones de licor. Teníamos sed, mucha, así que nos tomamos un buen vaso cada uno. El sabor amargo te dejaba un regusto a remolachas crudas. Ése era el olor de la habitación: el aroma que te quedaba en la nariz después de tomar ese vino. Dejé el vaso sobre la mesa y me pareció que la habitación ganaba en luminosidad a cada momento pero la visión se me hacía cada vez más borrosa, como si hubieran encendido una luz blanca que hacía desaparecer los contornos de las cosas y las personas.

La otra chica se levantó y fue hasta la cocina sin ponerse nada encima,

ignorándonos completamente. También era morocha y tenía las mismas marcas de la malla en su piel. Era más alta que Ángela, tenía unas piernas largas y un cuerpo de esos que se ven en las publicidades de yogur dietético. Esa chica y Ángela eran bastante más grandes que nosotros, debían tener unos veinte o veinticinco años. La chica encendió el fuego y puso una pava sobre la hornalla. Nos daba la espalda sin preocuparse por presentarse ni por nuestras miradas que la seguían como moscas.

Me costó darme cuenta de que Pinocho me hablaba. La voz me llegaba un poco lejana y había como un desfase entre el sonido de su voz y la comprensión que hacía mi cerebro de lo que él decía. Hice un esfuerzo para retener en mi cabeza la frase que me repetía por tercera vez y que las veces anteriores se había desvanecido ante la única neurona que me quedaba en pie y que la estaba usando para elegir entre mirar a Ángela o a la otra chica.

—No me gusta nada —me dijo.

—Las dos están bárbaras —le contesté, la voz me salió con un poco de baba.

—Boludo, no me gusta nada la situación.

Mientras escuchaba a Pinocho veía a Ángela que hablaba animadamente con Ezequiel y Pablo. No escuchaba lo que decían; en un momento los dos buscaron en sus bolsillos y sacaron unos billetes que Ángela tomó a la vez que se tapaba aunque en sus ojos había un brillo tan inquietante como en su cuerpo destapado.

—Nos vamos —dijo Pinocho en voz más alta que lo necesario y se puso de pie. Yo también hice lo mismo y la habitación se movió como en un terremoto. Me apoyé en la mesa y las cosas bailaron sobre mi cabeza como si alguien las estuviera arrojando de una punta a otra de la pieza.

—Quédense, queridos, con el calor que hace afuera, acá van a estar mejor. Si apenas se tomaron un vasito.

Pinocho se acercó a Ezequiel y a Pablo que tenían una sonrisa floja y que se dejaron arrastrar hasta la puerta. Nos arriaba como si fuéramos mulas empacadas. Ángela dijo algo así como que recién estábamos conociéndonos. La otra se dio vuelta y nos miró con una sonrisa que era más una burla que un gesto cariñoso. La vieja dijo algo, pero mi neurona sólo admitía una frase

cada diez segundos. Me hubiera quedado horas viendo a la chica que ahora estaba de frente sin importarme su sonrisa burlona. O me hubiera gustado hablar yo también con Ángela. Pero Pinocho tenía otros planes: nos empujó a los tres hasta afuera. El calor nos dio un cachetazo de fuego en la cara. La luz del sol nos encegueció y casi debimos caminar con las manos hacia delante para no chocarnos con alguna pared o un árbol. Pinocho nos arrastró como dos cuadas, nos hizo doblar en una esquina, esquivamos un carro de caballos que estuvo a punto de llevarnos por delante y cuando ya estábamos bien lejos nos habló:

—¿Ustedes están locos o qué? ¿Quieren llegar vivos o terminar en un zanjón?

—Eran dos chicas y una vieja —se defendió Ezequiel que abría y cerraba los ojos como si todavía no se acostumbrara a la luz del sol.

—Y ustedes unos piolas bárbaros. ¿Por qué le dieron plata a esa chica?

—Yo le dije que quería tomar Coca —contó Pablo— y ella se ofreció a ir hasta el almacén a comprar unas botellas. Nos dijo si podía comprarse alguna cosita para ella también y cómo le íbamos a decir que no.

—Che, se me mueve todo —dije, sentía náuseas, el vino lo estaba repitiendo y se veía que a ellos les pasaba lo mismo porque Equi, Pablo y yo eructamos a la vez. La simultaneidad nos causó gracia y nos pusimos a reír mientras Pinocho nos miraba con algo de impaciencia en los ojos. Pablo intentó sentarse en el piso pero Pinocho no lo dejó. Dijo que teníamos que seguir.

De a poco, yo volvía a ver las cosas con la definición correcta: el cielo todavía diáfano a pesar de los pronósticos de lluvia, la tierra seca debajo de mis pies, las zanjas barrosas y las caras sucias de mis amigos.

—¿Qué hora es? —preguntó Pinocho.

—Once menos veinticinco —le contesté.

—Lo peor de todo es que todavía sigo con sed —dijo Pablo.

9. La apropiación de la tierra

I

Era cierto. Lo peor de todo era que seguíamos con sed. Además, el vino nos había dejado un regusto amargo en la boca que necesitábamos sacarnos urgentemente. Pinocho nos hizo caminar unos diez minutos y nos detuvimos ante una casa de madera con techo de chapa. En la puerta jugaba un nenito de un año y pico. Tenía puesto nada más que un pañal y estaba más lleno de tierra que nosotros. Se entretenía con un barquito de plástico que arrastraba por el piso como si fuera un fórmula uno. Pinocho golpeó la puerta y apareció una mujer joven, de unos treinta años, más bien menudita y muy flaca, tan flaca que parecía un varón alfeñique.

—Pinocho, ¿qué hacés acá?

—Paseo por el barrio.

Ella se quedó mirándolo con cierta sorpresa pero no dijo nada. Pinocho se agachó y acarició la cabeza del nene.

—Andamos con sed. ¿Tenés agua para darnos?

La chica se fue para adentro. Al rato volvió con una cacerola con agua y un vaso de plástico. Llenábamos el vaso, tomábamos y se lo pasábamos al otro.

—Disculpame —dijo Pablo y cuando pensé que iba a reclamar una Coca Cola, preguntó—: El nene... ¿come fruta?

La chica hizo un gesto con los hombros igual al que hacía Patricia cuando algo le resultaba indiferente.

—Cuando hay, come.

Pinocho abrió su mochila, sacó una ciruela y se la dio al nene que primero la chupó y después la mordió con ganas.

—A ver si se traga el carozo —dije yo pero después de mordisquearla un rato el nene tiró lo que quedaba a la tierra. Pinocho sacó las bolsas de frutas y se las dio todas a la chica.

—Regalo de Navidad —dijo. Ella tomó las bolsas y las puso en el piso, del lado de adentro de la casilla—. Lili, ¿cómo te la estás arreglando?

—Juntamos cartones.

—¿Van a Capital?

—Ahora no porque estamos con el carro de caballos.

Pinocho tomó agua. Cuando él no hablaba se hacía silencio porque nosotros no teníamos nada para preguntar o decir. Tal vez fue mi impresión pero creo que la voz le tembló levemente cuando preguntó:

—¿Mariela sigue por lo del Colorado?

—Ahí para.

—La voy a ir a ver.

—Ojo que está limpia. No la metas en problemas.

Pinocho se agachó nuevamente y volvió a pasarle la mano por la cabeza al nene. Lo miraba a él y no a Lili.

—Voy a tratar.

—¿Pasa algo?

Se puso de pie y la miró. Había en los ojos de ambos un diálogo que nosotros tres nos perdíamos, había mensajes que nosotros no podíamos decodificar.

—Algo. Los Gardelitos.

—¿Es por el peaje?

—¿Qué peaje?

—A los que salen con los carros les cobran un peaje. Tenés que tirarles

cinco pesos todos los días o te confiscan el carro.

Nos tomamos toda el agua de la cacerola y Pinocho le pidió que nos llenara una botella con más agua. Nos llenó dos botellas que alguna vez habían tenido jugo Mamboretá y Pinocho las guardó en su mochila.

—Ojo, Pinocho, no hagas pavadas.

—Nunca hago pavadas —dijo, él le dio un beso y nosotros la saludamos con un gesto. Lili no averiguó quiénes éramos ni nosotros nos enteramos de quién era ella. Ninguno de los tres se animó a preguntar.

II

Siempre que salíamos con Ezequiel y Pablo no parábamos de hablar, de hacer comentarios sobre cualquier cosa que veíamos. Esta vez, en cambio, íbamos en silencio. Cada tanto alguno decía una frase pero no seguíamos la conversación. Ninguno hacía referencia a las casas que pasábamos o sobre la gente que nos cruzábamos.

Caminábamos en fila india, incluso cuando el ancho del camino daba para que nos pusiéramos los cuatro en la misma línea. Primero iba Pinocho, después Pablo, yo más atrás y cerraba la hilera Ezequiel.

En esa marcha silenciosa me sorprendió escuchar la voz de Ezequiel que decía algo así como «Bonano; Sorín, Cambiasso, Hernán Díaz y Coloccini...». Pensé que el sol lo estaba haciendo delirar.

—¿Qué decís? —le pregunté sin darme vuelta.

—Nada. Estaba pensando en mi Equipo de los Sueños. El equipo perfecto. Bonano; Sorín, Cambiasso, Hernán Díaz y Coloccini; Almeyda, Redondo y Orteguita; el Diego, Crespo y Saviola.

—Siempre el mismo gallina —lo dijo Pablo pero podría haberlo dicho yo

que estaba pensando lo mismo. Su Equipo de los Sueños tenía casi todos jugadores que pasaron por River.

—Éste es mi Equipo de los Sueños. Armá el tuyo y listo —dijo el Equi.

—¿De ahora o de todos los tiempos? —preguntó Pablo.

—Si es de tus sueños como vos quieras, gil —le contestó Ezequiel.

—Santoro; Clausen, Villaverde, Milito, Pavoni; Giusti, Marangoni, Burruchaga; Bochini, Maradona, Erico.

—Hay un montón que no conozco —dije.

—Ustedes porque no saben nada de historia del fútbol. Son todos cracks que se pusieron la camiseta del Rojo, salvo el Diego, por supuesto. Siete copas Libertadores, tres Interamericanas y dos Intercontinentales.

—¿Y vos Pinocho? ¿Tenés un Equipo de los Sueños? —preguntó desde atrás Ezequiel.

Como si le pidieran que recitara un poema de memoria, Pinocho dijo sin pensar:

—Roganti; Chabay, Buglione, Basile, Carrascosa; Brindisi, Russo y el Inglés Babington; el loco Houseman, Roque Avallay y Larrosa.

—¿Y esos?

—Huracán del 73 —dijo serio y definitivo, como quien dijera «y no se discute más».

—¿Y vos, Ariel?

—Pará que lo piense. A ver, Córdoba al arco. El Tata Brown, Samuel, Marzolini y el Negro Ibarra; el Cholo Simeone, el Vasco Olearticochea y yo; el Diego de enganche y arriba Canniggia y el paraguayo Roberto Cabañas.

—¿Cómo vos, enfermo? —se enojó Pablo—. Si te tiran una pelota y la agarrás con la mano —mintió.

—Si es mi Equipo de los Sueños yo quiero jugar. Si no, no sueño y listo —me defendí.

—Entonces —me dijo el Equi—, ya que estás poneme a mí volante por derecha y sacalo al Vasco.

No era una mala idea. Un Equipo de los Sueños donde estuviéramos el Equi y yo.

Hubiéramos seguido discutiendo nombres de futbolistas si no fuera

porque al doblar después de una hilera de casillas de madera, nos encontramos con una montaña de escombros. Pinocho parecía sorprendido pero no dijo nada. La escalamos y cuando creíamos que habíamos llegado a la cima vimos que había una subida más de tierra y piedras. Seguimos subiendo y nos encontramos con una especie de planicie pero de escombros, pedazos de vidrio y jirones de bolsas y papeles. Más allá había otra pequeña elevación y más acá, recostados sobre dicha elevación, dos muchachos, uno con la camiseta de Peñarol de Montevideo y el otro en cueros. Lo primero que hice fue mirarles las manos. No tenían armas.

Pinocho dijo «hola» y los dos flacos nos miraron con desconfianza.

—¿Qué quieren? —preguntó el que estaba en cueros.

—Estamos yendo para lo del Colorado.

—Eso está para allá —dijo el de la camiseta de Peñarol señalando el último montículo de escombros.

—Por acá va a ser difícil —dijo el otro.

—¿Por qué? —preguntó Pinocho y en la voz noté un tono que quería decir «¿vos y cuántos más no me van a dejar pasar?»

—Va a ser difícil —repitió el pibe.

—A no ser que haya un precipicio del otro lado, ¿por qué no vamos a pasar? —dijo Pinocho en el mismo tono.

—Porque del otro lado están los Gardelitos —dijo el hincha de Peñarol.

III

Hombres, mujeres y chicos. Algunos hombres, más mujeres y muchos chicos. Eso fue lo primero que vimos al asomarnos. Lo hicimos como se hace en las películas de vaqueros, donde no hay que sacar mucho la cabeza porque

te pueden meter un flechazo o un tiro. Y ahí el peligro no eran las flechas.

Había hombres, mujeres y chicos como apretados sobre el terreno que estaba debajo de nosotros. Más allá el suelo parecía un territorio arrasado por los hunos: muchos escombros, paredes desnudas tiradas a medias, pedazos de cartón, chapas, incluso se veía algún lavatorio, un inodoro absurdamente puesto en el medio de la nada.

Entre la gente y ese campo destrozado había tres autos con tipos adentro y afuera. Casi todos tenían anteojos de sol y algunos hablaban por teléfono celular. Por primera vez veíamos a los Gardelitos. No nos sorprendió reconocer entre los tipos con celular al cabo Polonio y al ayudante Balizas.

—¿Qué están haciendo?

—Esta mañana —nos dijo el hincha de Peñarol— vino la policía con las topadoras y tiraron abajo todas las casas de los Nuevos.

—¿Los Nuevos?

IV

Los que estaban de hace muchos años (o los que habían nacido ahí, como Patricia) los llamaban los Nuevos. Hacía dos años que habían aparecido y tal vez por eso Pinocho no los conocía. Eran unas cincuenta familias que habían ido llegando de a poco y habían ocupado unos terrenos fiscales. Fueron construyendo sus casas, haciendo crecer un barrio dentro del barrio. Nadie los molestaba más allá de las habituales peleas entre los pibes de un mismo lugar.

Un día empezaron a recibir aprietes para que se fueran. Primero los amenazaron y después les robaron. A algunos les destrozaron las casas. A todos les intentaron sacar lo poco que tenían. Pero como era gente tozuda

volvían a construir sobre el suelo devastado. De nada servía que fueran a hacer la denuncia porque en la comisaría ni siquiera se la tomaban. Todos en el barrio sabían quiénes eran los responsables de los aprietes: los Gardelitos.

La gente del asentamiento consiguió que algún abogado los defendiera. Fueron a comisarías, a juzgados, a los canales de televisión. Lo único que consiguieron fue que un juez ordenara el desalojo masivo del barrio. Se tenían que ir todos.

Un par de veces intentaron el desalojo pero nadie se movió un centímetro de sus casas construidas sobre terrenos que todos habían olvidado salvo ellos, justamente los que necesitaban un lugar para vivir.

Y esa mañana habían llegado unos ochocientos policías más las topadoras para sacar a las cincuenta familias. Algunos se resistieron y les pegaron unos cuantos palazos, otros atinaron a agarrar algunas pertenencias para no perder todo. Los abogados y los que más habían pataleado fueron detenidos y llevados a la Comisaría Primera de Villa Fiorito.

Los desalojados se habían quedado del otro lado de donde había estado su asentamiento. La policía no había conseguido moverlos más que esos pocos metros. Algunos vecinos los habían ayudado a rescatar sus cosas o les habían acercado agua. Otros habían ido a la comisaría a protestar. Como estaban las cámaras de televisión, una vez que terminó el desalojo, la policía se fue. Pero enseguida aparecieron esos autos con hombres de civil que impedían el paso para que la gente no volviera a armar sus casas en sus lugares originales.

Así nos contaron los dos flacos. El de la remera de Peñarol se llamaba Róger. El otro se llamaba Ramón.

—¿Y ustedes son del asentamiento? —preguntó Ezequiel.

—¿Nosotros dos? No —dijo Róger—, nosotros sólo somos buenos hombres —y los dos se rieron como si hubieran dicho un buen chiste.

—¿Y qué hacen acá?

—Juntamos piedras.

Alrededor de ellos había un montón de cascotes prolijamente acomodados. Róger tomó uno, lo sopesó y dijo:

—Cuando te quitan la tierra, las piedras pueden ayudarte a recuperarla.

—Si conseguimos armar un buen revuelo, los Gardelitos van a tener para entretenerse y los Nuevos van a poder volver a su lugar.

—¿Y la policía? —preguntó Pablo.

—No van a volver hoy. Y mañana es Navidad así que por unos días no creo que se animen con las topadoras —dijo Ramón.

—Pero siempre quedan los Gardelitos —agregó Róger.

Ramón y Róger siguieron juntando piedras. Nosotros nos miramos.

—Podemos hacer un rodeo mayor y evitar pasar por ahí —dijo Pinocho sin mucho convencimiento.

Los cuatro nos sentíamos algo raros. La sensación de no poder seguir nuestro viaje como si nada. Teníamos un objetivo: rescatar la pelota de Maradona. Pero una vez que habíamos entrado a la villa, rescatar la pelota de Maradona implicaba muchas otras cosas. Y además, siempre quedaban los Gardelitos.

—Muchachos —dijo Pablo haciéndose cargo de la situación—, hay dos razones para que ayudemos a armar un buen lío. Una es que si los Gardelitos están entretenidos, nosotros vamos a poder hacer más fácil lo nuestro. La otra razón la leí en un libro: si algo es injusto o incomprensible hay que rebelarse.

Nos convencimos en seguida aunque también muy pronto nos dimos cuenta de que no iba a ser muy fácil. La idea de Ramón y Róger no era tirar piedras desde ahí porque no llegábamos ni con una catapulta. Había que bajar disimuladamente, llevar una buena cantidad de cascotes, mezclarse entre los Nuevos y repartir las piedras entre los que se animaran a espantar a los Gardelitos. El peligro mayor lo corríamos Pinocho y yo porque Polonio y Balizas nos tenían marcados. Teníamos que andar con cuidado para que no

nos descubrieran.

Bajamos por un costado del que llamamos Monte de los Escombros. La bajada era más abrupta que por donde habíamos subido. Al apoyar el pie en un pedazo de metal, me resbalé. Bajé tres metros en un segundo. El Equi me ayudó a levantarme. Tenía un raspón en un brazo y un pequeño corte en la pierna derecha. Me salía un poco de sangre pero nada para desmayarse.

Habíamos quedado en que Pinocho y yo íbamos a ser los más retrasados para no ser vistos. Ezequiel se fue con Róger hacia la derecha y Pablo con Ramón hacia la izquierda, los cuatro bien adelante. La gente no estaba tranquila. Se notaba que a la primera de cambio iban a estallar. Estaban a la expectativa, a la búsqueda de algo que les permitiera reaccionar y recuperar sus terrenos. Y esa reacción la llevábamos en los bolsillos y en las manos.

Había un detalle que no habíamos tenido en cuenta y era que había muchas mujeres y chicos así que, además que repartir piedras, pedíamos disimuladamente que se fueran para la retaguardia mientras los varones tomaban la parte delantera del lugar. Había que verlo a Pinocho acercarse a la gente y hablarle como un ángel protector:

—Madre, va a ser mejor que te vayas para allá con los pibes.

Yo iba detrás, repartía las piedras como si estuviera dando caramelos. Nadie preguntaba nada. Las tomaban y las sopesaban, calculaban el esfuerzo que iban a tener que hacer para pegar en el blanco.

No habíamos terminado de avisar a suficiente gente cuando del lado de Róger y Ezequiel alguien arrojó un cascote sobre el techo de uno de los autos de los Gardelitos. Me pareció que por la posición en que había quedado (semicaído y sin piedras en la mano), el que había tirado era el propio Róger. La Batalla de las Piedras había comenzado.

Un murmullo que se convirtió en grito recorrió todo el grupo. Al primer cascote le siguieron una sucesión de piedras que llovían sobre los autos y las cabezas de los Gardelitos. Instintivamente, Pinocho y yo nos fuimos hacia delante. Yo tiré mis piedras sin demasiada suerte. Una incluso hizo patito sobre la tierra. Me faltaba fuerza de brazos para esa actividad. En cambio, Pinocho confirmó la buena puntería que había mostrado con el perro de la jauría, pegándole ahora en la pelada a Balizas que se quedó agarrándose la

cabeza como un poseso.

La reacción de los Gardelitos no fue pareja: algunos intentaron protegerse alejándose; otros con palos y revólver en mano avanzaron hacia la gente que comenzó a retroceder. Pero hacia los costados la situación era la contraria: muchas personas desbordaban la línea marcada por los Gardelitos y ocupaban el terreno.

Con las corridas era difícil mantener una dirección definida. Había que ir corriéndose para no ser atropellado. Podía ver cómo Róger y Ezequiel ya estaban sobre la zona del asentamiento. Ezequiel saltaba y festejaba como si estuviera jugando fútbol americano y hubiera marcado un *touchdown*. Nosotros estábamos en el medio de la gente que retrocedía y hacia donde avanzaban los Gardelitos. Pablo y Ramón tenían que estar ya llegando al asentamiento pero no los veía. Fue Pinocho el que los ubicó. Estaban a unos veinte metros de nosotros, Pablo estaba en el piso y Ramón trataba de levantarlo.

Nadamos contra la corriente y llegamos en el momento en que Pablo se incorporaba en un pie. En la mano tenía una piedra que no había llegado a tirar y que tampoco soltaba.

—Me lastimé una pierna —dijo.

Ramón y Pinocho lo tomaron de los hombros y lo llevaron casi en el aire. Yo trataba de ayudar levantando a Pablo de atrás sin saber si eso servía de algo. Pinocho me gritó que me pusiera adelante. De esa manera iba abriéndoles paso a ellos. Con mucho esfuerzo conseguimos superar la línea de los Gardelitos y quedar del lado del asentamiento. Yo también tenía ganas de saltar y festejar.

—¡*Touchdown*! —grité pero nadie me prestó atención salvo Pablo. Por algo habíamos pasado parte de nuestras tardes viendo juntos ESPN.

—Un auténtico *Dream Team* —me dijo.

Fue en ese instante en que mis ojos se cruzaron con los del cabo Polonio. Fue un segundo. Su cara no hizo ningún gesto ni tampoco yo lo necesitaba para darme por avisado que él me había visto. Simplemente le dijo algo a otro de los suyos y empezaron a andar hacia donde estábamos nosotros, casi en sentido contrario al que habían tomado la mayoría de los Gardelitos.

Le avisé a Pinocho pero no podíamos ir más rápido con Pablo en una pierna y la gente cruzándose por todos lados. Llegamos adonde estaban Róger y Ezequiel. La gente, en gran parte, ya estaba de nuevo en su lugar y empezaba a levantar de la nada sus casas. Usaban las chapas y los cartones tirados. La gente vecina les alcanzaba maderas, telas y hasta ladrillos. Ya nadie se ocupaba de los Gardelitos y a nadie del asentamiento se le ocurría detener al cabo Polonio y a su compañero que estaban rodeando el asentamiento para acercarse adonde estábamos nosotros.

—Tenemos que irnos de acá —dijo Pinocho.

—Vengan —y entre Ramón y Róger tomaron a Pablo como si fuera una pluma. Corrimos dejando atrás el asentamiento sin quitarnos la sensación de que atrás venían Polonio y su gente.

Llegamos a una casa que era la más grande que habíamos visto hasta entonces en la villa. No era lujosa sino todo lo contrario. Era una construcción de cemento humilde, pero muy sólida y pintada de un blanco que resplandecía bajo el sol del mediodía. Tenía una forma rara, alargada. Ramón y Róger nos hicieron entrar. Había un salón enorme con una mesa grande y muchas sillas. El lugar era muy fresco y tenía una luz tenue que lo volvía más acogedor.

—Acá nadie los va a molestar —dijo Ramón.

—¿Y esto qué es? —preguntó Ezequiel.

—Una casa —dijo Ramón.

—Un hogar, un taller de trabajo, un hospital también —agregó Róger—. Aunque básicamente es una casa para rezar.

—¿Es una iglesia? —preguntó Pinocho casi más asustado que si le hubieran dicho que era una comisaría.

—Es una casa de Dios —dijo un viejito que se había acercado sin que nos diéramos cuenta, nos sonreía pero sus ojos se perdían en la nada. Estaba ciego.

—Buen cristiano —dijeron Ramón y Róger a dúo— danos tu bendición y la de Dios.

El viejito dijo algo que no entendí y luego dirigiéndose a nosotros:

—Ya es hora de almorzar. Espero que quieran compartir con nosotros

nuestra humilde comida.

Miré la hora: era la una menos cuarto.

10. Un amigo en apuros

I

Otros más, de manera igualmente silenciosa, aparecieron en ese salón. Ramón sentó a Pablo en una silla y acomodó su pierna lastimada en otra.

—¿Qué te pasó? —preguntó una mujer de unos cincuenta años a Pablo.

—Creo que me doblé el pie.

—Los Gardelitos atacaron a la gente del asentamiento —dijo Róger— y ellos cuatro nos ayudaron a defender el lugar —fue su particular explicación de los hechos.

Todos parecían mover la cabeza asintiendo. La mujer se acercó a Pablo y le tocó la pierna. Pablo pegó un pequeño salto. Después la mujer recorrió todo el tobillo con sus manos.

—¿Te duele?

—Un poco menos que hace un rato.

—Es una esguince —nos dijo a todos—. Lo mejor va a ser que ese pie descanse.

Ezequiel y yo nos miramos. ¿Eso significaba que Pablo no iba a poder seguir con nosotros? ¿Dónde se iba a quedar? Pablo también puso cara de horror pero la mujer tenía razón: no podía moverse con el tobillo en esas

condiciones.

—Que se quede acá y cuando pasen de vuelta los ayudamos a llevarlo hasta la avenida —dijo Róger.

No parecía mala gente, no teníamos por qué desconfiar de ellos. Dos o tres de los hombres pusieron la mesa y nos invitaron a sentarnos. Éramos en total unos doce alrededor de la mesa. La verdad era que me moría de hambre. Nos sirvieron fideos con tuco y ensalada mixta. Era la primera vez que comía ensalada con otra cosa que no fuera carne. Lo comenté en voz alta y un flaco alto que estaba sentado frente a mí me dijo:

—No comemos productos cárnicos.

—¿Son evangelistas? —preguntó Pablo.

—Seguimos el Evangelio si es eso lo que querés decir —dijo la mujer que había hecho de enfermera.

—¿Pero de qué iglesia evangélica son? —insistió Pablo que parecía muy interesado en los detalles mientras Ezequiel, Pinocho y yo parecíamos más preocupados en vaciar el plato y conseguir que nos sirvieran una segunda vuelta.

—Eso es lo menos importante —dijo el flaco alto—. Yo soy valdense, Róger también era valdense y ahora dice que es un «buen hombre», el anciano es albigense como Ramón, Nancy es bogomila y ellos dos son patrilinos y hay también publicanos y tejedores. Las denominaciones son eso: etiquetas. No podemos establecer de una vez y para siempre lo que pensamos porque todo está sujeto a situaciones y ocasiones; humildemente queremos seguir la Dignidad de Cristo.

—¿Los valdenses no son uruguayos? —pregunté yo que había estado una vez en Colonia Valdense.

—Solamente nosotros tres somos de allá pero en el barrio a todos nos dicen los Uruguayos.

Después nos preguntaron a nosotros qué hacíamos en la villa y yo les dije que teníamos que ayudar a un amigo en apuros. Que le habían sacado algo que era de él y que debíamos recuperarlo. No sé por qué pero no dije nada de los Gardelitos. Creo que en el fondo tenía miedo de que no nos dejaran ir y nos devolvieran a cada uno de nosotros a nuestras casas. Como si el viejo me

leyera la mente, dijo:

—Algún día la gente se va a cansar de los vejámenes de esas alimañas. No falta mucho para que la gente se rebele.

—Nosotros defendemos de los Gardelitos a la gente del asentamiento —dijo el flaco alto—. Ahora se las agarran con ellos, aunque también roban a los otros vecinos y cuando alguien hace la denuncia la pasa peor. La gente está aterrada.

—La serpiente siempre hipnotiza a su presa con el terror —dijo el anciano y me acordé de algo parecido que me había dicho mi tío—. Pero cuando supera ese terror puede vencer a la serpiente.

Para tomar había jugos, agua fresca y vino. Nosotros no quisimos alcohol después de nuestra experiencia matutina. De postre nos trajeron fruta y les conté que Pinocho y yo atendíamos la verdulería de Ejército de los Andes. No estaba mal aprovechar para hacer clientes nuevos.

Lo ideal después de ese almuerzo era dormirse una siesta, teniendo en cuenta que afuera el sol caía a plomo y que nos quedaba un camino bastante largo por delante. Pero teníamos que seguir viaje. Volvimos a llenar con agua las botellas de Mamboretá. El Flaco no quería dejar pasar la oportunidad para hablarnos de su iglesia:

—El nombre «valdense» —nos dijo— significa libre predicación del Evangelio y libertad para predicar; solidaridad con los que siempre pierden, los últimos, los marginados; austeridad en todos los órdenes de la vida y la voluntad de compartir los dones que poseemos con todos los seres humanos.

No parecía un mal proyecto, aunque tampoco era el momento para decidir un cambio de religión. Nos acompañaron a la puerta. Pablo se quedó sentado en un sillón y nos miraba como si lo estuviéramos abandonando. Quedamos en pasar a la vuelta por ahí. El viejo ciego se nos acercó y nos dijo:

—No sé exactamente qué van a hacer pero recuerden que no somos grandes ni poderosos y de lo poco que somos siempre es bueno intentar entregar nuestra vida para que otros vivan, sembrando el Evangelio en medio de nuestra sociedad.

Después nos tomó la cara a cada uno de nosotros tres. Cuando lo hizo conmigo sentí primero la calidez de sus dedos y luego me recorrió como un

suave fresco por todo el cuerpo. Pinocho tomó la delantera y nosotros dos lo seguimos, alejándonos de la Casa de los Religiosos Uruguayos.

II

Seguía el mismo sol infernal pero el ambiente estaba más cargado, húmedo. A lo lejos se veían unas nubes negras. Caminábamos y la transpiración nos pegaba la ropa al cuerpo. Tenía la cara mojada de sudor.

—Vamos a tener una Nochebuena bajo agua —dijo Ezequiel y la idea de una lluvia cayendo sobre nosotros me pareció una bendición en esa caminata infernal.

Nos detuvimos un rato para tomar agua y limpiarnos el sudor con la remera. Pinocho me señaló a unos veinte metros una casa de ladrillos que tenía el exterior sin revocar.

—Ahí vive tu novia —me dijo.

Así que ésa era la casa de Patricia, ahí volvía todos los días de la escuela, de ahí salía para encontrarse conmigo. Esas casas eran las de sus vecinos y esos árboles secos eran el paisaje con el que se cruzaba en todo momento. Estaba viendo lo que había imaginado decenas de veces y esa imagen casi fantástica que había construido en mi cabeza era en la realidad una casita humilde, rodeada de otras casas parecidas, desprendida de cualquier peligro real.

Cuando pensé que nos íbamos a acercar, Pinocho tomó para el lado contrario.

—Che, ¿no puedo ver si volvió Patricia?

—Y ya que está nos fijamos si están el Perro y sus amigos —me dijo Pinocho algo fastidiado—. El Perro vive casa por medio y lo último que

quiero es cruzármelo acá.

Atravesamos unas casillas que parecían no estar habitadas y saltamos sobre los troncos de unos árboles. Más adelante había una especie de arroyo que tendría dos metros de ancho. Era difícil imaginar cómo no se había secado con el sol que había.

—¿Vamos a meternos en el agua? —preguntó Ezequiel.

—Ajá —dijo Pinocho metiéndose—. No se van a ahogar.

—¿No es mejor descalzarnos? —pregunté.

—No, porque puede haber vidrios. O ratas.

La perspectiva de mojarme las zapatillas no me gustaba nada pero menos pisar un vidrio o ser mordido por algún bicho. Nos metimos en el agua barrosa, una especie de arena movediza que por suerte no tenía más de veinte centímetros de profundidad aunque igualmente daba una sensación de hundimiento bastante desagradable. No había dudas de que con los años, a medida que se hiciera más profunda, esa franja de agua se iba a terminar convirtiendo en una trampa mortal para el que se metiera adentro. Una vez del otro lado me miré los pies: eran una masa marrón chorreante.

—Esperen que me seque los pies —les dije y me senté al lado del agua, sobre una piedra. Me molestaba sentir el barro entre los dedos de los pies. Me saqué una zapatilla empapada, para no caerme apoyé la mano en la tierra.

No sé qué fue primero, si el sonido como grititos que se sentía a mis espaldas, si fue la mordida en la mano apoyada en la tierra o el grito de Pinocho de «¡cuidado!».

Me levanté en un pie en el mismo momento en que algo me mordía ahora el pie sin zapatilla: eran ratas. Ratas por todos los lados que mirase, yo las sentía en la espalda, sobre mi cabeza, mordiéndome la cola, las rodillas. Me sacudí como víctima de un ataque de electricidad y ojalá hubiera sido una descarga de doscientos veinte voltios. Pinocho sacó el cuchillo de la mochila y se tiró sobre las ratas como un Power Ranger hubiera hecho con los Orgs. Los aullidos de las ratas eran insoportables, sólo aminorados por mis gritos. Chillaban con unos sonidos agudos que perforaban los tímpanos. Me arranqué una rata que intentaba subir por mis bermudas hacia vaya uno a saber dónde. Tenía las patitas frías.

Nunca había tocado una rata. Ésta vez apreté entre mis manos a varias. Las agarraba y las revoleaba hacia el otro lado del Río de las Arenas Movedizas como si fuera el mejor *pitcher* de los Yankees de Nueva York. Caían pesadamente sobre la tierra, algunas se levantaban aturdidas y huían. Otras se quedaban quietitas, posiblemente muertas.

Mientras yo las arrojaba al otro lado, Pinocho las despachurraba y las hacía salpicar una sangre gelatinosa levemente marrón. Alrededor de mí había pedazos de ratas por todos lados. La que no tenía las tripas afuera era porque directamente le faltaba la cabeza. A medida que se sentían menos chillidos crecía un olor muy fuerte. No sé si eran las ratas vivas o muertas pero algo olía muy mal en ese lugar.

El Ataque de las Ratas debió haber durado dos minutos. Yo habré revoleado unas diez, pateado unas veinte y asustado con mis gritos a unas treinta. Pinocho contó dieciocho ratas atravesadas por su cuchillo.

Cuando todo terminó me fijé en la pierna que creía mordida. No tenía siquiera una marca, apenas unas manchitas de sangre de rata, nada que no pudiera lavarse con la que ahora me parecía una hermosa agua barrosa.

—¿Y Ezequiel? —preguntó Pinocho.

Nos dimos vuelta y lo encontramos tirado en el piso, desmayado o muerto. Corrimos hacia él. Pinocho sacó el agua que llevaba en la mochila y se la tiró en la cara. De a poco, el gran Equi volvió en sí.

—Las ratas me bajan la presión —fue lo primero que dijo.

Lo dejamos sentado, bien lejos del Río de las Arenas Movedizas, mientras nosotros nos lavábamos con el barro y las dos agujas del reloj coincidían en el número cuatro.

11. La banda del Gato Benito

I

Pinocho volvió a guardar su cuchillo en la mochila. Ezequiel ya había recuperado los colores de su cara y yo estaba húmedo de barro pero limpito de ratas.

Nos acomodamos bajo la sombra de un árbol raquítico que encontramos a unos cuantos metros del Río de las Arenas Movedizas, no sin antes fijarnos que no hubiera ni ratas ni nidos de palomas ni hormigueros. Tomamos un poco de agua para recuperarnos de las emociones recientes. En mi cabeza seguía sintiendo los chillidos y el ruido del cuchillo de cortar zapallo al atravesarlas: ¡flizz! ¡flizz! Me iba a costar volver a usar ese cuchillo. Pinocho miraba hacia todos lados como buscando algo:

—Necesito un baño... a ver —pensó unos segundos como si estuviera haciendo un censo de los posibles baños de la villa—, ya sé. Espérenme acá que ya vuelvo.

Y sin esperar ninguna respuesta nuestra, tomó su mochila y se fue por una callecita lateral. Nos quedamos Ezequiel y yo solos, cuidando que ningún bicho se nos subiera por las piernas o la espalda.

Muy probablemente fue el sopor, o el cansancio de ese día, o el simple

sueño de la siesta, pero nos adormecimos al instante. Me despertó una patadita en mi pie. No eran ratas educadas. Eran unos pibes. Unos cuantos.

Siempre me pareció que cualquier grupo de más de cuatro personas parece una multitud. Fue lo que sentí en ese momento. Que eran muchos aunque después, reconstruyendo el episodio, nos dimos cuenta de que eran seis: cinco pibes y una chica. Tendrían nuestra edad, tal vez un poco más grandes, aunque Pinocho luego dijera lo contrario.

—Che, bellodurmiente, despertate solo o te doy un beso.

El que me amenazó era un morocho grandote con una voz de tonto increíble. Los otros se rieron y Ezequiel y yo no sólo nos despertamos sino que nos pusimos de pie en un segundo. La mordida de una rata comenzaba a resultarme más cariñosa que un beso del morocho.

—¿Qué están haciendo? —preguntó otro, un flaquito que tenía un cigarrillo en la boca.

—Nada, esperamos a un amigo —dije.

Estábamos rodeados, como si en cualquier momento fueran a atarnos al árbol para hacer una fogata con nosotros. Nos miraban los seis con una risita sobradora. El fumador me pateó suavemente en el pie y me dijo:

—Las zapatillas.

Oh, oh, esta película ya la vi, pensé. Me acordé de cuando el Perro se había quedado con mis Nike. Por suerte ahora tenía unas zapatillas berretas, pero ¿cómo iba a andar descalzo el resto del viaje? Inventé algo que supuse que los iba a espantar como me espantaba a mí la idea de cruzármelo.

—Escuchen, muchachos —les dije, retrocediendo un paso y pegándome al árbol—, yo soy amigo del Perro. Estamos yendo a ver al Perro, mejor va a ser que no nos jodan.

Se miraron entre ellos. Bien, como primer efecto no estaba mal. Un petisito que se había quedado medio aparte se me puso de frente.

—Así que sos amigo del Perro. Mirá vos. ¿Sabés quién soy yo?

No, no lo sabía.

—Yo soy el Gato, el Gato Benito. Al Perro le decís que el Gato Benito le manda saludos.

Era cierto. Alguna vez en Boomerang había visto unos dibujitos de «Don

Gato y su pandilla» en los que había un gato petiso y gordo llamado Benito. Este pibe se le parecía, incluso por su nariz chata y sus ojos redondos y gatunos.

—Dale, che, sacate las zapatillas. Y vos también, rubio.

Los dos obedecimos. Dije algo sobre el hecho de que estuvieran mojadas pero ni me escucharon.

—Ahora la ropa —nos apuró el Gato Benito.

Me opuse, les dije que la ropa no. Entonces el Gato peló una navaja muy convincente y otro mostró una botella vacía con la que amenazó partirle la cabeza a Ezequiel. No había como resistirse. Nos sacamos la remera y el pantalón.

—El calzoncillo también —dijo el Gato.

Ni borracho, qué les pasaba. Para qué querían nuestros calzoncillos. Estaban locos o qué. La chica y un par más se reían a carcajadas mientras los otros nos miraban con cara de asesinos sueltos. Tenían los ojos desorbitados y esperaban con ganas que nos negáramos para partírnos la cabeza o cortarnos en cuatro.

—Dale, loco, que me estoy enojando —insistió el Gato.

Me saqué el calzoncillo y me apuré a taparme con las manos. Me daba vergüenza quedarme desnudo frente a todos esos tipos, frente a Ezequiel que debía estar como yo y sobre todo frente a la chica ésa que se reía como una tarada y que nos miraba sin ningún problema.

—Che, está lindo el rubio —se sorprendió la tarada risueña—. ¿Tenés novia? —le preguntó, creo que se había puesto frente a él. Yo veía todo blanco así que no podía saber a ciencia cierta dónde estaba cada uno de ellos.

—No tiene novia, tiene novio —aclaró el fumador—. Éste es el novio —y se rieron todos. Seguro que me estaba señalando a mí.

—Me llamo Jennifer —dijo la chica, le dijo a Ezequiel—. ¿Cuántos años tenés? ¿Diecisiete, dieciocho?

Yo no sabía si alegrarme o entristecerme porque no me tuviera en cuenta. Al fin y al cabo, yo no era tan horrible.

—Estás transpirando —le dijo—, ¿querés que te seque? —y se rió a carcajadas ella sola.

—Vamos, Jenny —dijo el Gato Benito—. Chau, pimpollos —nos saludó y se fue con los demás, muy tranquilos los seis, llevándose nuestras ropas. Nosotros nos quedamos así, los dos desnudos, tapándonos como podíamos, en medio de la villa. Era difícil tomar una decisión en ese estado.

Por suerte antes de que se cumpliera un siglo —o sea, un minuto de tiempo real— apareció Pinocho que miraba sin entender. Le contamos como pudimos nuestro encuentro con la Banda del Gato Benito y cuando pensé que se iba a burlar de nosotros, reaccionó peor. Se enojó.

—¿Ustedes son tarados? El Gato y sus amigos no le roban ni a una jubilada porque se asustan.

—Pero mirá que yo les dije que era amigo del Perro y se burlaron de él, como si no le tuvieran miedo —traté de defender nuestra pasividad.

—Si el Perro se cruza con el Gato, lo destroza —dijo con una lógica zoológica indiscutible—. Vamos a buscarlos, los voy a reventar a esos.

—¿Así vamos a ir? —dije yo con voz aterrada. La idea de andar desnudo por la villa no me parecía la mejor. Ni por la villa ni por ningún lado que no fuera la ducha de casa. Pinocho se sacó la remera y se la dio a Ezequiel para que se la pusiera como una toalla pero le tapaba solo la parte de adelante así que le dio la mochila para que se la pusiera atada en la cintura y le tapara la cola. Se sacó los pantalones y me los dio a mí.

—Me llegan a ensuciar la ropa y los reviento —dijo y fuimos por donde se había ido la Banda del Gato. Éramos un equipo lamentable: Pinocho en slip y zapatillas, Ezequiel con un taparrabos exótico y yo con un pantalón que me quedaba ancho y corto, los dos descalzos pegando saltitos con cada piedra que pisábamos.

Por suerte, la Banda del Gato estaba ahí nomás. Se habían sentado a la sombra de una casilla y tomaban de una botella de cerveza. Vi que nuestra ropa estaba tirada a un costado.

—Gato, hoy te recibiste de boludo —dijo Pinocho sacando el cuchillo de los zapallos y tomándolo del cuello al Gato Benito.

—Pará, Pinocho, me dijeron que eran amigos del Perro.

—Ustedes —dijo Pinocho con el mismo tono enojado dirigiéndose a nosotros— pónganse la ropa.

Fuimos adonde estaba tirada la ropa y ninguno de la Banda se animó a nada. Ni siquiera a sonreír como antes. Salvo Jennifer que miraba todo como si estuviera divirtiéndose lindo.

Pinocho volvió a ponerse su pantalón y se ató la remera a la cintura. Guardó el cuchillo como si no lo necesitara ni para amenazarlos.

—La próxima vez te marco —le dijo al Gato. Agarró la botella de cerveza y la reventó contra la pared. Se hizo añicos y el olor a cerveza copó el lugar.

Todos se quedaron quietitos, como buenos alumnos. Tuve ganas de decir algo a tono con las circunstancias pero en parte me duraba la vergüenza. Les dimos la espalda y comenzamos a caminar. Escuché a Jennifer que nos gritaba, que le gritaba a Ezequiel.

—Rubio, no me dijiste cómo te llamás.

—¡Ezequiel! —dijo dándose vuelta y ganándose un empujón de Pinocho que le dijo:

—Caminá, tarado.

Los próximos diez minutos los recorrimos en silencio. El primero y el único en hablar en los cinco minutos siguientes fue Ezequiel. Como informándonos, como diciéndoselo a sí mismo, dijo:

—Creo que estoy enamorado.

II

Fuimos por un pasillo de un metro y medio de ancho. Por momentos, a esa hora, la villa parecía un mundo abandonado. Si no hubiera sido por algún chico jugando no habríamos visto a nadie. Éramos los únicos seres que se movían a esa hora y bajo el sol. Ni los perros se movían de la sombra en la que estaban echados.

—¿Falta mucho? —preguntó Ezequiel.

—Muchísimo menos —dijo Pinocho.

—Hay que pensar cómo vamos a hacer una vez que lleguemos al aguantadero de los Gardelitos —dije.

—Pasamos a los que estaban en el asentamiento. No creo que esos vuelvan muy rápido. Seguramente dejaremos atrás a otros Gardelitos en el peaje, porque vamos a tener que pasar por ahí.

—¿Y cómo vamos a hacer para pasar?

—En carro.

El pasillo terminaba en una montaña de hierros retorcidos. Cuando se miraba bien esa acumulación de ruinas, se podían descubrir fragmentos de chasis. Un auténtico Cementerio de Autos.

—Acá tiraban autos en los setenta —nos contó Pinocho mientras subíamos por los hierros.

—En miles de años van a ser petróleo, como los dinosaurios —dije.

—No te cortes acá porque te tienen que dar un litro de antitetánica —agregó oportunamente Ezequiel.

Bajamos con cuidado del otro lado y, en el interior del esqueleto de un auto que podía ser un Valiant o un Rambler —uno de esos autos grandes que ya no existen— vimos a cuatro tipos de rostros aindiados. Se podría decir que estaban detenidos como si hubieran estado esperando que cambiara el semáforo, salvo porque el chasis no tenía ruedas ni había un semáforo delante de ellos.

Resultaba gracioso verlos ahí, en medio de la chatarra, con una seriedad que los volvía más grotescos. Ellos también nos miraron. Teníamos que pasar por donde estaban. Pinocho había disminuido el paso esperando alguna reacción de ellos que no tardó en llegar. Uno de los que estaba atrás le dijo algo a los otros tres. Parecían agitados o algo parecido, lo cierto era que se les había cambiado el rostro. Salieron los cuatro del auto. Nosotros nos detuvimos a una distancia razonable, la suficiente como para salir corriendo o prepararnos para un ataque con lo que fuera.

El que se había dirigido a sus compinches fue el que nos habló. Tenía una tonada rara.

—Hey, tú —dijo y señaló a uno de nosotros, a mí no era—, tú, el rubito. Se refería a Ezequiel que acusó recibo con un débil «¿yo?». Estaba de racha.

—Sí, tú. ¿No juegas de ocho en la sexta de El Porvenir?

—Séptima, sexta, depende.

—Yo jugué contra ti. Yo juego de seis en la sexta de Los Andes.

Ok, así que venía de reconocimiento futbolístico. Mientras Ezequiel no le hubiera tirado algún caño que ese flaco se quisiera cobrar, estaba todo bien.

—Nos vienes como anillo al dedo —dijo otro—. Necesitábamos un buen jugador para un partido.

—Hey, compais —gritó otro y aparecieron de los costados cinco o seis flacos, todos muy parecidos: más bien bajos y fornidos, el rostro cobrizo, los ojos achinados. Parecían jujeños o bolivianos—. No necesitamos buscar a nadie más. Ya tenemos un crack para el equipo.

—Escuchen —dijo Ezequiel—, con gusto me engancharía. Yo me prendo en todos los partidos pero en éste no puedo porque con mis amigos estamos apurados y...

—Mira, Ocho, no te puedes negar. Te necesitamos y ya. Jugamos un picado contra el equipo del oficial Chuy.

—¿El oficial Chuy? —preguntamos a coro Pinocho y yo.

—Es el triangular final —dijo el Seis de Los Andes—. El que gana se lleva la copa y los quinientos pesos.

—¿El oficial Chuy no es uno de los Gardelitos? —pregunté yo y me contestó también el Seis:

—Casi todos los que juegan en su equipo son de la banda ésa, o son policías, o las dos cosas. Por eso necesitamos poner lo mejor que encontremos. Nos hacía falta alguien como este Ocho magnífico. Yo lo vi hacer maravillas en la cancha de Los Andes.

—El triangular final —dijo otro— lo jugamos nosotros, Corazón Boliviano, el equipo del Oficial Chuy, Gardel Vive, y el de los uruguayos, Los Perfectos de Fiorito.

—Apurémonos —dijo el Cinco y junto con otros que se acercaron amistosamente nos arrastraron con ellos—, tenemos diez minutos, el partido

es a las cinco.

«Hay equipo» pensé. Y hacia allá fuimos.

12. Cuando no se puede ganar, bueno es empatar

I

Hay partidos chivos y éste iba a ser uno de ellos. A Ezequiel lo llevaban casi en andas y la verdad es que la fe que le tenían era injustificada. Porque si bien el Equi era un ocho habilidoso y con llegada, tampoco podía salvar a un equipo él solo y mucho menos si iban a jugar —como hubiera dicho mi tío Roberto— contra el caballo del comisario. Pero allí estaban, felices con la nueva adquisición de Corazón Boliviano.

Nosotros íbamos unos metros atrás, no como un reconocimiento a la estrella del equipo sino porque otra vez había muchas posibilidades de cruzarnos con los Gardelitos. El Oficial Chuy nos conocía bien y no era cosa que nos viera justo en ese momento.

Llegamos a un potrero en el que habían hecho los palos y los travesaños del arco con tirantes de madera. Si se rodeaba el potrero, del lado contrario al que estábamos nosotros había una montañita de escombros y residuos. Con Pinocho dimos toda la vuelta y nos ubicamos ahí. Una especie de platea alta, de las baratas, de éstas en las que el partido se ve lejísimos pero en las que podés estar sentado y sin chocar con la barra brava de la popular.

Y la popular estaba bastante concurrida. Habría unas treinta o cuarenta

personas esperando el comienzo de los partidos. Alentaban, tiraban algún petardo, saltaban. Igualito a una cancha en serio aunque sin tribunas ni césped. Como en la arena romana, los tres grupos de gladiadores aparecieron por distintos lados. Corazón Boliviano fue el primero en llegar. Al minuto aparecieron los de Gardel Vive con el Oficial Chuy a la cabeza y por la otra punta entraron Los Perfectos de Fiorito. Adelante venía el flaco alto de la Casa de los Religiosos Uruguayos y más atrás reconocimos a Róger, a Ramón y a un par más de la Casa.

—Por un momento pensé que lo iban a traer a Pablo —le comenté a Pinocho.

—Eso hubiera sido lo que único que nos faltaba.

Primero iba a jugar Corazón Boliviano con Gardel Vive, después Corazón Boliviano con Los Perfectos de Fiorito y finalmente se enfrentarían uruguayos y Gardelitos. Si a alguien había favorecido el fixture era a Gardel Vive, que tenía un descanso entre partido y partido.

Los uruguayos se sentaron en hilera a un costado de la cancha (en las plateas preferenciales, podría decirse). El oficial Chuy era el técnico de Gardel Vive. Señaló a Ezequiel y dijo algo pero todos parecían muy tranquilos. Seguramente el Equi les llamaba la atención porque era el único rubio del equipo y casi les sacaba una cabeza a todos los de Corazón Boliviano, incluso a los de Gardel Vive.

Un gordo bien panzón, en musculosa y ojotas hacía de árbitro. No tenía silbato así que hizo el gesto de comenzar el partido y gritó «empiecen».

II

Si había una palabra que definía al partido entre Corazón Boliviano y

Gardel Vive, ésa era «trabado». Mucho juego en mitad de la cancha sin situaciones de peligro. Cuando alguno intentaba escaparse lo bajaban enseguida. El gordo panzón se debía haber olvidado las tarjetas porque no mostraba una amarilla ni con la aparición de sangre. Un verdadero cultor del «siga, siga».

Corazón Boliviano tenía bien puesto el nombre porque era puro corazón: corrían, cortaban, presionaban. Era cierto que les faltaba un habilidoso y que Ezequiel venía a cubrir ese espacio. Intentó un par de gambetas pero unos ursos que jugaban de cinco y de stopper lo bajaron a la primera pisada. Cuando vio que con la gambeta iba a conseguir poco, hizo algo que siempre me había parecido inteligente cuando se lo había visto hacer en El Porve: se tiraba unos metros adelante. Aprovechaba su altura y jugaba como un nueve rústico. Si lo bajaban ahí era penal. Tenía cuerpo para hacerlo y le gustaba ir a pelearla arriba.

Los bolivianos entendieron enseguida y el nueve que tenían ellos se abrió a la punta izquierda y empezaron a tirarle centros. Los Gardelitos también tenían lo suyo. Pegaban y pegaban pero también tocaban. Eran rápidos y si en vez de tener adelante un equipo tan aguerrido como Corazón Boliviano les hubiera tocado jugar con unos simples habilidosos les hubieran metido unos cuantos goles. Igualmente, hicieron uno.

El ocho de ellos entró tocando con el diez y cuando fue a buscar la devolución se tiró a la piletta. El árbitro cobró penal casi desde la mitad de la cancha porque con las chancletas y la panza no podía andar muy rápido. Pateó entonces el urso que jugaba de stopper y si hubiera habido red la habría roto. Tuvieron que ir a buscar la pelota a cien metros. Muy cerca de donde estábamos nosotros.

Con el uno a cero a favor de Gardel Vive terminó el primer tiempo. Descansaron unos minutos, cambiaron de lado y empezó el segundo tiempo.

De entrada, con un cabezazo que a mí me pareció con carga al arquero, Gardel Vive se puso dos a cero. Al gordito había que matarlo. Más no podía bombear a favor de Gardel Vive. Dos minutos más tarde inventó otro penal para los policías y el stopper la colgó en el cielo.

—Ahora lo dan vuelta —le dije a Pinocho con mi experiencia futbolera y

agregué como un viejo sabio—: no hay peor resultado para mantener que el dos a cero.

Ezequiel bajó a buscar una pelota y en vez de tirar la devolución se la jugó solo. Desairó al cinco que intentó darle con el hacha, acomodó el cuerpo y se largó a galopar hacia el arco, como hacen los que saben. Como hizo el Diego —salvando las distancias, claro— contra los ingleses o contra los belgas, aunque con la misma idea. El arquero, que no era ningún gil, no salió a buscarla. Igual el Equi lo fusiló. Dos a uno y hubiera gritado el gol si no fuera porque Pinocho me apretó el hombro para que me mantuviera en silencio.

Lo único lamentable fue que Ezequiel, como buen gallina que era, lo festejó como hacía el Matador Salas. Apoyó una rodilla en el suelo y levantó su mano señalando al cielo. Moví la cabeza negativamente, me mordí el labio inferior y me dije «qué gil a cuadros».

Cuando faltaba apenas un minuto para que terminara el partido, Ezequiel tomó la pelota dentro del área y cuando quiso darse vuelta lo partieron en dos con la impunidad que daba un árbitro como el gordo. Sin embargo, extrañamente, el gordito marcó penal. Los de Gardel Vive se pusieron como locos, le metieron unos cuantos empujones pero el árbitro no cambió su postura casi póstuma. Me imaginé al pobre gordo tratado como un puching ball al final del partido; qué lástima, con todo lo que había hecho para mantener arriba en el resultado a los de Gardel Vive.

Pensé que el penal lo iba a patear Ezequiel pero me equivoqué. El que se llevó la pelota fue el arquero. Tomó poca carrera y la tiró fuerte abajo. Gol y a cobrar, dos a dos. Qué ganas de gritarlo.

—El referí se apresuró a cobrar penal.

No, eso no lo dije yo. Tampoco Pinocho. Lo había dicho el cabo Polonio que nos apuntaba con un arma, muy reglamentaria seguramente.

III

—Me lo tendría que haber imaginado —dijo, suspicaz—. Así que vinieron a alentar a sus amigos uruguayos. Muy mal, ustedes tienen que alentar por Argentina, por el único equipo de argentinos.

En sus anteojos de sol nos reflejábamos nosotros: sentados en la tierra, con la espalda apoyada en unos escombros. En ese reflejo tan chiquito no se notaba nuestro gesto de horror. Atrás de nosotros el partido entre Gardel Vive y Corazón Boliviano seguía jugándose como si nada.

—Estos bolitas son duros, pero los yoruguas son peores. Encima el árbitro anda buscando que lo bajen de un hondazo. A ver, perejiles, de pie —ordenó.

Nos levantamos y nos quedamos en nuestro lugar, a poco más de un metro del Cabo Polonio. Por detrás de él avanzaban, como dispuestas a arrojarse sobre su cuerpo, unas nubes negras, muy negras. Igualmente, sobre nosotros, el sol seguía con su venganza impiadosa.

—A vos, pendejo —dijo dirigiéndose a mí—, ya te tengo marcado. No te creas que porque andás con la hija de mi mujer vas a zafar. No me gustan los yernos —y se rió a carcajadas festejando él solo su chiste estúpido.

Yo sabía que siempre que alguien como él dice un discurso mientras apunta a un tipo, el tipo apuntado siempre zafa. Al menos eso es lo que ocurre en las películas y no tenía por qué fallar ahora. Lo que no me quedaba claro era cómo íbamos a escaparnos de la línea de fuego de su pistola.

Hacer tiempo siempre es una buena solución. Con suerte el stopper de Gardel Vive colgaba la pelota, le pegaba en la cabeza al cabo y caía como un árbol talado.

Tenía ganas de decirle lo que pensaba de él, de lo que le habían hecho al papá de Patricia, de lo que nos hacían en la verdulería, de lo que le hacían a la gente del asentamiento, de lo que le hacían a los pibes de la villa y lo ridículo que se veía apuntándonos en pantaloneros cortos, medias y zapatos. Pero para hablar hubiera faltado Pablo, a él seguro que se le hubieran ocurrido frases completas y enhebradas. Yo solo atiné a decirle:

—Callate, cana botón —y sin pensarlo me tiré sobre él con una precisión que debería llevarme a replantear mi futuro como jugador de rugby.

—Hijo... —no, no era un reconocimiento tardío de paternidad ni un tratamiento cariñoso, era el comienzo de un insulto dirigido a mi santa madre y que el cabo Polonio no llegó a terminar porque se cayó y se calló. Quedó en el piso sentado sin soltar el arma, yo terminé despatarrado y con todo el cuerpo magullado por la caída. Pinocho me tomó por la cintura, me levantó como a un muñeco y me empujó para que nos fuéramos de ahí, dejando al cabo Polonio atontado por la sorpresa y el golpe.

Íbamos en dirección a las nubes como quien quiere llegar a la cumbre de una montaña, con grandes esfuerzos, pasos largos y lastimándonos las manos y las rodillas cada vez que nos tropezábamos. Atrás de nosotros quedaba el policía pero también el potrero donde se estaba terminando de jugar el picado. Nos alejábamos irremediabilmente de Ezequiel que debía estar festejando como un triunfo el empate sobre la hora contra Gardel Vive sin sospechar que sus dos más fervorosos hinchas ya se habían retirado del estadio.

—Che, Ezequiel —le dije a Pinocho sin parar de correr mientras nos metíamos entre las casillas tratando de desorientar al cabo Polonio.

Pinocho no dijo nada, seguimos corriendo entre la gente que ya empezaba a salir de sus casas y llenaba los pasillos y calles. Después de un buen rato de correr en línea quebrada, aflojamos la marcha. Atrás de nosotros no venía nadie, aunque no me hubiera extrañado que el policía apareciera a la vuelta de cualquier esquina.

Nuestro paso volvió a ser normal. Recién entonces Pinocho me contestó:

—No podemos volver a buscarlo. Es un peligro.

Rodeamos unos charcos y cruzamos sobre unos troncos caídos.

—No podemos dejarlo solo ahí, con los Gardelitos.

—A él no lo conocen y no está solo. Están los de su equipo, y Ramón, Róger y el Flaco. Todavía le queda un partido más y esperar el resultado de los uruguayos contra los Gardelitos. Tiene para rato.

—¿Seguimos los dos solos?

Nos detuvimos ante un baldío en el que habían estado quemando basura.

A un costado, unos pibes jugaban a la pelota. Nos quedamos mirándolos. Jugaban realmente bien. Pinocho dejó pasar un par de jugadas y cuando la pelota se fue afuera, dijo:

—Por ahora sí, dentro de poco vamos a ser tres de nuevo.

Y después me preguntó:

—¿Qué hora es?

—Van a ser las seis.

—Vamos que se viene la noche.

—Y la lluvia —dije señalando los nubarrones que ya estaban casi sobre nosotros.

13. Aparece Mariela

I

Rodeamos la canchita, evitamos los restos de la quema y pasamos por las casillas de cartón y chapas. Cada vez había más gente en la entrada de las casas. Algunos sacaban sillas y todos salían con nenes y bebitos que jugaban en la tierra sin miedo a los perros que habían abandonado su modorra para caminar de acá para allá, la cabeza gacha, como si estuvieran con resaca.

Empezaban también a sonar algunos cohetes y petardos que recordaban que esa noche era Nochebuena. El sol ya no pegaba tan fuerte pero el calor seguía brotando del suelo y de las casas. Un olor rancio nos seguía, era el humo de la basura quemada que se nos pegaba a la ropa transpirada.

Nadie se fijaba en nosotros. Debía quedar poco del chico recién bañado y con la ropa limpia que esa mañana había entrado en la villa. Mi remera había perdido el color, mi bermuda se había roto en una pierna, las zapatillas seguían húmedas y llenas de barro. Debía tener la cara sucia como tenía los brazos y las piernas.

Una vez, en séptimo grado, me había agarrado a trompadas a la salida de la escuela y volví a casa con el guardapolvo en la mano, el labio superior cortado y con la ropa visiblemente desaliñada. Cuando mi mamá me vio

entrar casi le dio un infarto. No quería imaginarme los infartos múltiples que le hubieran dado si me hubiera visto en el estado en que me encontraba. Eso sí: antes de morirse lo iba a matar a mi tío, no me cabía la menor duda. Mi tío Roberto: no había pensado en él en todo el día y era el único, fuera de la villa, que sabía dónde estábamos, si Pinocho se lo había dejado dicho en la nota escrita antes de salir.

—¿Le dejaste dicho a mi tío dónde íbamos?

—Algo.

—¿Cómo algo?

—Le dije que íbamos a buscar a lo de los Gardelitos la pelota de Maradona. Si tu tío sabe quiénes son los Gardelitos y qué es la pelota de Maradona, entonces sabe dónde estamos. Si no, no.

Me imaginaba a mi tío tratando de entender la frase de Pinocho y yendo a la comisaría dispuesto a negociar la devolución de su sobrino y de su empleado a cambio de una buena cuota mensual de frutas y dinero. Pobre tío, iba a terminar él preso.

—¿Ves esas casas de allá? —me preguntó Pinocho y me señaló un conjunto de casas en el que convivían propiedades de cemento y otras mucho más rudimentarias. Sí, las veía.

—Bueno —concluyó—, vamos a entrar en zona peligrosa.

Desde nuestro sitio se veía que en ese lugar había gente, mucha gente. Más de la que podíamos enfrentar nosotros dos por más cuchillo cortador de zapallo y por más piernas rápidas que tuviéramos para salir corriendo.

Cuando todavía faltaban unos metros para llegar hasta ahí, unos tipos nos miraron. No nos sacaban la vista de encima.

—Che, esos tipos nos miran —le avisé inútilmente a Pinocho.

—Es lógico —dijo.

—¿Qué puede pasar? —le pregunté.

—Lo peor.

Pensé que tal vez convenía desviarse ya y no seguir hacia allí. Estábamos a tiempo de correr para otro lado. Se lo iba a decir cuando el dedo de uno de ellos apuntó hacia nosotros. Si el tipo hubiera tenido un revólver en su mano hubiera sentido exactamente lo mismo.

—¡Pinocho! —gritó, los demás miraron y uno salió hacia las casas. ¿Iría a buscar armas?

—Pinocho, querido, dichosos los ojos —dijo un viejo de bigotes que estaba en cueros y shorcito. Pinocho dibujó la misma leve sonrisa que esbozaba cuando alguna clienta decía que era muy educado y que atendía muy bien.

—¿Quiénes son? —le pregunté.

—Lo peor, parientes —me contestó.

II

Lo abrazaban, lo palmeaban, el que se había ido para adentro apareció acompañado de una viejita y de dos chicos de diez años. Yo iba detrás de Pinocho dándoles la mano a los tipos que iban quedando libres o un beso a las mujeres y a los chicos.

—¿Hace cuánto que no te veíamos? —le preguntó el tipo en cueros.

—A Claudio lo vi hace un mes.

—No te hagás el tonto, te pregunto hace cuánto que no venís por acá.

—Perdí la cuenta.

Sacaron sillas, las pusieron alrededor de una mesa frente a una de las casas, aunque pronto la hilera de sillas se fue extendiendo hasta ocupar por lo menos dos frentes más. Yo me senté en una y conmigo se sentó el peso de ese día. Sentía los brazos flojos, las piernas entregadas. No tenía fuerzas para nada, salvo para escuchar hablar a los demás.

—Hace dos años que no venís —dijo el hombre—. Hace dos años que no te veo a vos ni a tu madre.

Por lo que se desprendía de las preguntas y respuestas, esa gente eran

primos de su madre, sus hijos (que se trataban de «primos» con Pinocho) y una tía abuela que fumaba sin parar. Los chiquitos nos miraban con cierta desconfianza. El resto no me registraba demasiado. Había una mujer joven que se parecía a Pinocho, con su misma nariz y ese cuerpo fornido no muy alto. Había otra muy gorda vestida desprolijamente. También un par de flacos de mi edad que no se sentaron en las sillas sino que se apoyaron a los costados de una puerta, como si fueran granaderos dark. Una prima o la esposa de un primo se puso a cebar mate. No hay nada más horrible que el mate amargo pero no podía decir que no. Si hubiera estado Pablo habría pedido un vaso de Coca o Fanta.

—Che, y qué noticias hay del Parrilla —preguntó el bigotudo.

—Sigue en el mismo lugar —fue la respuesta de Pinocho.

—Si sobrevivió el primer año ya no hay peligro —dijo otro que tenía pinta de ser experimentado en el tema que hablaban.

—Parrilla es capaz de sobrevivir en el medio de la selva —dijo Pinocho y era la primera vez que le escuchaba decir algo directamente relacionado con su hermano preso.

Yo lo observaba y me costaba saber si estaba cómodo o no. Si ese estado de alerta en el que se encontraba tenía que ver con los Gardelitos, con la hora o con sus familiares. Lo cierto es que después de unos veinte minutos de estar ahí les dijo que se tenía que ir urgente, que debía llegar temprano más allá de la Laguna de los Dos Muertos. Un par de primos se miraron serios.

—¿Y qué tenés que hacer vos por allá? —preguntó uno de ellos.

—Cosas.

—Es un lugar jodido —dijo el otro.

—Por eso lo llevo a él —dijo y me señaló—, para que me proteja.

Yo puse mi mejor cara de protector y ni ellos ni yo supimos a quién estaba gastando, si a ellos o a mí.

Nos pusimos de pie y comenzó la ronda de saludos.

—A la vuelta venite a pasar la Nochebuena, nos tomamos una sidra juntos —lo invitó el bigotudo.

—No puedo. Tengo a la vieja sola en casa y la voy a pasar con ella.

Cuando ya nos habíamos despedido de todos, la esposa de un primo le

dijo. —Pinocho, pasala a saludar a Mariela.

—No te preocupés que estoy yendo para allá —caminó unos pasos y casi sin darse vuelta le preguntó—: ¿sigue con el Colorado?

—No seas tarado y andá.

III

Lo primero que vi fue el carro delante de la casa. El caballo parecía viejo y cansado pero el carro tenía la pintura verde reluciente. Pinocho golpeó la puerta y a los pocos segundos apareció ella.

Abrió la puerta y dijo «hola» y Pinocho también dijo «hola» y nada más. Se miraron largo, como si estuvieran esperando que el otro se animara a hacer un gesto un poco más jugado que ese saludo en voz apenas audible.

Se parecía a Lili, la que nos había dado agua en la mañana. Tenía el rostro aindiado y el pelo de un negro indiscutible. Era más bien menuda como la otra chica aunque tenía un cuerpo más llamativo. Los ojos eran oscuros, tal vez negros, chiquitos y profundos como los de un animal indefenso siempre dispuesto a escaparse. Era de esas chicas que cuando las ves en una foto no las registrás pero si las ves en vivo, moviéndose, hablando, no podés olvidarlas más. Su belleza se manifestaba en el movimiento del cuerpo. Así era Mariela.

—¿El Colorado? —preguntó Pinocho que parecía obsesionado con el bendito rojo. Ella hizo el gesto de Patricia y de la otra chica, ese movimiento de hombros y un rictus con la boca para remarcar la falta de interés en el tema.

—Por ahí —y agregó—: pasen.

Había una mesa con un mantel de hule floreado, unas sillas de plástico y

dos telas puestas como paredes que separaban ese ambiente del resto de la casa. El piso era de tierra pero macizo, sin una mota de polvo. No nos invitó a sentarnos. Nos quedamos parados mientras ella luchaba con el marco de madera de una ventana que se había vencido. Pinocho se acercó a ayudarla y en pocos segundos lo puso en su lugar.

—Necesito que nos ayudes.

—Si ya sé. Estuvo Lili por acá y me dijo que te vio esta mañana, que venías.

—Nos tenés que llevar del otro lado del nuevo desarmadero sin que nos vean los Gardelitos. Me dijo Lili que ahora también cobran peaje.

—Pero hoy no cobran, es Nochebuena.

—Es cierto, es Nochebuena.

Mariela se sentó en una silla y lo miró a Pinocho de arriba abajo. Resultaba desafiante. Ésa era la palabra justa: Mariela tenía una belleza desafiante.

—Un milagro de Navidad, tenerte acá.

—No es bueno esperar milagros —dijo Pinocho.

—Yo no espero nada —dijo ella y se puso de pie.

Detrás de la sábana, como si fuera un telón, apareció una nena que tendría unos cuatro años. Llevaba un vestido gastado y el pelo muy largo atado con una cinta roja. Cruzó corriendo y se agarró de la pierna de Mariela. Se escondía, no quería mirarnos.

—Hola, Titi —dijo Pinocho con una voz suave no muy común en el hincha de Huracán que despanzurraba ratas. Titi siguió escondida detrás del pantalón de Mariela.

—Andá, mi amor, andá con la Abu que yo voy a salir un rato.

Sacó la cabeza y mirándola a Mariela le preguntó:

—¿Y Papá Noel?

—Es temprano, todavía falta. Andá atrás a ver si lo ves venir.

La nena salió corriendo sin mirarnos. Mariela se acercó a un armario y sacó una bolsa.

—Mirá —dijo primero, y luego se corrigió—: miren, ¿les gusta? ¿No es relinda?

Y nos mostró una muñeca de paño que tenía guardada para darle esa noche de regalo a Titi. Me acordé de Eli. Seguramente, Pato no había podido comprarle nada. Yo había estado muy flojo, tendría que haberle comprado un regalo el día del shopping, una muñeca o alguna de esas cosas que les gustan a las nenas. Debe ser horrible ser chico y que nadie te regale nada en Navidad. Me imaginaba a Eli jugando con alguna muñeca hecha de trapo en la vereda de su casa, a Pato jugando con una muñeca parecida y me vino como una congoja. Era incomprensible y era injusto.

—¿Quieren ir ahora? —preguntó Mariela después de volver a esconder la bolsa con la muñeca.

—Tenemos que ir ahora, se está haciendo muy tarde —dijo Pinocho.

—Ya son como las siete —dijo Mariela.

—Siete menos cuarto —precisé.

Nos subimos en la parte de atrás del carro y nos acomodamos en el piso. Mariela puso unas cajas y luego nos tapó con una lona. Ella se subió en la parte delantera.

—Ya saben —oímos su voz que se colaba por la lona—, no se muevan y en lo posible no respiren. Vamos a pasar por donde hay un Gardelito cada medio metro. Si los descubren nos hacen bolsa a los tres.

Azuzó al caballo que pegó un bufido y el carro se echó a andar. Cada pozo, cada imprecisión del camino, nos hacía rebotar contra el piso.

—Te voy a mostrar un lugar que quiero que veas y que nos queda de camino —dijo Mariela refiriéndose a Pinocho—. También es pasando el desarmadero.

Ya me dolía todo el cuerpo de los golpes que nos daba el movimiento del carro. No me quejé, no me moví, no respiré. Todo para sobrevivir al próximo encuentro con los Gardelitos.

14. Nombres propios

I

Me dolía todo el cuerpo con los tumbos que daba ese carro viejo. Igualmente se notaba que Mariela estaba habituada a manejarlo como si fuera una bicicleta en los bosques de Palermo.

—Che, Pinocho —dije en voz baja y lo pateé por si no me había oído.

—¿Qué pasa?

—¿No es peligroso esto? Quiero decir, exponerla a esta chica, pasar por el medio de los Gardelitos. ¿No había otro lugar?

—Mariela está acostumbrada. Y no había otra forma.

Por primera vez dudé de Pinocho. Tenía que haber otra manera de llegar al aguantadero de los Gardelitos. Si habíamos dado tantas vueltas ese día, ¿por qué no dar una más y evitar cruzar por el medio de ellos? Pinocho se debía morir de ganas de ver a Mariela y la única excusa que se le había ocurrido era ésta. Pedirle que nos lleve en su carro. Vaya uno a saber qué había ocurrido entre ellos pero sin duda había sido muy fuerte porque los dos se trataban como si caminaran por terreno minado. O sea que por un metejón de Pinocho (porque no había dudas de que por lo menos él seguía enamorado) estábamos exponiéndola y exponiéndonos a un peligro mayor.

Primero me pareció una locura y después me di cuenta de que yo estaba en esa historia por Patricia, incluso había arrastrado a mis amigos. No podía decir nada.

El carro comenzó a disminuir su marcha hasta que se detuvo. Una voz a mi derecha dijo:

—¿Qué hacés, hermosa? ¿También hoy trabajás?

—No mucho. El Colorado me pidió que lleve el carro a lo de su hermano.

—Por ser vos no me tenés que dar nada hoy.

—Gracias.

—Ma' qué gracias —dijo el tipo y se rió con una risa desagradable.

Mariela lo saludó y el carro comenzó a andar nuevamente. No había avanzado más que unos metros cuando el tipo le gritó:

—¡Mariela!

El carro se paró. Mariela no dijo nada. El tipo se acercó. Podía sentir sus pasos llegando al carro.

—Escuchame —dijo—, ¿cuándo me vas a hacer caso? Yo te puedo sacar de esta basura.

—Ésta no es una basura.

—Tenés que salir de la villa.

—Te agradezco pero me gustaría salir sola.

—No sé cómo aguantás el olor.

El caballo bufó como contestándole.

—No sea cosa que afuera huela peor. Eso no lo soportaría —dijo Mariela.

Tenía que terminar esa conversación ya. En cualquier momento el tipo iba a notar que había algo más que cajas en la parte de atrás del carro.

—¿Cuándo te voy a poder invitar a tomar algo?

—Preguntale al Colorado. Pero tené cuidado, es un tipo violento.

—Vos sabés que eso no es problema.

—Y vos sabés que yo no saldría nunca con un policía por más lindo que sea.

—Vos te lo perdés.

—Seguro.

—Feliz Navidad.

Y el carro se puso de nuevo en marcha.

II

Increíblemente, a pesar de los golpes del carro, me quedé dormido. Seguro no pasaron más de diez minutos, lo suficiente para soñar que iba a la casa de Patricia y que me mordía un perro. En el sueño, Patricia me decía «vení, sentate acá que ya pasamos lo peor». Pero no era la voz de Patricia sino la de Mariela. Y no era un sueño, Mariela se lo estaba diciendo a Pinocho quien me quitó la lona y las cajas que tenía encima.

—Listo, los Gardelitos quedaron atrás —me informó.

Me acomodé en el carro. Algo muy importante había cambiado: era de noche. El cielo estaba negro y ya no quedaba ni un reflejo del sol que nos había perseguido todo el día. Las nubes de tormenta ya estaban sobre nosotros. La luz vespertina todavía permitía ver algo pero cada segundo que pasaba la visión era menor y crecía el viento que precede a la lluvia.

Pinocho hizo una pirueta y se cruzó a la parte delantera del carro. Se sentó al lado de Mariela. Suavemente le tomó las manos y le quitó las riendas. Pinocho conducía ahora el carro con la misma ductilidad que ella. Lo llevaba a un trote lento pero sin pausas ni cambios bruscos de marchas. Creo que ninguno de los dos se acordaba de que yo iba detrás.

—¿Vos sabés que estás yendo a un lugar peligroso? —le preguntó Mariela.

—A los amigos hay que ayudarlos.

En ese momento Pinocho estaba hablando de mí y me sentí orgulloso de que me considerara su amigo.

—Lástima que a Agustín no lo pudieron ayudar, ni vos ni Parrilla.

Pinocho apuró el paso del carro. Dejó pasar unos segundos antes de contestar, como hacía siempre que algo le resultaba importante o molesto.

—Vos sabés cómo fueron las cosas.

—Todos los días me repito cómo fueron las cosas.

Siguieron unos segundos en silencio hasta que él volvió a hablar:

—Cómo te hincha el policía ese.

—Se hace el piola pero le pago los cinco pesos y no insiste.

—¿Es cierto que te parece lindo?

—No siempre se puede ser sincera.

—No siempre.

Ahora fue Mariela la que tomó las riendas y le dijo:

—Esperá, dejame a mí que te quiero llevar para que veas algo.

—Estamos muy apurados.

—Es un minuto. Desde que se me ocurrió la idea y lo comenzamos a armar siempre pensé en el momento en que vos lo vieras. Es acá nomás.

Dobló en un cortada y detuvo el carro.

—Ahí está —dijo y se bajó de un salto. Nosotros dos la seguimos.

III

Era una casilla de cartón y chapas en el medio de un terreno baldío. No se veía ninguna luz y en la oscuridad su frente casi se confundía con la nada. Fuimos hasta ahí. Mariela no golpeó la puerta; entró directamente. Una simple puerta hecha con una chapa y unas maderas que no tenía ni llave ni candado ni ningún otro tipo de cerradura. Entramos. No se veía nada. Mariela nos tomó la mano a los dos.

—No se lleven nada por delante.

Nos soltó y se agachó a buscar algo. Encendió un fósforo y con el fósforo encendió un sol de noche.

—Siempre lo guardamos acá, así que ya saben —dijo como previendo el regreso nuestro a ese lugar alguna otra vez.

El sol de noche iluminó la habitación. No sé por qué había dicho que tuviéramos cuidado con llevarnos algo por delante porque en el suelo no había nada o casi. Todo estaba en las paredes. Había fotos pegadas. Había cartelitos, algún crucifijo.

—¿Y esto qué es? —preguntó Pinocho.

—Lo hicimos con gente del barrio y de otros barrios también. Vengan, acérquense.

Las fotos eran de chicos jóvenes, solos, con amigos, con su familia. Debajo de cada foto estaba el nombre de cada uno de ellos, la edad, la fecha en que habían sido asesinados y en algunos casos una descripción de cómo había ocurrido la muerte.

—Lo hice por Agustín y por los demás pibes —dijo Mariela—. Agustín era mi hermano —me aclaró.

Los nombres se mezclaban, parecían repetirse como sí se repetían las circunstancias, los lugares, los procedimientos. Había un Agustín Olivera fusilado a los 26 años en una esquina de Ingeniero Budge y un Agustín Ramírez que había muerto en San Francisco Solano a los 22. Cristian Saavedra tenía 15 años y andaba por Lanús cuando un policía lo agarró de los pelos y después le disparó en la nuca. Marta Parolari fue baleada a los 20 años junto a su novio en San Vicente. Lorena Lopenzino tenía 21 cuando un cabo intentó detener a unos ladrones de bicicletas en La Matanza, ella pasaba por ahí y el cabo la mató. Diego Pavón era del Docke, tenía 16 años cuando estaba jugando en la puerta de su casa y un oficial de la Bonaerense, que lo tenía amenazado desde hacía meses, lo mató. Maximiliano Tasca de 26, Cristian Gómez de 23 y Adrián Matassa de 23 estaban en el bar de una estación de servicio de Floresta y un suboficial retirado les disparó a quemarropa molesto por unos comentarios que habían hecho los pibes. Walter Sanabria tenía 18 cuando dos policías de civil lo interceptaron, Walter pensó que era un asalto, salió corriendo y lo mataron por la espalda. Ezequiel

Demonty tenía 19 cuando fue obligado por un grupo de policías a tirarse al Riachuelo junto con otros chicos: murió ahogado. Diego Peralta tenía 17 años cuando fue secuestrado por unos policías que lo mataron a puñaladas en el barrio El Jagüel de Ezeiza y luego lo tiraron en una tosquera. Daniel Brunetini tenía 16 y viajaba con otro flaco en una moto por La Matanza, le dieron la voz de alto, no pararon y los policías tiraron. Javier Alderete tenía 16 años cuando fue detenido en la comisaría de Villa Rosa, Pilar, donde murió «por un coma alcohólico» sin atención médica. Néstor Bauche fue fusilado en una calle de Berazategui a los 21 años, Oscar Aredes a los 19 y Roberto Algañaraz a los 24 en Ingeniero Budge, Sergio Bazán a los 20 también en Berazategui, Matías Córdoba a los 17 en Rafael Castillo, Marcelo Vázquez a los 21 en Avellaneda, Ricardo Dornelli a los 21 en el Barrio San Alberto de La Matanza, Néstor Zubarán 25 en William Morris, Sabino Jiménez a los 21 en la Villa 21, Andrea López 24 junto a su hermano en González Catán, Omar Lencina 24 en Dock Sud, Luis Molina 21 San Francisco Solano, José Luis Moreno 19 Punta Lara, Juan Ortubia 21 Berazategui, Marcelo Rivero 17 Rafael Castillo, Ariel Ruiz y Osvaldo Sequeiros, ambos de 19, en San Francisco Solano. Juan Antonio Vázquez tenía 22 cuando fue fusilado en el Mercado Central mientras juntaba frutas picadas. Los nombres propios se volvían cada vez más comunes, sinónimos de una misma locura y de una misma injusticia.

Acerqué mi mano a las fotos como si pudiera leer en braille, como si esos datos no me fueran suficientes y necesitara tocarlos como me había tocado el viejo ciego de la Casa de los Uruguayos. Reconocerlos con mis manos, verlos con mis dedos y sentir yo también sus pérdidas.

IV

La lluvia se había largado con todo y los truenos hacían temblar las paredes de la casilla.

—Lo único que nos faltaba —dijo Pinocho, después tomó a Mariela de las manos y le dijo—: Yo también me acuerdo mucho de Agustín.

—No se me ocurrió otra cosa. La gente nos ayuda, trae más fotos y más datos. Hay pibes que vienen y se sientan a tomar una cerveza acá. Nadie se lleva nada y hasta ahora ni los Gardelitos se animaron a acercarse. No por respeto, yo creo que le tienen miedo a las fotos y a los recuerdos.

Se quedaron unos segundos así, con las manos tomadas, hablando un idioma sin palabras. Pero los truenos eran como golpes de gigantes en el techo de la casilla que nos reclamaban volver al camino.

—Nosotros tenemos que llegar sí o sí a lo de los Gardelitos. Vos tenés que volver a tu casa. Te esperan Titi y el Colorado.

—Titi está con la abuela y el Colorado no va a volver, hoy por lo menos no creo que aparezca. Vayan, yo me quedo hasta que pare la lluvia. Me gusta estar acá sola y pensar. En serio.

Salimos y recibimos un cachetazo de agua y después otro y otro más como para que entráramos de lleno en nuestra historia. El cielo se había cerrado totalmente y sólo se veía el agua que caía sobre nosotros. No era una lluvia, era un mar embravecido que nos tenía a maltraer con las olas. Corríamos pero apenas avanzábamos, como ocurre en los sueños. Metíamos los pies en el barro, nos tropezábamos y, cuando queríamos hablar o simplemente tomar aire, se nos metía el agua en la boca. Llegamos a un lugar en el que había un quincho abandonado, nos pusimos debajo. El agua seguía mojándonos aunque menos. Más adelante se veía todo negro. Una oscuridad absoluta que no permitía descubrir qué se encontraba más allá.

—Más allá —dijo Pinocho— está el aguantadero de los Gardelitos. Ya falta poco. ¿Qué hora es?

—Las ocho y cinco.

—No está mal. Es la hora a la que siempre pensé que íbamos a llegar.

15. Los Gardelitos cada día matan mejor

I

Pinocho gritaba para que lo pudiera escuchar. Los truenos y el agua cayendo sobre nosotros tapaban cualquier sonido. Seguíamos bajo el alero abandonado, como estaba lleno de agujeros era casi como estar debajo de la lluvia.

—Si siguiéramos derecho nos caeríamos en la Laguna de los Dos Muertos —me dijo.

—¿Y entonces? —pregunté gritando.

—Hay que rodearla por la izquierda. Unos treinta metros. Apenas das la vuelta aparece el aguantadero.

—¿Es un lugar bien visible?

—Es como la Casa de los Uruguayos pero más grande.

—¿Es una laguna en serio? —pregunté pensando en el tamaño y la profundidad que debía tener.

—Es una tosquera. La llaman «de los Dos Muertos» porque una vez apareció un cadáver.

—¿Uno? ¿Y por qué Dos Muertos?

—La gente de acá es previsor.

Tenía muchas ganas de hacer pis. Era tanta el agua que me chorreaba por todos lados que podría haberme hecho encima sin que nadie se hubiera dado cuenta. Pero no me pareció así que grité:

—¡Me hago pis!

—¿Qué?

—¡Que me hago pis!

—¡Hacete!

Lo dicho: no era digno; así que me alejé unos metros. Me puse frente a un árbol. Mientras sentía el placer de largar el pis acumulado durante tantas horas, vi que Pinocho dejaba la mochila en el piso y se ataba las zapatillas. Fue un segundo, el instante en que bajé la vista para acomodarme y subirme la bragueta. Cuando levanté la vista, el corazón se me detuvo.

La visión coincidió con los gritos. Vi a Pinocho tirado en el piso y a cinco tipos rodeándolo. Oí los insultos, uno que gritaba ¡las manos en la nuca! Y vi que Pinocho ponía las manos en la cabeza. Me quedé pegado al árbol. No estaba a más de dos o tres metros y hubiera bastado con que los tipos girasen o caminaran un poco hacia mi lado para que me vieran. Un relámpago les puso caras a esas sombras que se movían nerviosas alrededor de Pinocho. Reconocí al ayudante Balizas que llevaba la cabeza vendada por la herida de la Batalla de las Piedras. Otro era el oficial Chuy que también tenía como una venda atada a modo de vincha. Los otros tres me resultaron desconocidos. Chuy y Balizas llevaban fusiles y los otros tres armas cortas. Chuy le apuntaba a Pinocho y los otros miraban alrededor como animales acorralados pero no me veían, milagrosamente no me veían. Creo que no respiré y mucho menos me moví. Tenía las dos manos agarradas al tronco del árbol, le clavaba las uñas como para hundirme en su corteza. Chuy le preguntó a Pinocho dónde estaba el otro, o sea yo. Pinocho dijo algo que ni ellos llegaron a escuchar y entonces Chuy le pegó una patada en los riñones. Pinocho gritó que me había ido, que me había asustado, que había cruzado la avenida. Uno de ellos le gritó que no se moviera y otro le gritó a Chuy que lo bajara, alguien gatilló su arma o eso creí escuchar: el tic de un arma a punto de ser disparada. Que lo liquidara, dijo una voz ronca, que lo bajara, que se quedara quieto, carajo, gritó otro inútilmente porque Pinocho no se movía, estaba

quietísimo con las manos en la nuca. Chuy le apuntaba y le apuntaba Balizas, los dos con sus fusiles, y le apuntaba otro con su pistola un poco más alejado. Los dos restantes movían sus armas y las dirigían al suelo, dispuestos a levantarlas ante la primera sombra. No sé de dónde había aparecido el cabo Polonio que dijo que lo levantarán. «Levántenlo, les digo», gritó. «¿Qué hacemos?», preguntó Balizas. Polonio dijo que había que llevarlo y usarlo de escudo. Un escudo humano, dijo. Los seis estaban muy nerviosos y yo no creía que fuera por nosotros dos. Lo levantaron y lo llevaron casi en el aire. Uno lo agarraba del pelo y otro del hombro. Se fueron corriendo, sus sombras se confundieron con el negro de la laguna hasta hacerse una misma mancha opaca. No me vieron. Yo seguí pegado al árbol unos cuantos segundos más sin poder reaccionar. Sin moverme, o moviéndome apenas, dando pequeños saltos cuando sentía los truenos. Para mí sonaban como balas en la oscuridad.

II

Finalmente pude despegarme del árbol. Caminé hacia donde había estado Pinocho y me puse a buscar sin saber qué. Lo único que encontré fue su mochila tirada. No era poco, era casi un mensaje. La abrí, adentro seguía estando el cuchillo de cortar el zapallo. La cerré, me la puse al hombro y comencé a andar por donde se habían ido los policías. Caminaba a paso lento, tratando de no encontrarme con los tipos que iban adelante ni caerme en ningún pozo ni resbalarme hacia la Laguna de los Dos Muertos. El barro me llegaba por arriba de los talones y la tormenta no se detenía ni disminuía su fuerza. La oscuridad me hacía sentir que me asomaba a un precipicio resbaladizo. En mi cabeza se cruzaban las fotos de la casilla con la imagen de Pinocho tirado en el piso y los policías gritándole. Cualquiera de nosotros

podía ser una foto más. En el mejor de los casos, una foto más, el recuerdo y el dolor de los que te querían y punto. Tenía ganas de gritar o de llorar. Decir pido, no juego más, me rindo. ¿Qué hacía caminando por ahí? ¿Tenía que seguir? ¿No convenía buscar alguna calle que me secara de ahí?

Sólo la inercia me empujaba. O tal vez era la mochila de Pinocho que llevaba a mis espaldas. Como si el movimiento que había comenzado doce horas atrás no pudiera detenerse ahora y sólo pudiera terminar cuando chocara contra el aguantadero de los Gardelitos. En un momento, pensé que lo mejor era retroceder, ir a buscar a Mariela que debía estar todavía en la Casilla de los Pibes. Ella, a su vez, podía encontrar otra gente que nos ayudara. Pero no, tenía que seguir. No me estaba asomando a ningún precipicio, ya me había tirado. Y ahora tenía que esperar a caer, a sentir el golpe en mi cuerpo. El aguantadero de los Gardelitos era mi piso, el lugar donde me iba a hacer bolsa.

No retrocedí, seguí caminando hacia adelante en esa caída libre. Y de a poco, el telón negro que había delante de mis ojos iba abriéndose a una forma, todavía indefinida, pero que iba tomando consistencia poco a poco.

Ahí estaba, frente a mí, no debían separarme ni diez metros: el aguantadero de los Gardelitos. Me tiré detrás de unos escombros. Un cuidado inútil porque en la oscuridad era difícil que me vieran desde la casa. Tenía el aspecto de un hangar, el hangar de Jay Jay el avioncito y el tarado de Narices, salvo que adentro, en vez de estar esperándome Brenda, el Gran Jake o Tracey, estaban Balizas, Chuy, Polonio y sus otros secuaces.

Adentro del hangar de los Gardelitos había algunos movimientos. Unas luces tibias, de lamparita de baja potencia, se colaban por las ventanas cerradas. Detrás del hangar pasaba una ruta por lo que más allá se terminaba la villa. Era mi última oportunidad: podía salir de ahí y pedir ayuda. O tal vez lo mejor era hacer lo que ya había pensado: retroceder, buscar a Mariela. Una manera de no abandonar ni de suicidarme. Eso era lo mejor. Iba a girar para volver cuando sentí el ruido de unos pasos que se acercaban pisando el barro. Debían ser los policías. Pero basta que uno piense algo terrible para que no ocurra. Siempre llega algo peor. Me di vuelta, me puse de pie lo más ágilmente que pude y a menos de un metro los tuve al Perro y a sus tres

amigos.

III

—¿Qué hacés acá? —me preguntó el Perro acercándose y gritándome a veinte centímetros de mi cara.

¿Qué podía responder a eso? La verdad era que a esa altura no sabía si estaba por la pelota del Diego, por Pinocho secuestrado, por la promesa a Patricia, por mí, o tal vez por todas esas cosas juntas.

—Le prometí a Patricia que iba a rescatar la pelota de Maradona. Además Pinocho está ahí —y señalé el hangar— secuestrado.

—¿Estaba con vos? ¿Lo agarraron los Gardelitos?

—Sí.

Se quedó pensativo mirando el hangar. Quedaba todavía la posibilidad de que ellos me entregaran a los Gardelitos y de esa manera mataban dos pájaros de un tiro: me sacaban de encima y quedaban bien con ellos. Por otra parte sentí cierta tranquilidad al saber que lo que fuera a suceder ya no dependía de mí. Incluso, tal vez fuera mejor que me entregaran a los Gardelitos porque con ellos estaba Pinocho. El Perro se adelantó medio metro y miró hacia el aguantadero. Se dio vuelta y se dirigió a uno de sus amigos.

—Che, Rata, ¿estás seguro de que por atrás es más fácil?

El Rata se adelantó a su vez y le señaló la parte posterior. Parecían un general y su lugarteniente discutiendo la estrategia de la batalla. Los otros dos se habían quedado atrás. Yo me acerqué al Perro y al Rata para escuchar qué estaban arreglando.

—Es más fácil si ellos están adelante. Ahora debe haber cinco o seis. Son pocos. Es fácil empujarlos para acá —dijo el Rata.

El Perro aprobó con la cabeza, se quedó en silencio, pensó unos segundos más y ordenó:

—Vamos a hacer así: ustedes —dijo y señaló a los otros dos— rompen a cascotazos los vidrios de las ventanas de adelante. Mientras tanto, el Rata, este perejil y yo vamos a ir por la parte de atrás y vamos a entrar. Ustedes salgan corriendo cuando aparezcan los tipos. Crucen el Camino Negro y espérennos en la garita de los colectivos.

—Vamos —me dijo y agregó algo que me dolió más que diez—: yo también le prometí a Pato que iba a llevarle la pelota.

IV

La ropa me pesaba cincuenta kilos y ya no tenía la misma fuerza que esa mañana. Correr en el barro y contra la lluvia era una tarea imposible. Quedé tercero, pero traté de no perderles el paso a los otros dos que estaban en mejor forma que yo. Llegamos a un muro que era la parte de atrás del hangar. Podía ver perfectamente la ruta iluminada fugazmente por los autos que pasaban. Desde que habíamos entrado en la villa no había estado tan cerca de salir de ella. Bastaba con caminar quince metros, esquivar montículos de tierra, algunos troncos para estar del otro lado. Después podría buscar un teléfono público y llamar a mi tío, incluso tenía plata suficiente para buscar una remisería y alejarme definitivamente de ese lugar.

—Hay que subir por acá —me dijo el Perro—. Vos y yo subimos primero y después lo ayudamos al Rata.

Pensé que había comenzado a delirar cuando vi lo que vi: en la ruta, por el carril más lejano al hangar, un camión se había detenido. Ya eso resultaba raro porque de ese lado no había nada y si estuviera de visita en el

aguantadero de los Gardelitos hubiera estacionado en la entrada del hangar. Pero lo más increíble ocurrió unos segundos después: de la parte posterior del camión bajó Papá Noel sin preocuparse por la lluvia que caía sobre él. Se acomodó la ropa, se tomó la panza como una embarazada y miró a la lejanía. Es decir, hacia donde estaba el aguantadero.

—¿Qué es eso? —pregunté.

El Perro y el Rata miraron hacia donde les señalaba y pusieron la misma cara de asombro. El Rata dijo:

—Che, ¿vos no me habías dicho que Papá Noel no existía?

—Qué sé yo —dijo el Perro—. Debe ser trucho.

Viéndoles las caras era difícil saber hasta qué punto hablaban en serio. En ese momento me recordaron a los dos perros tontos de los dibujitos animados. Les hubiera encontrado otras similitudes más agresivas si no hubiésemos oído la señal que esperábamos: el ruido de vidrios rotos. A continuación sentimos pasos que se alejaban de donde estábamos nosotros, puertas que se abrían, más vidrios rotos y más corridas. Papá Noel podía seguir mirando mientras se empapaba pero nosotros teníamos cosas que hacer. Con la ayuda del Rata que se quedó abajo para que nos apoyáramos en sus manos y en su hombro, escalamos el muro. Nos sentamos sobre la pared, nos agachamos y lo subimos al Rata. Caímos los tres del otro lado en un patio casi vacío.

Con un palo que encontró tirado en un rincón, el Rata —que parecía conocer bien el lugar— abrió una ventana y nos metimos. Había poca luz pero la suficiente para darnos cuenta de que eso no era un estacionamiento para aviones. Era una casa de electrodomésticos. Había televisores, computadoras, videos, heladeras y muchas cosas más que mis ojos no llegaban a abarcar. En cajas, sueltos, envueltos en bolsas de nylon, en estantes, en el piso, apilados ordenadamente, centenas de productos que ocupaban toda la habitación. Con cuidado y controlando que no estuviera nadie delante, cruzamos ese cuarto enorme y fuimos a parar a otro donde seguían los equipos de audio, las consolas de videojuegos, las multiprocesadoras. No me hubiera asombrado entrar a otra habitación y encontrarme realmente con un avión.

—La pelota la deben tener en el cuartito de la plata —dijo el Rata—. Hay que cruzar el pasillo y meterse rápido.

Definitivamente, el Rata conocía el lugar y yo no tenía ganas de preguntar cómo. Lo que el Rata llamaba «cuartito de la plata» era un apartado que quedaba del otro lado del aguantadero. Para llegar hasta ahí había que pasar por el costado de la habitación mayor, la única que tenía alguna luz encendida. Nos asomamos y descubrimos a Pinocho sentado en el piso, atado y vigilado por dos de los Gardelitos. Los otros seguramente habían ido a correr a los que les habían roto las ventanas. Había vidrios tirados por casi toda la habitación.

—Tenemos que pasar de a uno —dijo el Perro.

Primero pasó él, escondiéndose detrás de algunos muebles y cajas. Los dos Gardelitos estaban muy atentos mirando por las ventanas rotas como para preocuparse por unas lauchas que se escabullían por entre los muebles. Me hubiera gustado hacerle un gesto a Pinocho, tranquilizarlo, decirle que estaba ahí. Aunque tal vez la presencia del Perro y su secuaz no le iba a gustar nada.

Cuando, después del Perro, me tocó pasar a mí, los nervios no me permitieron estar lo suficientemente atento como para saludar a Pinocho. Sólo me interesaba que las cabezas y las armas de los Gardelitos siguieran apuntando hacia afuera. En el cuartito de la plata había un escritorio, unas vitrinas, unas cuantas cajas y un almanaque campero en la pared.

—Ahora hay que buscar —dijo el Rata.

Teníamos que revolver esas cajas, las vitrinas y todos los rincones de ese lugar. Había que hacerlo rápido, antes de que volvieran los que habían salido a correr a los tirapiedras y se les diera por revisar la casa. Además, para escapar de ahí necesitábamos desandar el camino y eso iba a ser más difícil si estaban todos los Gardelitos en el cuarto grande. Nos pusimos a revisar caóticamente. No encontrábamos nada y el tiempo se acababa. Alguien tenía que pararse en la entrada para controlar los movimientos de los Gardelitos.

—Rata, andá a la puerta.

Pero no fue necesario porque antes de que el Rata dejara la caja que estaba revisando, en la habitación sonó la maldita frase:

—Al suelo, señores.

Dos Gardelitos nos apuntaban con un fusil y un revólver. Uno de ellos, el de fusil, era el Cabo Polonio.

—Te dije, pendejo, que no molestaras —dijo y me metió un golpe en las costillas con el fusil que me tiró al piso.

—¡Las manos en la nuca! —gritó el otro y los tres le hicimos caso de inmediato. Nos palparon, me sacaron la mochila, la abrieron y se rieron cuando vieron el cuchillo—. ¿Viniste a cortar sandías?

Nos levantaron de los pelos y nos hicieron salir del cuarto. Pinocho nos miró con la misma cara que debía tener yo cuando lo detuvieron a él. La frase maldita volvió a sonar:

—Al suelo, señores —gritó uno, desaforado.

—Manos en la nuca, rápido —gritó otro.

Fue en ese instante cuando sentí el primer tiro.

16. Noche buena

I

—Quietos, Papá Noel.

Eso fue lo que dijo Papá Noel cuando recibió el primer tiro. Había abierto la puerta principal como debía hacer siempre Santa Claus cuando no encontraba chimeneas. El tipo que nos apuntaba con el revólver fue el primero en verlo y le disparó. Pero Papá Noel —que además llevaba anteojos de sol— no cayó muerto, ni siquiera herido. Ni siquiera se cayó. Levantó su brazo derecho en el que llevaba un revólver y exclamó su frase —que si no los amedrentaba al menos los iba a confundir—:

—Quietos, Papá Noel.

Pero ni el cabo Polonio ni el otro se amedrentaban y cuando se confundían debían hacer siempre lo mismo: disparar. Descargaron sus balas sobre Papá Noel que a paso lento pero seguro avanzaba hacia ellos sin que las balas hicieran otra cosa que frenarlo levemente en su camino.

—Jo jo jo jo —dijo sin dejar de apuntarles. Yo conocía muy bien esa falsa voz de Santa Claus.

Por donde había entrado Papá Noel aparecieron los otros cuatro Gardelitos que venían corriendo.

—Vienen para acá —gritó el ayudante Balizas en un evidente ataque de nervios.

—Hay que irse —dijo otro.

El hangar de los Gardelitos era una construcción sólida, probablemente la más sólida de toda Villa Fiorito. Así que el segundo milagro de esa Nochebuena, después de la inmortalidad de Papá Noel, fue que la casa comenzó a vibrar como en un terremoto, parecía que las paredes temblaban, que los muebles se movían y que todo iba a venirse abajo. Afuera el ruido de la lluvia era cubierto por un murmullo creciente, por voces que gritaban y que rodeaban la casa. Rompían las cortinas, destrozaban las ventanas y decenas de personas se asomaban por ellas. Por la puerta aparecieron Róger, Ramón, el Flaco y el Gran Equi. Más atrás, todavía en pantaloncitos cortos, lo más granado de Corazón Boliviano. Traían palos, martillos, cadenas, piedras. Cerrando la banda de asalto venía, casi como un tercer milagro, Pablo sin renguear.

Los Gardelitos recorrieron el camino inverso al que habíamos hecho nosotros, se fueron hacia atrás y seguramente saltaron por el muro para perderse por el Camino Negro hacia la nada, bien lejos de allí. Los que habían entrado en la casa los hubieran seguido si no fuera porque el Flaco y Papá Noel se interpusieron y les prohibieron ir tras ellos.

—Al enemigo que huye, puente de plata —dijo Papá Noel, es decir, mi tío Roberto, que se sacó la barba postiza y los anteojos de sol.

El Rata, el Perro y yo nos pusimos de pie. A mí me dolían las costillas pero la alegría de ver tanta gente querida me hizo olvidar el golpe del cabo Polonio. Róger y Ramón habían desatado a Pinocho. Afuera, decenas de personas seguían destrozando ventanas y querían tirar abajo las paredes como si esa casa fuese un nuevo muro de Berlín. El Flaco tenía una masa en la mano y golpeaba las paredes. Cada vez que saltaba un ladrillo decía:

—Perdóname, Señor, perdóname —la voz no era piadosa sino exultante.

Mi tío se sacó el bonete de Papá Noel y la campera roja:

—Este disfraz lo usa la policía secreta de Dinamarca. Es todo antibalas, hasta la barba y los anteojos son antibalas. Creo que voy a importar unos cuantos.

Nosotros estábamos en ese lugar para algo. Pinocho y yo nos miramos:

—Debe estar en el cuartito —le dije repitiendo lo dicho por el Rata. Corrimos hacia ahí nosotros cuatro, el Perro y el Rata.

Nos pusimos a buscar en las cajas. No hubo que revolver demasiado.

—Acá está —dijo Pablo.

Dentro de una caja que decía «Loft Computer» y que alguna vez había tenido adentro un monitor estaba ella: la pelota del Diego. La primera pelota con la que había jugado Maradona. El fulbito del Pelusa. Una número uno, una pelota chiquita para su pie de tres años, una pelota de cuero, de gajos de cuero como las que hacían los zapateros remendones, una pelota descolorida que brillaba en el fondo de la caja como brilla una perla dentro de una ostra, como brillan los tesoros más soñados. La miramos extasiados, sin siquiera animarnos a tocar la caja.

—Listo, yo la llevo —dijo el Perro.

—Tranquilo, la pelota la encontró Pablo así que la llevamos nosotros. Y ustedes dos están vivos gracias al tío de él así que no jodan —lo paró en seco Pinocho.

Hubo un intercambio de insultos y hasta algún amague de trompadas pero el Perro no era ningún tonto y sabía que con Pinocho no había que meterse y que cuatro pegan más que dos, sin contar a todos los que estaban ahí afuera.

Pablo cerró la caja y salió con ella hacia la habitación principal.

—¿Sabés lo que hay en las otras habitaciones? —le pregunté a Pinocho.

—Sí, mercadería robada a contrabandistas. Ladrones que roban a ladrones —dijo y se alejó hacia donde estaban Róger y Ramón. Habló unas palabras con ellos, después hablaron con el Flaco que terminó por aceptar.

La gente fue hacia las habitaciones. Salían con un televisor, un radiograbador, una licuadora. Nadie se peleaba con nadie y se iban llevando todo lo que encontraban ordenadamente, como hormiguitas aplicadas.

—Por fin llegó Papá Noel a la villa —dijo Pablo.

Algunos habían ido a buscar los carros para transportar las cosas, otros levantaban entre varios heladeras, freezers, algún lavarropas.

Me acordé de Titi y de Eli. Le dije a Pinocho que viniera conmigo porque había visto algo interesante en una habitación. Ahí estaban, al lado de las

consolas de video y apiladas como si estuvieran en los nichos de un cementerio de juguetes: una cantidad increíble de muñecas Barbie. Tomé un par. Le tiré una a Pinocho.

—Llevásela mañana a Titi —le dije.

—No creo que la vea.

—No seas tarado y andá —le dije repitiendo la frase que había dicho su prima.

—Ok, le llevo la muñeca y listo. Titi se la merece.

Me imaginaba a los chiquitos del asentamiento jugando al día siguiente con los Nintendo y los Sega, y me parecía que no podía haber una Navidad mejor para esos pibes. Sin embargo, había algo que no me cerraba del todo:

—Che, Pinocho, esta gente no tiene electricidad.

Hizo el gesto de los hombros levantados.

—Algunos... Mañana venimos y los colgamos a todos —y se rió con una carcajada como nunca le había visto.

II

Más tarde me enteraría de los detalles. Entre tanto, mientras la gente terminaba de destrozar el hangar de los Gardelitos, pude recomponer toda la historia.

Ezequiel me contó que Corazón Boliviano le ganó a los Perfectos de Fiorito y luego los Perfectos empataron con Gardel Vive mientras llegaba más público que festejaba la derrota final de los policías y la copa ganada por Corazón Boliviano. Los Gardelitos hicieron un bardo increíble durante el partido que no pudieron ganar (amenazaron al árbitro y a los contrarios) y luego intentaron llevarse la plata del premio a pesar de que habían quedado

segundos. La gente se enfureció y los policías se agarraron a trompadas con los demás. Alguien le había tirado un piedrazo al oficial Chuy partiéndole la cabeza. Bah, alguien no, Róger. Los Gardelitos aprovecharon el episodio, sacaron armas, lanzaron tiros al aire y se robaron la plata en medio de la desbandada general. Entre el público había mucha gente del asentamiento así que no fue necesario azuzarlos para que salieran a perseguir a los Gardelitos. A algunos los agarraron en el camino y les dieron una buena paliza aunque los uruguayos trataron de que las cosas no pasaran a mayores. Un grupo de Gardelitos consiguió escapar. Esos fueron los que atraparon a Pinocho.

Mi tío se había enterado de todo a la mañana por el mensaje de Pinocho. Abrió la verdulería y cuando vio que a las tres de la tarde no habíamos vuelto, decidió tomar medidas. Sospechaba que los policías que venían a pedir coimas eran integrantes de una banda pero no sabía cómo se llamaba. Les preguntó a algunos vecinos y así averiguó quiénes eran los Gardelitos y dónde tenían su centro de operaciones. También le contaron qué era la pelota de Maradona.

A las tres y pico se fue a buscar el traje de Papá Noel que tenía un despachante de aduana conocido. Luego se fue a Turdera a buscar el camión con el que su amigo siempre traía la fruta. Finalmente pasaron por el Barrio Los Perales donde también tenía unos contactos para conseguir lo que necesitaba:

—Diez barrabravas de Chicago. No tuvieron problemas en venir. Pero no fue necesario hacerlos entrar en acción.

Cuando mi tío bajó del camión vio venir una turba. El instinto le indicó que esa gente no era enemiga sino todo lo contrario. Y cuando distinguió entre los primeros a Ezequiel y a Pablo terminó por confirmar sus pálpitos. Se acercó a ellos antes de que llegaran a la casa. Muchos se detuvieron asombrados al ver venir a Papá Noel. Cuando mi tío se sacó la barba, Ezequiel lo reconoció, les dijo a los otros quién era y mi tío les habló de su traje antibalas.

—Les pedí que me dejaran entrar primero porque tenía una buena protección y ellos no.

Mi tío terminó de contarnos su llegada mientras salíamos de la casa que

apenas se sostenía en sus cimientos. Yo llevaba la pelota en la caja y sentía como si adentro tuviera el cachorro de un animal mitológico. El Perro y el Rata se fueron sin saludarnos aunque se llevaron una buena recompensa: un televisor y una video que parecía interesarles más que la pelota del Diego.

Casi no llovía, caían las últimas gotas con una delicadeza que resultaba insoportable después de la paliza que nos había dado en las últimas horas.

—Vamos que tengo los muchachos dentro del camión —dijo mi tío.

—¿Tenés a los de Chicago ahí adentro?

—Nunca viene mal un ejército de retaguardia. Los dejo a todos ustedes en sus casas. Primero si quieren vamos a la mía así se arreglan un poco si no quieren morir asesinados por sus madres.

—O matarlas de un infarto —dijo Pablo.

Salimos de la villa. Cruzamos el Camino Negro y fuimos hacia el camión.

—¿Qué hora es? —me preguntó Pinocho.

Miré el reloj. Marcaba cualquier cosa. Se me había roto en alguna caída.

Subimos a la parte de atrás del camión y ahí estaban los diez monos grandotes, la mayoría con el uniforme verdinegro obligatorio en Mataderos. Mi tío les dijo que había sido una falsa alarma y se mostraron compungidos. Tenían ganas de acción.

Le pedí a mi tío que me dejara en Ejército de los Andes, cerca de la entrada de la villa que me llevaba a la casa de Patricia.

—Che, Pinocho —le dije mientras descansábamos sentados en el piso del camión—, te escuché que pasabas la noche con tu vieja.

—Ajá.

—Yo la paso con mi vieja y con mi tío. ¿Por qué no se vienen a casa?

—¿Te parece?

—Qué sé yo, hay pollo al horno frío, ensalada rusa, lo de siempre.

—Creo que mi vieja también iba a hacer pollo.

—Juntamos los pollos.

—A mi vieja mucho no le gusta salir.

—Convencela.

—Y sí, le va a hacer bien salir un poco.

III

Me bajé frente a la villa. Ya no llovía aunque yo seguía con la ropa mojada. Había refrescado y con la ropa así sentía un frío en todo el cuerpo. Seguro que me iba a resfriar. Llevaba la caja con la pelota del Diego y arriba había puesto la Barbie para Eli. Entré a la villa sin darme cuenta de que entraba a la villa. El límite se había perdido para mí. Ya no significaba nada.

Tomé por el pasillo que desembocaba en la calle en la que estaba la casa de Pato. Había una luz encendida adentro. Golpeé la puerta. A los pocos segundos apareció Patricia. Me abrazó, me besó, me miraba como si hubiera regresado de una guerra. Yo había dejado en el piso las cajas para poder abrazarla mejor. Le tomé la cara con las manos y la miré a los ojos. La tonta lloraba. Así es difícil que uno se la aguante bien macho.

Estaba vestida con su pollera de jean y una remera negra lisa, sin sus habituales inscripciones. Sobre la remera tenía puesta la cadenita con la A de Anarquía, de Ariel.

Le dije que tenía la pelota del Diego y sus ojos de aceituna se convirtieron en dos zapallitos. Me preguntó si estaba bien, si había tenido problemas.

—Nada que pueda separarme de vos, nena.

Me acordé del Perro y le pregunté si ella lo había mandado a buscar la pelota.

—Yo no mandé a nadie. A vos tampoco.

—¿Hubieras preferido que te la trajera el Perro?

—Ariel, yo te quiero a vos. A nadie más.

Y me lo creí.

Me hizo pasar a su casa. Estaba Eli sentada en una silla, al lado de unas bolsas que tenían paquetes.

—Ya nos estábamos yendo —me dijo Pato—. Nos vamos a pasar la Nochebuena con mi papá al hospital.

—Yo sé, Eli, que no me vas a creer, no importa. Mirá: me crucé con Papá Noel y me dio esto para vos.

Le di la Barbie. Las dos chicas revoloteaban como pájaros felices. Creo que por un rato Patricia se olvidó de la pelota del Diego. Estaba más interesada en la muñeca que en ninguna otra cosa.

Yo aproveché ese momento de debilidad femenina para abrir la caja. Ahí estábamos ella y yo a solas los dos. Bajé mis manos como deben hacer los creyentes que meten las manos en el Ganges. Tomé la pelota y la sentí en mis dedos, ese cuero viejo y gastado pero limpio, eternamente limpio por los siglos de los siglos. La saqué de la caja. Por un instante pensé en cabecearla, en ponerla en el suelo y pisarla como Riquelme, en levantarla y hacer jueguito como hace el Diego con cualquier cosa redonda, pero no me animé. No podía hacer eso, yo no podía. No estaba preparado todavía y tal vez nunca lo estuviera. Había demasiados sueños, demasiadas ilusiones, demasiados éxitos y frustraciones que permanecían en esa pelota desde hacía casi cuarenta años. Me la llevé al pecho, como un buen arquero asegurándola después de un tiro peligroso. Juro que esa pelota latía.

Noviembre 2002 - Enero 2003



SERGIO OLGUÍN. Nació en Buenos Aires en 1967 y estudió Letras en la universidad de esa ciudad. Trabaja como periodista desde 1984. Fundó la revista *V de Vian*, y fue cofundador y el primer director de la revista de cine *El Amante*.

Ha colaborado en los diarios *Página/12*, *La Nación* y *El País* (Montevideo). Es jefe de redacción de la revista *Lamujerdemivida* y responsable de cultura del diario *Crítica de la Argentina*.

Editó, entre otras, las antologías *Los mejores cuentos argentinos* (1999), *La selección argentina* (2000), *Cross a la mandíbula* (2000) y *Escritos con sangre* (2003). En 1998 publicó el libro de cuentos *Las griegas* (Vian Ediciones) y en 2002 su primera novela, *Lanús*, reeditada en España en 2008. Le siguieron *Filo* (2003) y las narraciones juveniles *El equipo de los sueños* (2004) y *Springfield* (2007), traducidas al alemán, francés e italiano.

Oscura monótona sangre mereció el V Premio Tusquets Editores de Novela, según el jurado, por la magnífica resolución de una trama de obsesión y doble moral, de pasión y conflicto social, en la que se ve envuelto el protagonista, un hombre dispuesto a traspasar todos los límites por una

relación inconfesable.